

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

CONTRA LOS ACADÉMICOS

Contra Academicos

SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
Contra Academicos · Contra los académicos

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Edición bilingüe frente a frente: latín en las páginas pares, español en las impares.
Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

ÍNDICE

TRES LIBROS CONTRA LOS ACADÉMICOS DE SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA. (C)	5
SAN AGUSTÍN, EPÍST. 1, A HERMOGENIANO.	5
DEL LIB. XV SOBRE LA TRINIDAD, CAP. XII.	7
LIBRO PRIMERO.	9
Capítulo Primero.	9
Capítulo II.	13
Capítulo III.	17
Capítulo IV.	21
SEGUNDA DISPUTA.	23
Capítulo V.	25
LIBRO SEGUNDO.	31
Capítulo Primero.	31
Capítulo II.	33
PRIMERA DISPUTA.	39
Capítulo V.	41
SEGUNDA DISPUTA.	45
Capítulo VII.	47
Capítulo VIII.	51
Capítulo IX.	53
Capítulo X.	55
TERCERA DISPUTA.	57
Capítulo XII.	59
Capítulo XIII.	61
PRIMERA DISPUTA.	63
Capítulo II.	65
Capítulo III.	67
SEGUNDA DISPUTA.	71
Capítulo V.	77
Capítulo VI.	79
Capítulo VII.	79
Capítulo VIII.	83
Capítulo IX.	85
Capítulo X.	89
Capítulo XI.	93
Capítulo XII.	97
Capítulo XIII.	99
Capítulo XIV.	101
Capítulo XV.	105
Capítulo XVI.	107
Capítulo XVII.	109
Capítulo XVIII.	113
Capítulo XIX.	115
Caput XX.	117

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI
CONTRA ACADEMICOS LIBRI TRES. (C)

ADMONITIO DE SEQUENTIBUS TRIBUS CONTRA ACADEMICOS LIBRIS.

Rectus ordo postulat, ut libri contra Academicos, qui primi omnium ab Augustino recensiti, et ante caeteros (excepto opere de Pulchro et Apto, qui fetus eo juniore editus statim intercidit) ab eo profecti sunt, huc in proprium locum restituantur. Nempe cum Academicorum contra veri perceptionem argumenta sanctus Doctor dudum imbibisset; ea tum etiam, cum veritatem Dei gratia fuisset assecutus, nonnullam ipsi molestiam facessebant: quibus diluendis, non modo privatim sedulis meditationibus insistere, sed etiam cum amicis disputationem habere animo destinavit. Hanc porro collationem per aliquot dies habitam tres in libros partitus est, et Romaniano suo concivi ac Maecenati, eum ad philosophiae studium adhortando, transmisit.

Liber primus congregientes inter se Licentium et Trygetium exhibet, hunc contra Academicos, illum pro Academicis disputantem: an beata vita in cognitione veri; an contra in sola illius investigatione sit collocanda. Ubi quid sit error, quid sapientia fuse explicatur.

In libro secundo S. Augustinus recenset placita Academicorum; prosequitur Alypius veterem inter novamque Academiam discrimina. Exploditur sententia horum philosophorum, qui cum verum haud posse deprehendi putarent, tamen veri simile sequi se profiterentur.

In tertio libro verum inveniri pro susceptis partibus diffitetur Alypius; probat Augustinus a sapiente cognosci, ut pote qui saltem sapientiam noverit. Hic ipse deinde Zenonis definitionem discutit, et duo illa redarguit Academicorum effata: Nihil percipi posse, et, Nulli rei debere assentiri. Dicit demum videri sibi, Academicos non ita sensisse uti vulgo existimantur.

Scripsit hos libros initio suae conversionis in agro Cassiciaco, pauculis, ut ait, diebus transactis, posteaquam ibi vivere coepit (Lib. 1, c. 1, n. 4); adeoque sub finem anni 386; quo abdicata rhetoricae professione illuc secessit, ut totus purgando animo vacaret, seseque ad sacrum Baptisma digne compararet. Consule annotationem in lib. 3, c. 20.

S. AUGUSTINUS, EPIST. I, AD HERMOGENIANUM.

TRES LIBROS CONTRA LOS ACADÉMICOS DE SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA. (C)

ADVERTENCIA SOBRE LOS SIGUIENTES TRES LIBROS CONTRA LOS ACADÉMICOS.

El orden correcto exige que los libros *Contra los Académicos* —que fueron los primeros de todos en ser revisados por Agustín y que precedieron a los demás (a excepción de la obra *Sobre lo Bello y lo Conveniente*, que, siendo un fruto de su juventud, pereció inmediatamente después de su publicación)— sean restituidos aquí a su lugar correspondiente. En efecto, habiendo el santo Doctor asimilado hace tiempo los argumentos de los académicos contra la percepción de la verdad, incluso cuando ya había alcanzado la verdad por la gracia de Dios, estos le causaban todavía alguna molestia. Para disolverlos, decidió no solo insistir privadamente en constantes meditaciones, sino también tener una disputa con sus amigos. Además, dividió esta colación, mantenida durante varios días, en tres libros y los envió a su conciudadano y mecenas, Romaniano, exhortándolo al estudio de la filosofía.

El primer libro presenta a Licencio y Trigecio enfrentándose entre sí, este último argumentando contra los Académicos, el primero a favor de ellos: si la vida bienaventurada debe situarse en el conocimiento de la verdad o, por el contrario, en su sola investigación. Allí se explica extensamente qué es el error y qué es la sabiduría.

En el segundo libro, San Agustín repasa las doctrinas de los Académicos; Alipio prosigue las diferencias entre la Antigua y la Nueva Academia. Se rebate la sentencia de estos filósofos, quienes, aunque pensaban que la verdad no podía ser aprehendida, profesaban sin embargo seguir lo verosímil (*veri simile*).

En el tercer libro, Alipio niega que la verdad pueda ser hallada según las partes asumidas; Agustín prueba que es conocida por el sabio, como aquel que al menos conoce la sabiduría. Aquí él mismo discute luego la definición de Zenón y refuta aquellos dos aforismos de los Académicos: Nada puede ser percibido y No se debe dar asentimiento a ninguna cosa. Dice finalmente que le parece que los Académicos no sintieron como comúnmente se cree que lo hicieron.

Escribió estos libros al comienzo de su conversión en la finca de Casiciaco, transcurridos, como él dice, muy pocos días desde que comenzó a vivir allí (Lib. 1, c. 1, n. 4); y así, hacia fines del año 386, cuando, habiendo renunciado a la profesión de retórica, se retiró allí para vacar totalmente a la purificación de su alma y prepararse dignamente para el sagrado Bautismo. Consulte la anotación en el lib. 3, c. 20.

SAN AGUSTÍN, EPÍST. I, A HERMOGENIANO.

Academicos ego ne inter jocandum quidem unquam lacessere auderem - quando enim me tantorum virorum non moveret auctoritas, nisi eos putarem longe in alia, quam vulgo creditum est, fuisse sententia? Quare potius eos imitatus sum quantum valui, quam expugnavi, quod omnino non valeo. Videtur enim mihi satis congruisse temporibus, ut si quid sincerum de fonte Platonico flueret, inter umbrosa et spinosa dumeta potius in pastionem paucissimorum hominum duceretur, quam per aperta manans, irruentibus passim pecoribus nullo modo posset liquidum purumque servari Hoc autem saeculo cum jam nullos videamus philosophos, nisi forte amiculo corporis, quos quidem haud censuerim dignos tam venerabili nomine; reducendi mihi videntur homines, si quos Academicorum per verborum ingenium a rerum comprehensione deterruit sententia, in spem reperiendae veritatis: ne id quod eradicandis altissimis erroribus pro tempore accommodatum fuit, jam incipiat inserendae scientiae impedimento esse Equidem quoquo modo se habeant illae litterae, non tam me delectat, quod, ut scribis, Academicos vicerim (scribis enim hoc amantius forte quam verius); quam quod mihi abruperim odiosissimum retinaculum, quo ab philosophiae ubere desperatione veri, quod est animi pabulum, refrenabar.

EX LIB. XV DE TRINITATE, CAP. XII.

Adversus Academicos . . . qui nihil ab homine scire posse contendunt . . . sunt libri tres nostri, primo nostrae conversionis tempore conscripti: quos qui potuerit et voluerit legere, lectosque intellexerit, nihil eum profecto quae ab eis contra perceptionem veritatis argumenta multa inventa sunt, permovebunt. Vide lib. Enchirid. c. 20.

Yo no me atrevería a provocar a los Académicos ni siquiera en broma —pues ¿cuándo no me movería la autoridad de tan grandes hombres, a menos que pensara que fueron de una opinión muy diferente de lo que vulgarmente se cree? Por lo cual, más bien los he imitado en cuanto pude, que impugnado, lo cual no puedo en absoluto. Pues me parece que convino bastante a los tiempos que, si algo sincero manaba de la fuente platónica, fuera conducido entre matorrales sombríos y espinosos para el pasto de poquísimos hombres, antes que, fluyendo por lugares abiertos, no pudiera de ningún modo mantenerse líquido y puro con el ganado irrumpiendo por todas partes Pero en este siglo, cuando ya no vemos filósofos, si no es quizá por el manto del cuerpo, a quienes por cierto difícilmente juzgaría dignos de tan venerable nombre; me parece que los hombres, si a algunos la sentencia de los Académicos los ha disuadido de la comprensión de las cosas por el ingenio de las palabras, deben ser devueltos a la esperanza de encontrar la verdad: para que aquello que fue acomodado por un tiempo para erradicar los errores más profundos, no empiece ya a ser un impedimento para la inserción de la ciencia Ciertamente, de cualquier modo que se hallen aquellas letras, no tanto me deleita que, como escribes, haya vencido a los Académicos (pues escribes esto quizá con más afecto que verdad); como el haberme roto esa odiosísima atadura por la cual me veía frenado del pecho de la filosofía por la desesperación de la verdad, que es el alimento del alma.

DEL LIB. XV SOBRE LA TRINIDAD, CAP. XII.

Contra los Académicos . . . que sostienen que el hombre nada puede saber . . . son nuestros tres libros, escritos en el primer tiempo de nuestra conversión: los cuales, quien pudiere y quisiere leer, y los entendiere una vez leídos, de ningún modo lo conmovrán los muchos argumentos que por ellos han sido inventados contra la percepción de la verdad. Véase el libro *Enchiridion*, c. 20.

LIBER PRIMUS.

Romamanus ad philosophiam incitatur prooemio libri hujus, in quo ejus filius Licentius cum Trygetio per tres disputationes concreditur. Ille pro Academicis beatam vitam ipsa inquisitione veri, hic contra nonnisi veri comprehensione constare propugnat. Venit in contentionem definitio erroris, necnon definitio sapientiae, quae luculenter explicatur.

CAPUT PRIMUM.

Romanianum ad veram philosophiam cohortatur.

1. O utinam, Romaniane, hominem sibi aptum ita vicissim virtus fortunae repugnanti posset auferre, ut ab ea sibi auferri neminem patitur! jam tibi profecto injecisset manum, suique juris te esse proclamans, et in bonorum certissimorum possessionem traducens, ne prosperis quidem casibus servire permetteret. Sed quoniam ita comparatum est, sive pro meritis nostris, sive pro necessitate naturae (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2), ut divinum animum mortalibus inhaerentem, nequaquam sapientiae portus accipiat, ubi neque adversante fortunae flatu, neque secundante moveatur; nisi eo illum fortuna ipsa, vel secunda, vel quasi adversa perducatur: nihil pro te nobis aliud quam vota restant, quibus ab illo cui haec curae sunt Deo, si possumus, impetremus ut te tibi reddat; ita enim facile reddet et nobis; sinatque mentem illam tuam, quae respirationem jamdiu parturit, aliquando in auras verae libertatis emergere. Etenim fortasse quae vulgo fortuna nominatur, occulto quodam ordine regitur; nihilque aliud in rebus casum vocamus, nisi cujus ratio et causa secreta est (Ibid.): nihilque seu commodi seu incommodi commodi contingit in parte, quod non conveniat et congruat universo. Quam sententiam uberrimarum doctinarum oraculis editam, remotamque longissime ab intellectu profanorum, se demonstraturam veris amatoribus suis, ad quam te invito, philosophia pollicetur. Quamobrem, cum tibi tuo animo indigna multa accidunt; ne te ipse contemnas.

LIBRO PRIMERO.

Romaniano es incitado a la filosofía por el proemio de este libro, en el cual su hijo Licencio se enfrenta a Trigecio en tres disputas. Aquel defiende, a favor de los Académicos, que la vida bienaventurada consiste en la sola investigación de la verdad; este, por el contrario, sostiene que no consiste sino en la comprensión de la verdad. Entran en discusión la definición de error y también la definición de sabiduría, la cual se explica con lucidez.

CAPÍTULO PRIMERO.

Exhorta a Romaniano a la verdadera filosofía.

1. ¡Oh, si Romaniano, la virtud pudiera a su vez arrebatarse a la fortuna contraria un hombre apto para sí, tal como ella no permite que nadie le sea arrebatado! Ya ciertamente te habría echado la mano y, proclamando que eres de su propia jurisdicción y trasladándote a la posesión de los bienes más ciertos, no te permitiría servir ni siquiera a los sucesos prósperos. Pero como se ha dispuesto así, sea por nuestros méritos o por la necesidad de la naturaleza (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2), que el puerto de la sabiduría de ningún modo reciba al alma divina inherente a los mortales —donde no se movería ni por el soplo adverso de la fortuna ni por el favorable—, a menos que la misma fortuna, ya sea favorable o cuasi adversa, lo conduzca allí: nada más nos queda por ti que los votos, con los cuales alcancemos, si podemos, de aquel Dios a quien estas cosas preocupan, que te devuelva a ti mismo; pues así te devolverá fácilmente también a nosotros; y permita que esa mente tuya, que desde hace tiempo busca un respiro, emerja por fin a los aires de la verdadera libertad. Pues quizá lo que vulgarmente se llama fortuna se rige por un cierto orden oculto; y a ninguna otra cosa llamamos 'azar' en los asuntos, sino a aquello cuya razón y causa es secreta (Ibíd.): y nada, sea de provecho o de perjuicio, sucede en una parte que no convenga y concuerde con el universo. Esta sentencia, emitida por los oráculos de las más ricas doctrinas y alejada muchísimo del entendimiento de los profanos, la filosofía promete demostrarla a sus verdaderos amantes, a la cual te invito. Por lo cual, cuando te suceden muchas cosas indignas de tu alma, no te desprecies a ti mismo.

Nam si divina providentia pertenditur usque ad nos, quod minime dubitandum est; mihi crede, sic tecum agi oportet ut agitur. Nam cum tanta, quantam semper admiror, indole tua, ab ineunte adolescentia adhuc infirmo rationis atque lapsante vestigio humanam vitam errorum omnium plenissimam ingredereris; excepit te circumfluentia divitiarum, quae illam aetatem atque animum, quae pulchra et honesta videbantur avide sequentem, illecebrosis coeperat absorbere gurgitibus, nisi inde te fortunae illi flatus, qui putantur adversi, eripuissent pene mergentem.

2. An vero si edentem te munera ursorum et nunquam ibi antea visa spectacula civibus nostris, theatricus plausus semper prosperrimus accepisset; si stultorum hominum, quorum immensa turba est, conflatis et consentientibus vocibus ferreris ad coelum; si nemo tibi auderet esse inimicus; si municipales tabulae te non solum civium, sed etiam vicinorum patronum aere signarent; collocarentur statucae, influerent honores, adderentur etiam potestates, quae municipalem habitum supercrescerent; conviviis quotidianis mensae opimae struerentur; quod cuique esset necesse, quod cujusque etiam deliciae sitirent, indubitanter peteret, indubitanter hauriret, multa etiam non petentibus funderentur; resque ipsa familiaris diligenter a tuis fideliterque administrata, idoneam se tantis sumptibus paratamque praeberet: tu interea viveres in aedificiorum exquisitissimis molibus, in nitore balnearum, in tesseris quas honestas non respuit, in venatibus, in conviviis, in ore clientium, in ore civium, in ore denique populorum humanissimus, liberalissimus, mundissimus, fortunatissimus, ut fuisti, jactareris: quisquam tibi, Romaniane, beatæ alterius vitae, quae sola beata est, quisquam, quaeso, mentionem facere auderet? quisquam tibi persuadere posset, non solum te felicem non esse; sed eo maxime miserum, quo tibi minime videreris? Nunc vero quam te breviter admonendum tot et tanta, quae pertulisti adversa fecerunt? Non enim tibi alienis exemplis persuadendum est quam fluxa et fragilia, et plena calamitatum sint omnia, quae bona mortales putant; cum ita ex aliqua parte bene expertus sis, ut ex te caeteris persuadere possimus.

3. Illud ergo, illud tuum, quo semper decora et honesta desiderasti; quo te liberalem magis quam divitem esse maluisti; quo nunquam concupisti esse potentior quam justior, nunquam adversitatibus improbitatibusque cessisti: illud ipsum, inquam, quod in te divinum nescio quo vitae hujus somno veternoque sopitum est, variis illis durisque jactationibus secreta providentia excitare decrevit.

Pues si la divina providencia se extiende hasta nosotros, lo cual no debe dudarse en absoluto, créeme, conviene que se actúe contigo como se está actuando. Pues habiendo entrado en la vida humana, plenísimas de todos los errores, con ese ingenio tan grande que siempre admiro, desde tu temprana adolescencia con un paso de la razón todavía débil y vacilante, te recibió la abundancia de las riquezas, la cual había empezado a absorber aquella edad y alma que seguía ávidamente lo que parecía bello y honesto en remolinos seductores, si no te hubieran arrebatado de allí, estando casi sumergido, aquellos soplos de la fortuna que se consideran adversos.

2. ¿O es que si, ofreciendo tú juegos de osos y espectáculos nunca antes vistos allí a nuestros ciudadanos, el aplauso teatral siempre próspero te hubiera recibido; si fueras llevado al cielo por las voces unánimes y concordes de los hombres estultos, de quienes hay una inmensa multitud; si nadie se atrevera a ser tu enemigo; si las tablas municipales te señalaran en bronce como patrono no solo de los ciudadanos, sino también de los vecinos; si se colocaran estatuas, fluyeran honores, se añadieran incluso potestades que sobrepasaran la condición municipal; si en los banquetes cotidianos se dispusieran mesas opulentas; si lo que cada uno necesitara, o lo que incluso las delicias de cada uno sedientas buscaran, lo pidiera sin duda y lo bebiera sin duda, y muchas cosas se derramaran incluso para los que no piden; y si el patrimonio familiar mismo, administrado con diligencia y fidelidad por los tuyos, se mostrara idóneo y preparado para tan grandes gastos: tú entretanto vivieras en las más exquisitas masas de edificios, en el esplendor de los baños, en los dados que la honestidad no rechaza, en las cacerías, en los banquetes, y fueras pregonado como humanísimo, liberalísimo, mundísimo, fortunatísimo —como lo fuiste— en boca de los clientes, en boca de los ciudadanos y, finalmente, en boca de los pueblos: ¿alguien, Romaniano, alguien, te pregunto, se atrevería a hacerte mención de otra vida bienaventurada, que es la única feliz? ¿alguien podría persuadirte no solo de que no eras feliz, sino de que eras tanto más miserable cuanto menos te lo parecías? Ahora, en cambio, ¡qué brevemente te han hecho ser advertido tantas y tan grandes adversidades como has padecido! Pues no se te debe persuadir con ejemplos ajenos de cuán fluidas y frágiles, y llenas de calamidades son todas las cosas que los mortales consideran bienes, habiéndolo experimentado tú tan bien por una parte que podemos persuadir a los demás a partir de tu caso.

3. Aquello, pues, aquello tuyo por lo cual siempre deseaste lo decoroso y honesto; por lo cual preferiste ser liberal antes que rico; por lo cual nunca deseaste ser más potente que más justo, y nunca cediste ante las adversidades y las maldades: eso mismo, digo, que es divino en ti y que ha sido adormecido por no sé qué sueño y letargo de esta vida, la secreta providencia ha decidido despertarlo mediante esos varios y duros vaivenes.

Evigila, evigila, oro te; multum, mihi crede, gratulaberis quod pene nullis prosperitatibus quibus tenentur incauti, mundi hujus tibi dona blandita sunt: quae meipsum capere moliebantur quotidie ista cantantem, nisi me pectoris dolor ventosam professionem abjicere et in philosophiae gremium confugere coegisset. Ipsa me nunc in otio, quod vehementer optavimus, nutrit ac fovet: ipsa me penitus ab illa superstitione, in quam te mecum praecipitem dederam, liberavit. Ipsa enim docet, et vere docet nihil omnino colendum esse, totumque contemni oportere, quidquid mortalibus oculis cernitur, quidquid ullus sensus attingit (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2). Ipsa verissimum et secretissimum Deum perspicue se demonstraturam promittit, et jam jamque quasi per lucidas nubes ostentare dignatur.

4. In hac mecum studiosissime vivit noster Licentius: ad eam totus a juvenilibus illecebris voluptatibusque conversus est, ita ut eum non temere patri audeam imitandum proponere. Philosophia est enim, a cujus uberibus se nulla aetas queretur excludi; ad quam avidius retinendam et hauriendam quo te incitarem, quamvis tuam sitim bene noverim, gustum tamen mittere volui, quem tibi suavissimum, et, ut ita dicam, inductorium fore, peto ne frustra speraverim. Nam disputationem quam inter se Trygetius et Licentius habuerunt, relatam in litteras, tibi misi. Illum enim quoque adolescentem, quasi ad detergendum fastidium disciplinarum aliquantum sibi usurpasset militia, ita nobis magnarum honestarumque artium ardentissimum edacissimumque restituit. Pauculis igitur diebus transactis, posteaquam in agro vivere coepimus, cum eos ad studia hortans atque animans, ultra quam optaveram paratos et prorsus inhiantes viderem, volui tentare pro aetate quid possent: praesertim cum Hortensius liber Ciceronis jam eos ex magna parte conciliasse philosophiae videretur. Adhibito itaque notario, ne aurae laborem nostrum discernerent, nihil perire permisi. Sane in hoc libro res et sententias illorum, mea vero et Alympii etiam verba lecturus es.

DISPUTATIO PRIMA.

CAPUT II.

An ad beatam vitam necessaria sit veri comprehensio, an sola ejus inquisitio.

Despierta, despierta, te lo ruego; créeme, te felicitarás mucho de que los dones de este mundo te hayan halagado con casi ninguna prosperidad de esas que atrapan a los incautos: las cuales pugnaban diariamente por capturarme a mí mismo mientras yo cantaba estas cosas, si un dolor de pecho no me hubiera obligado a arrojar mi ventosa profesión y a refugiarme en el regazo de la filosofía. Ella ahora me nutre y me fomenta en el ocio que vehementemente deseamos: ella me ha liberado totalmente de aquella superstición en la que me había lanzado de cabeza contigo. Pues ella enseña, y enseña verdaderamente, que nada en absoluto debe ser adorado y que todo debe ser despreciado, cualquier cosa que se discierna con ojos mortales, cualquier cosa que alcance sentido alguno (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2). Ella promete que demostrará claramente al Dios más verdadero y secreto, y ya empieza a mostrarlo como a través de nubes lúcidas.

4. En este estudio vive con el mayor interés nuestro Licencio: a ella se ha convertido totalmente desde los atractivos y placeres juveniles, de modo que no me atrevo temerariamente a proponerlo a su padre como alguien a quien imitar. Pues es la filosofía de cuyos pechos ninguna edad se quejará de ser excluida; para incitarte a retenerla y beberla con más avidez, aunque conozco bien tu sed, he querido sin embargo enviarte un gusto, el cual pido no haber esperado en vano que te sea suavísimo y, por así decir, introductorio. Pues te he enviado la disputa que mantuvieron entre sí Trigeccio y Licencio, puesta por escrito. Pues también aquel joven, como si la milicia se hubiera tomado algún tiempo para limpiar el hastío de las disciplinas, se nos ha restituido ardiente y voracísimo de las grandes y honestas artes. Transcurridos, pues, muy pocos días después de que empezamos a vivir en el campo, viendo que, al exhortarlos y animarlos a los estudios, estaban preparados más allá de lo que yo había deseado y verdaderamente ansiosos, quise probar qué podían según su edad: especialmente porque el libro Hortensio de Cicerón parecía haberlos ganado ya en gran parte para la filosofía. Así pues, habiendo empleado un notario, para que los aires no dispersaran nuestro trabajo, no permitió que nada pereciera. Ciertamente, en este libro vas a leer los asuntos y sentencias de ellos, pero mis palabras e incluso las de Alipio. PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO II.

Si para la vida bienaventurada es necesaria la comprensión de la verdad, o su sola investigación.

5. Cum igitur omnes hortatu meo unum in locum ad hoc congregati essemus, ubi opportunum visum est: Numquidnam dubitatis, inquam, verum nos scire oportere? Minime, ait Trygetius: caeterique se vultu ipso approbasse significaverunt. Quid si, inquam, etiam non comprehenso vero beati esse possumus; necessariam veri comprehensionem arbitramini? Hic Alypius: Hujus quaestionis, inquit, iudicem me tutius puto. Cum enim iter mihi in urbem sit constitutum, oportet me onere alicujus suscipiendae partis relevari; simul quod facilius iudicis partes, quam cujusquam defensoris, cuipiam delegare possim. Quare dehinc pro alterutra parte ne a me quidquam exspectetis. Quod ei cum concessum esset ab omnibus, et ego rogationem repetissem: Beati certe, inquit Trygetius, esse volumus; et si ad hanc rem possumus absque veritate pervenire, quaerenda nobis veritas non est. Quid hoc ipsum, inquam? Existimatisne beatos nos esse posse, etiam non inventa veritate? Tunc Licentius: Possumus, inquit, si verum quaeramus. Hic cum ego caeterorum sententiam nutu flagitassem: Movet me, inquit Navigius, quod a Licentio dictum est. Potest enim fortasse hoc ipsum esse beate vivere, in veritatis inquisitione vivere. Defini ergo, ait Trygetius, quid sit beata vita, ut ex eo colligam quid respondere conveniat. Quid censes, inquam, esse aliud beate vivere, nisi secundum id quod in homine optimum est, vivere? Temere, inquit, verba non fundam: nam id ipsum optimum quid sit, definiendum mihi abs te puto. Quis, inquam, dubitaverit, nihil aliud esse hominis optimum, quam eam partem animi, cui dominanti obtemperare convenit caetera quaeque in homine sunt? Haec autem, ne aliam postules definitionem, mens aut ratio dici potest (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 2). Quod si tibi non videtur, quaere quomodo ipse definias vel beatam vitam, vel hominis optimum. Assentior, inquit.

6. Quid ergo? ut ad propositum, inquam, redeamus; videturne tibi non invento vero beate posse vivi, si tantum quaeratur? Repeto, inquit, sententiam illam meam: Minime videtur. Vos, inquam, quid opinamini? Tum Licentius: Mihi prorsus, inquit, videtur: nam majores nostri, quos sapientes beatosque accepimus, eo solo quod verum quaerebant, bene beateque vixerunt. Ago gratias, inquam, quod cum Alypio me iudicem fecistis, cui, fateor, invidere jam coeperam.

5. Habiéndonos, pues, congregado todos por mi exhortación en un mismo lugar para esto, donde pareció oportuno: "¿Acaso dudáis —dije— de que conviene que conozcamos lo verdadero?" "En absoluto", dijo Trigecio; y los demás indicaron con su mismo rostro que lo aprobaban. "¿Y si —dije— podemos ser bienaventurados incluso sin haber comprendido lo verdadero, juzgáis necesaria la comprensión de la verdad?" Aquí Alipio: "Considero más seguro para mí ser el juez de esta cuestión. Pues habiéndose fijado mi viaje a la ciudad, conviene que sea aliviado del peso de asumir parte alguna; al mismo tiempo que más fácilmente puedo delegar en alguien las funciones de juez que las de cualquier defensor. Por lo cual, de aquí en adelante no esperéis de mí nada a favor de ninguna de las dos partes". Habiéndole sido concedido esto por todos, y habiendo yo repetido la pregunta: "Ciertamente —dijo Trigecio— queremos ser bienaventurados; y si podemos llegar a esto sin la verdad, la verdad no debe ser buscada por nosotros". "¿Qué dices de esto mismo? —dije—. ¿Consideráis que podemos ser bienaventurados incluso no habiendo hallado la verdad?" Entonces Licencio: "Podemos —dijo— si buscamos lo verdadero". Aquí, habiendo yo pedido con un gesto la opinión de los demás: "Me mueve —dijo Navigio— lo que ha dicho Licencio. Pues quizá esto mismo sea vivir bienaventuradamente: vivir en la investigación de la verdad". "Define, pues —dijo Trigecio—, qué es la vida bienaventurada, para que a partir de ello deduzca qué conviene responder". "¿Qué piensas tú —dije— que es vivir bienaventuradamente sino vivir según aquello que es lo mejor en el hombre?" "No soltaré palabras temerariamente —dijo—; pues pienso que tú mismo debes definirme qué es eso mejor". "¿Quién dudará —dije— que nada hay mejor en el hombre que aquella parte del alma a la cual, mientras domina, conviene que obedezcan todas las demás cosas que hay en el hombre? Esta, para que no pidas otra definición, puede llamarse mente o razón (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 2). Pero si no te parece así, busca cómo definirías tú mismo o la vida bienaventurada o lo mejor del hombre". "Asiento", dijo.

6. "¿Qué, pues? Para volver a lo propuesto —dije—, ¿te parece que puede vivirse bienaventuradamente no habiendo hallado la verdad, si solo se busca?" "Repito —dijo— aquella sentencia mía: De ningún modo me lo parece". "¿Vosotros qué opináis? —dije—". Entonces Licencio: "A mí me lo parece totalmente —dijo—; pues nuestros mayores, a quienes hemos recibido como sabios y bienaventurados, vivieron bien y bienaventuradamente por el solo hecho de que buscaban la verdad". "Doy las gracias —dije— porque me habéis hecho juez con Alipio, de quien, lo confieso, empezaba ya a tener envidia.

Quoniam igitur alteri vestrum videtur beatam vitam sola investigatione veritatis; alteri, non nisi inventione posse contingere; Navigius autem paulo ante ostendit in tuam, Licenti, partem se velle transire: magnopere exspecto quales sententiarum vestrarum patroni esse possitis. Res enim magna est, et diligenti discussione dignissima. Si res magna est, ait Licentius, magnos viros desiderat. Noli quaerere, inquam, praesertim in hac villa, quod ubivis gentium reperire difficile est: sed potius explica, cur id quod abs te non temere, ut opinor, prolatum est, et qua tibi ratione videatur: nam et maximae res, cum a parvis quaeruntur, magnos eos solent efficere.

CAPUT III.

Beatitatem in investigatione veri sitam esse pro Academicis propugnatur.

7. Quoniam te, inquit, video magnopere nos urgere, ut adversum invicem disputemus, quod te utiliter velle confido; quaero cur beatus esse non possit, qui verum quaerit, etiamsi minime inveniatur? Quia beatum, inquit Trygetius, volumus esse perfectum in omnibus sapientem. Qui autem adhuc quaerit, perfectus non est. Hunc igitur quomodo asseras beatum, omnino non video. Et ille: Potest apud te, inquit, vivere auctoritas majorum? Non omnium, inquit Trygetius. Quorum tandem? Ille: Eorum scilicet, qui sapientes fuerunt. Tum Licentius: Carneades, inquit, tibi sapiens non videtur? Ego, ait, graecus non sum; nescio Carneades iste qui fuerit. Quid, inquit Licentius, de illo nostro Cicerone, quid tandem existimas? Hic cum diu tacuisset: Sapiens fuit, inquit. Et ille: Ergo ejus de hac re sententia habet apud te aliquid ponderis? Habet, inquit. Accipe igitur quae sit, nam eam tibi excidisse arbitror. Placuit enim Ciceroni nostro, beatum esse qui veritatem investigat, etiamsi ad ejus inventionem non valeat pervenire. Ubi hoc, inquit, Cicero dixit? Et Licentius: Quis ignorat eum affirmasse vehementer, nihil ab homine percipi posse; nihilque remanere sapienti, nisi diligentissimam inquisitionem veritatis: propterea quia si incertis rebus esset assensus, etiam si fortasse verae forent, liberari ab errore non posset? quae maxima est culpa sapientis. Quamobrem si et sapientem necessario beatum esse credendum est, et veritatis sola inquisitio perfectum sapientiae munus est; quid dubitamus existimare beatam vitam, etiam per se ipsa investigatione veritatis posse contingere?

Puesto que, por tanto, a uno de vosotros le parece que la vida bienaventurada puede alcanzarse por la sola investigación de la verdad, y al otro no sino por su hallazgo —y Navigio mostró hace poco que quiere pasarse a tu bando, Licencio—, espero con gran interés ver qué clase de defensores de vuestras sentencias podéis ser. Pues el asunto es grande y dignísimo de una diligente discusión". "Si el asunto es grande —dijo Licencio—, desea hombres grandes". "No busques —dije—, especialmente en esta villa, lo que es difícil hallar en cualquier parte del mundo; sino explica más bien por qué te parece así aquello que por ti, no temerariamente según creo, ha sido propuesto y por qué razón; pues incluso los asuntos más grandes, cuando son buscados por los pequeños, suelen hacerlos grandes".

CAPÍTULO III.

Se defiende en favor de los académicos que la felicidad consiste en la investigación de la verdad.

7. "Puesto que veo —dijo— que nos instas grandemente a disputar uno contra otro, lo cual confío que desees por un fin útil; pregunto: ¿por qué no puede ser bienaventurado quien busca la verdad, aunque no la encuentre?". "Porque —dijo Trigecio— queremos que el bienaventurado sea perfecto en todo, un sabio." Pero quien todavía busca, no es perfecto. Cómo puedes afirmar que este es bienaventurado, no lo veo en absoluto." Y aquel: "¿Puede tener para ti —dijo— vigencia la autoridad de los mayores?". "No la de todos —dijo Trigecio—. "¿De quiénes, pues?". Él: "De aquellos, por supuesto, que fueron sabios". Entonces Licencio: "¿No te parece sabio Carneades?". "Yo —dijo— no soy griego; no sé quién fue ese Carneades". "¿Qué piensas —dijo Licencio— de nuestro Cicerón?". Tras haber callado este largo tiempo: "Fue sabio —dijo—. Y el otro: "¿Luego su sentencia sobre este asunto tiene para ti algún peso?". "Lo tiene —dijo—. "Escucha, pues, cuál es, pues creo que se te ha olvidado." Pues a nuestro Cicerón le pareció que es bienaventurado quien investiga la verdad, aunque no pueda llegar a su hallazgo." "¿Dónde dijo esto Cicerón? —preguntó Trigecio—. Y Licencio: "¿Quién ignora que él afirmó vehementemente que nada puede ser percibido por el hombre, y que nada le queda al sabio sino la más diligente investigación de la verdad: por la razón de que, si asintiera a cosas inciertas, aunque tal vez fueran verdaderas, no podría verse libre de error, lo cual es la máxima culpa del sabio?" Por lo cual, si ha de creerse necesariamente que el sabio es bienaventurado, y la sola inquisición de la verdad es el perfecto oficio de la sabiduría; ¿por qué dudamos en considerar que la vida bienaventurada puede alcanzarse incluso por la investigación misma de la verdad?"

8. Tum ille: Licetne tandem ad ea quae temere concessa sunt, redire rursum? Hic ego: Illi hoc non solent concedere, inquam, quos ad disputandum non inveniendi veri cupiditas, sed ingenii puerilis jactantia impellit. Itaque apud me, praesertim cum adhuc nutriendi educandique sitis, non solum conceditur, sed etiam in praeceptis habeatis volo, ad ea vos discutienda redire oportere, quae concesseritis incautius. Et Licentius: Non parvum in philosophia profectum puto, inquit, cum in comparatione recti verique inveniendi contemnitur a disputante victoria. Itaque libenter obsequor praeceptis et sententiae tuae, et Trygetium ad id quod se temere concessisse arbitratur, res enim mei juris est, redire permitto. Tum Alypius: Suscepti a me officii nondum partes esse, vosmetipsi mecum recognoscitis. Sed quoniam id jamdudum disposita profectio interrompere me compellit, pro meo quoque munere geminam sibi potestatem particeps mecum iudicii non renuet usque in reditum meum: video enim hoc vestrum certamen longius progressurum. Et cum discessisset: Quod, inquit Licentius, temere concesseras, profer. Et ille: Temere dedi, inquit, Ciceronem fuisse sapientem. Ergone Cicero sapiens non fuit, a quo in latina lingua philosophia et inchoata est, et perfecta? Etsi concedam, inquit, esse sapientem, non omnia tamen ejus probo. Atqui oportet multa ejus alia refellas, ut non impudenter hoc de quo agitur, improbare videaris. Quid si hoc solum non recte sensisse illum affirmare paratus sum? Vestra, ut opinor, nihil interest, nisi cujus ponderis ad id quod volo asserendum, rationes afferam. Perge, inquit ille. Quid enim, inquit, audeam contra eum, qui se Ciceronis adversarium profitetur?

9. Hic Trygetius: Volo attendas, ait, tu iudex noster, quemadmodum superius beatam vitam definieris: dixisti namque eum beatum esse, qui secundum eam partem animi vivit, quam caeteris convenit imperare. Tu autem, Licenti, volo vel nunc mihi concedas (jam enim libertate, in quam maxime nos vindicaturam se philosophia pollicetur, jugum illud auctoritatis excussi), perfectum non esse qui adhuc veritatem requirat. Tum ille post diuturnum silentium: Non concedo, inquit. Et Trygetius: Cur, quaeso? explica. Isthic sum enim, et aveo audire, quo pacto possit et perfectus homo esse, et adhuc quaerere veritatem. Hic ille: Qui ad finem inquit, non pervenit, fateor quod perfectus non sit. Veritatem autem illam solum Deum nosse arbitror, aut forte hominis animam, cum hoc corpus, hoc est tenebrosus carcerem, dereliquerit. Hominis autem finis est, perfecte quaerere veritatem: perfectum enim quaerimus, sed tamen hominem. Et Trygetius: Non igitur potest beatus esse homo. Quomodo enim, cum id quod magnopere concupiscit, assequi nequeat?

8. Entonces él dijo: "¿Se permite al fin volver de nuevo a aquellas cosas que fueron concedidas temerariamente?". Aquí dije yo: "No suelen conceder esto aquellos a quienes impulsa a disputar no el deseo de hallar la verdad, sino la jactancia de un ingenio pueril." Por lo tanto, conmigo, especialmente mientras haya sed de nutrir y educar, no solo se concede, sino que quiero que tengáis entre vuestros preceptos que conviene volver a discutir aquello que hubierais concedido con demasiada incautela". Y Licencio: "No considero pequeño progreso en la filosofía —dijo— cuando el que disputa desprecia la victoria en comparación con el hallazgo de lo recto y lo verdadero." Por lo cual, obedezco gustoso a tus preceptos y sentencia, y permito a Trigecio volver a aquello que considera haber concedido temerariamente, pues el asunto es de mi competencia". Entonces Alipio: "Vosotros mismos reconocéis conmigo que todavía no es parte del oficio por mí asumido." Pero como una ya dispuesta partida me obliga a interrumpirlo, por mi parte también, mi colega en el juicio no rechazará para sí la doble potestad hasta mi regreso; pues veo que este certamen vuestro ha de prolongarse mucho". Y cuando se hubo marchado: "Expón —dijo Licencio— lo que habías concedido temerariamente". Y aquel: "Concedí temerariamente —dijo— que Cicerón fue sabio". "¿Luego Cicerón no fue sabio, por quien en lengua latina la filosofía fue tanto iniciada como perfeccionada?". "Aunque conceda —dijo— que fue sabio, no por ello apruebo todas sus cosas". "Y sin embargo conviene que refutes muchas otras cosas tuyas, para que no parezca que repruebas impudicamente esto de que se trata". ¿Qué si estoy dispuesto a afirmar que solo en esto no sintió rectamente? Nada os importa a vosotros, según creo, a no ser de qué peso sean las razones que aporte para afirmar lo que quiero". "Prosigue —dijo aquel—". "¿Pues qué —dijo— me atrevería yo contra aquel que se profesa adversario de Cicerón?"

9. Aquí dijo Trigecio: "Quiero que atiendas, tú nuestro juez, a cómo definiste anteriormente la vida bienaventurada: pues dijiste que es bienaventurado aquel que vive según aquella parte del alma a la cual conviene que mande a las demás." Pero tú, Licencio, quiero que me concedas ya ahora (pues ya he sacudido aquel yugo de la autoridad por la libertad en la que la filosofía promete especialmente que nos reivindicará), que no es perfecto quien todavía busca la verdad". Entonces aquel, tras un largo silencio: "No lo concedo —dijo—". Y Trigecio: "¿Por qué, te ruego? Explícalo." Pues aquí estoy y ansío oír de qué modo puede un hombre ser perfecto y todavía buscar la verdad". Aquí dijo él: "Confieso que quien no ha llegado al fin no es perfecto." Pero creo que solo Dios conoce aquella verdad, o tal vez el alma del hombre cuando haya abandonado este cuerpo, esto es, esta tenebrosa cárcel." Pero el fin del hombre es buscar perfectamente la verdad: pues buscamos lo perfecto, pero sin embargo un hombre". Y Trigecio: "Luego el hombre no puede ser bienaventurado." Pues ¿cómo, si no puede alcanzar aquello que desea vivamente?"

Potest autem homo beate vivere, siquidem potest secundum eam partem animi vivere quam dominari in homine fas est. Potest igitur verum invenire. Aut colligat se, et non concupiscat verum, ne cum id assequi non potuerit, necessario miser sit. At hoc ipsum est beatum hominis, ait ille, perfecte quaerere veritatem: hoc est enim pervenire ad finem, ultra quem non potest progredi. Quisquis ergo minus instanter quam oportet veritatem quaerit, is ad finem hominis non pervenit: quisquis autem tantum quantum homo potest ac debet, dat operam inveniendae veritati, is etiamsi eam non inveniat, beatus est; totum enim facit, quod ut faciat, ita natus est. Inventio autem si defuerit, id deerit quod natura non dedit. Postremo cum hominem necesse sit aut beatum esse aut miserum, nonne dementis est eum qui dies noctesque quantum potest instat investigandae veritati, miserum dicere? Beatus igitur erit. Deinde illa definitio mihi, ut arbitror, uberius suffragatur: nam si beatus est, sicuti est, qui secundum eam partem animi vivit, quam regnare caeteris convenit, et haec pars ratio dicitur; quaero utrum non secundum rationem vivat, qui quaerit perfecte veritatem? Quod si absurdum est, quid dubitamus beatum hominem dicere sola ipsa inquisitione veritatis?

CAPUT IV.

Quid sit error.

10. Mihi, ait ille, nec secundum rationem vivere, nec beatus omnino, quisquis errat videtur. Errat autem omnis qui semper quaerit nec invenit. Unde tibi unum jam e duobus monstrandum est: aut errantem beatum esse posse; aut eum qui quod quaerit nunquam invenit, non errare. Hic ille: Beatus errare non potest. Et cum diu siluisset: Non autem errat, inquit, cum quaerit; quia ut non erret, perfecte quaerit. Et Trygetius: Ut non erret quidem, inquit, quaerit; sed errat, cum minime invenit. Ita autem tibi profuturum putasti, quod errare ille non vult, quasi nemo erret invitus, aut quisquam omnino erret, nisi invitus. Tum ego, cum ille diu cunctaretur quid responderet: Definiendum vobis est, inquam, quid sit error: facilius enim ejus fines potestis videre, in quem jam penitus ingressi estis. Ego, inquit Licentius, definire aliquid idoneus non sum: quamvis errorem definire sit facilius quam finire. Ego, ait ille, definiam; quod mihi facillimum est, non ingenio, sed causa optima. Nam errare est utique semper quaerere, nunquam invenire.

Pero el hombre puede vivir bienaventuradamente si en verdad puede vivir según aquella parte del alma que es lícito que domine en el hombre." Luego puede hallar la verdad." O que se recoja y no desee la verdad, para que, cuando no pueda alcanzarla, no sea necesariamente miserable". "Pero esto mismo es lo bienaventurado del hombre —dijo aquel—: buscar perfectamente la verdad; pues esto es llegar al fin más allá del cual no puede progresar." Todo aquel, por tanto, que busca la verdad con menos instancia de la que conviene, ese no llega al fin del hombre; pero todo aquel que pone tanto esfuerzo en hallar la verdad cuanto el hombre puede y debe, ese, aunque no la halle, es bienaventurado; pues hace todo aquello para lo cual nació." Pero si faltara el hallazgo, faltaría lo que la naturaleza no dio." Por último, siendo necesario que el hombre sea o bienaventurado o miserable, ¿no es propio de un demente decir que es miserable aquel que día y noche insta cuanto puede en investigar la verdad?" Luego será bienaventurado." Además, aquella definición, según creo, me favorece más ampliamente: pues si es bienaventurado, como lo es, quien vive según aquella parte del alma a la cual conviene reinar sobre las demás, y esta parte se llama razón; pregunto si no vive según la razón quien busca perfectamente la verdad." Y si esto es absurdo, ¿por qué dudamos en llamar al hombre bienaventurado por la sola investigación de la verdad?"

CAPÍTULO IV.

Qué sea el error.

10. "A mí —dijo él— ni vivir según la razón, ni ser bienaventurado en absoluto, le parece nadie que yerre." Pero yerra todo el que siempre busca y no encuentra. De donde una de dos cosas ha de ser mostrada ahora por ti: o que el que yerra puede ser bienaventurado; o que aquel que nunca encuentra lo que busca, no yerra". Aquí aquel: "El bienaventurado no puede errar". Y habiendo callado largo tiempo: "Pero no yerra —dijo— cuando busca; porque para no errar, busca perfectamente". Y Trigecio: "Para no errar, ciertamente —dijo—, busca; pero yerra cuando no encuentra nada." Pero pensaste que te aprovecharía el que él no quiere errar, como si nadie errara contra su voluntad, o alguien en absoluto errara sino contra su voluntad". Entonces yo, cuando él dudaba largo tiempo qué responder: "Debéis definir —dije— qué es el error; pues podréis ver más fácilmente sus límites, en los cuales ya habéis entrado profundamente". "Yo —dijo Licencio— no soy idóneo para definir nada; aunque sea más fácil definir el error que ponerle fin". "Yo —dijo aquel— lo definiré; lo cual me es facilísimo, no por mi ingenio, sino por una causa óptima." Pues errar es ciertamente buscar siempre y nunca encontrar".

Ego, inquit Licentius, si vel istam definitionem facile possem refellere, jamdudum causae meae non defuissem. Sed quoniam aut res ipsa per se ardua est, aut ita mihi apparet; peto a vobis ut usque in crastinam lucem quaestio differatur, si nihil hodie quod respondeam, reperire potuero, cum id sedulo mecum ipse volvam. Quod cum concedendum putarem, non renuentibus caeteris, deambulatum ire surreximus: nobisque inter nos multa variaque sermocinantibus, ille in cogitatione defixus fuit. Quod cum frustra esse sensisset, relaxare animum maluit, et nostro se sermoni miscere. Postea cum jam advesperasceret, in eundem conflictum redierant: sed modum imposui, persuasique ut in alium diem differri paterentur. Inde ad balneas.

DISPUTATIO SECUNDA.

11. Postridie autem cum consedissemus: Proferte, inquam, quod heri coeperatis. Tum Licentius: Distuleramus, inquit, disputationem, nisi fallor, rogatu meo, cum erroris definitio difficillima mihi esset. Hic plane, inquam, non erras, quod ut tibi omen sit ad reliqua, libenter optaverim. Audi ergo, inquit, quod heri etiam nisi intercessisses, protulissem. Error mihi videtur esse falsi pro vero approbatio; in quem nullo pacto incidit, qui veritatem quaerendam semper existimat: falsum enim probare non potest, qui probat nihil; non igitur potest errare. Beatus autem facillime esse potest: nam, ne longius abeam, si nobis ipsis, ut heri licuit, quotidie vivere liceret; nihil mihi occurrit cur nos beatos appellare dubitaremus. Viximus enim magna mentis tranquillitate, ab omni corporis labe animum vindicantes, et a cupiditatum facibus longissime remoti, dantes, quantum homini licet, operam rationi; hoc est, secundum illam divinam partem animi viventes, quam beatam vitam esse hesternam inter nos definitione convenit: atque, ut opinor, nihil invenimus, sed tantummodo quaesivimus veritatem. Potest igitur sola inquisitione veritatis, etiamsi eam invenire minime possit, homini beata vita contingere. Nam definitio tua vide quanta facilitate excludatur notione communi. Etenim errare dixisti esse, Semper quaerere, et nunquam invenire. Quid si quisquam nihil quaerat, et interrogatus, verbi gratia, utrumnam modo dies sit, temere statimque noctem esse opinetur atque respondeat? nonne tibi videtur errare? Hoc igitur erroris genus vel immanissimum, non complexa est definitio tua. Quid si etiam non errantes complexa est, potestne definitio ulla esse vitiosior?

"Yo —dijo Licencio—, si pudiera refutar fácilmente incluso esa definición, no habría faltado hace tiempo a mi causa." Pero puesto que, o bien la cosa misma es ardua por sí misma, o así me lo parece, os pido que se difiera la cuestión hasta la luz de mañana, por si nada pudiere hallar hoy que responder, mientras lo medito diligentemente conmigo mismo". Pensando yo que esto debía concederse, no oponiéndose los demás, nos levantamos para ir a pasear; y mientras hablábamos entre nosotros muchas y variadas cosas, él estuvo absorto en sus pensamientos. Cuando sintió que esto era en vano, prefirió relajar el ánimo y mezclarse en nuestra conversación. Después, cuando ya anochecía, habían vuelto al mismo conflicto; pero impuse un límite y les persuadí de que permitieran que se difiriera para otro día. De allí, a los baños.

SEGUNDA DISPUTA.

11. Al día siguiente, habiéndonos sentado, dije: "Exponed lo que habáis empezado ayer". Entonces Licencio: "Habíamos diferido la disputa, si no me engaño, a petición mía, siendo para mí difícilísima la definición del error". "En esto ciertamente —dije— no erras; lo cual desearía gustoso que te sirviera de presagio para lo demás." Escucha, pues —dijo—, lo que habría expuesto incluso ayer si no hubieras intervenido." El error me parece ser la aprobación de lo falso por lo verdadero, en lo cual de ningún modo incide quien considera que la verdad ha de ser siempre buscada; pues no puede aprobar lo falso quien nada aprueba; por lo tanto, no puede errar." Y puede ser bienaventurado facilísimamente; pues, para no ir más lejos, si a nosotros mismos nos fuera lícito vivir a diario como nos fue lícito ayer, nada se me ocurre por lo que dudáramos en llamarnos bienaventurados." Pues vivimos con gran tranquilidad de espíritu, reivindicando el alma de toda mancha del cuerpo y alejadísimos de las teas de los deseos, dando, cuanto al hombre es lícito, atención a la razón; esto es, viviendo según aquella parte divina del alma, que en la definición de ayer entre nosotros quedó convenido que es la vida bienaventurada; y, según creo, nada encontramos, sino que solo buscamos la verdad." Puede, por tanto, por la sola inquisición de la verdad, aunque no pueda encontrarla en absoluto, alcanzarse la vida bienaventurada por el hombre." Pues mira con qué facilidad tu definición es excluida por la noción común." Pues dijiste que errar es: Buscar siempre y nunca encontrar." ¿Qué si alguien nada busca e, interrogado, por ejemplo, si es ahora de día, temeraria e inmediatamente opinara y respondiera que es de noche? ¿No te parece que yerra?" Este género de error, por tanto, incluso el más monstruoso, no lo abarcó tu definición." ¿Qué si además abarcó a los que no yerran? ¿Puede haber alguna definición más viciosa?"

Nam si quis Alexandriam quaerat, et ad eam recto pergat itinere; non, opinor, potes eum errantem vocare. Quid si eamdem viam, variis impeditus causis, longo agat tempore, et in ea morte praeveniatur; nonne et semper quaesivit, et nunquam invenit, nec erravit tamen? Non, inquit ille, semper quaesivit.

12. Recte dicis, ait Licentius, et bene admones. Inde enim prorsus nihil ad rem pertinet definitio tua: non enim ego beatum esse dixi, qui semper quaerat veritatem. Quod ne fieri quidem potest: primo, quia non semper homo est; deinde, quia non ex quo tempore incipit esse homo, eo jam potest, aetate impediante, verum quaerere. Aut si semper id putas dicendum, si nihil temporis quo jam quaerere potest, perire patitur; rursus tibi Alexandriam redeundum est. Fac enim quemquam, ex quo tempore iter agere vel aetate vel negotio sinitur, pergere occipere illam viam, atque, ut supra dixi, cum deviet nusquam, antequam perveniat tamen vita excedere; multum profecto errabis, si tibi errasse iste videbitur, quamvis omni quo potuit tempore, nec quaerere desierit, nec invenire potuerit quo pergebat. Quamobrem si et mea descriptio vera est, et secundum eam non errat ille qui perfecte quaerit, quamvis non inveniat veritatem, beatusque est ob eam rem, quod secundum rationem vivit; tua vero definitio et frustrata est, et si non esset, nihil eam curare deberem, si ex eo solum quod ego definivi, satis causa firmata est: cur, quaeso, nondum est ista inter nos quaestio dissoluta?

CAPUT V.

Quidnam sit sapientia.

13. Hic Trygetius: Dasne, inquit, sapientiam rectam viam vitae esse? Do, inquit, sine dubio: sed tamen volo mihi sapientiam definias, ut sciam utrum quae mihi, eadem tibi esse videatur. Et ille: Parum tibi, ait, videtur definita hoc ipso quod nunc interrogatus es? Etiam quod volui concessisti. Si enim non fallor, non falso recta via vitae sapientia nominatur. Tum Licentius: Nihil mihi tam ridiculum, quam ista definitio videtur, inquit. Fortasse, ait ille: pedetentim tamen quaeso, ut ratio praeveniat risum tuum: nihil enim est foedius risu irrisione dignissimo.

Pues si alguien busca Alejandría y se dirige a ella por el camino recto, no creo que puedas llamarle errante." ¿Qué si emplea mucho tiempo en el mismo camino, impedido por varias causas, y le sobreviene la muerte en él? ¿No es cierto que buscó siempre y nunca encontró, y sin embargo no erró?" "No buscó siempre —dijo aquel—".

12. "Dices bien —dijo Licencio— y bien me adviertes." Por lo cual, tu definición no pertenece en absoluto al asunto: pues yo no dije que es bienaventurado quien siempre busca la verdad." Lo cual ni siquiera puede suceder: primero, porque el hombre no existe siempre; después, porque no desde el tiempo en que empieza a ser hombre puede ya, impedido por la edad, buscar la verdad." O si crees que ha de decirse siempre, si no permite que perezca nada del tiempo en que ya puede buscar, de nuevo has de volver a Alejandría." Supón, pues, que alguien, desde el tiempo en que se le permite por la edad o por el negocio emprender el camino, empieza a recorrer aquella vía y, como dije arriba, aunque no se desvíe a ninguna parte, sin embargo fallece antes de llegar; mucho errarás sin duda si te parece que este ha errado, aunque todo el tiempo que pudo, ni dejó de buscar, ni pudo encontrar a donde se dirigía." Por lo cual, si tanto mi descripción es verdadera, y según ella no yerra aquel que busca perfectamente, aunque no encuentre la verdad, y es bienaventurado por esa razón, de que vive según la razón; pero tu definición o bien es frustrada, o si no lo fuera, nada debería cuidarme de ella, si por solo aquello que yo definí, la causa está suficientemente establecida; ¿por qué, pregunto, no está todavía disuelta esta cuestión entre nosotros?"

CAPÍTULO V.

Qué sea la sabiduría.

13. Aquí Trigeo: "¿Concedes —dijo— que la sabiduría es el camino recto de la vida?". "Lo concedo, sin duda —dijo—; pero sin embargo quiero que me definas la sabiduría, para que sepa si te parece lo mismo que a mí". Y aquel: "¿Tè parece —dijo— que está poco definida por esto mismo que ahora has sido preguntado?" Pues también concediste lo que yo quería. Pues si no me engaño, no falsamente la sabiduría es llamada el camino recto de la vida". Entonces Licencio: "Nada me parece tan ridículo como esa definición —dijo—". "Tal vez —dijo aquel—; sin embargo, poco a poco, te ruego, para que la razón preceda a tu risa; pues nada hay más feo que una risa digna de irrisión."

Quid enim, ait ille, nonne fateris vitae mortem esse contrariam? Fateor, ait. Mihi igitur, inquit ille, via vitae nulla magis videtur, quam ea qua quisque pergit, ne in mortem incidat. Assentiebatur Trygetius. Ergo si viator quispiam diverticulum vitans, quod a latronibus obsideri audierit, recta ire pergat, atque ita evadat interitum; nonne et viam vitae, et rectam secutus est; et eam sapientiam nominat nemo? Quomodo igitur omnis recta vitae via sapientia est? Concessi enim esse, sed non solam. Definitio autem nihil complecti debuit, quod esset alienum. Itaque rursus defini, si placet, quid tibi videtur esse sapientia.

14. Diu ille tacuit; deinde: En, inquit, iterum definitio, si hoc tu nunquam finire statuisti. Sapientia est via recta, quae ad veritatem ducat. Similiter et hoc, inquit ille, refellitur: nam dum apud Virgilium Aeneae dictum est a matre: Perge modo, et qua te ducit via dirige gressum. sequens hanc viam ad id quod dictum erat, id est ad verum, pervenit. Contende, si placet, ubi pedem ille incedens posuit, sapientiam posse dici: quanquam stulte prorsus istam descriptionem tuam effringere conor; nam causam meam nulla plus adjuvat. Etenim sapientiam non ipsam veritatem, sed viam quae ad eam ducat, esse dixisti. Quisquis ergo hac utitur via, sapientia profecto utitur; et qui sapientia utitur, sapiens sit necesse est: sapiens igitur erit ille, qui perfecte quaesierit veritatem, etiamsi ad eam nondum pervenerit. Nam via quae ducit ad veritatem, nulla, uti opinor, intelligitur melius quam diligens inquisitio veritatis. Hac igitur sola via utens, jam iste sapiens erit: at nemo sapiens miser; omnis autem homo aut miser, aut beatus: beatum igitur faciet non tantum invention, sed ipsa per se investigatio veritatis.

15. Tum ille arridens: Merito mihi, inquit, ista contingunt, dum adversario in re non necessaria fidenter assentior: quasi vero ego sim magnus definitor, aut quidquam in disputando magis supervacaneum putem. Quis enim modus erit, si ego rursus velim definiri abs te aliquid, et rursus ejusdem definitionis verba, et consequentium item singillatim omnia, fingens quod nihil intelligam, definiri flagitem? Nam quid planissimum non meo jure definiri cogam, si jure a me sapientiae definitio postulatur? Cujus enim verbi in animis nostris apertiore notionem natura esse voluit quam sapientiae?

Pues ¿qué? —dijo aquel—, ¿no confiesas que la muerte es contraria a la vida?" "Lo confieso —dijo—. "Para mí, por tanto —dijo aquel—, ningún camino de la vida me parece más tal que aquel por el cual cada uno camina para no caer en la muerte". Trigecio asentía. "Luego si un viajero, evitando un atajo que oyó que estaba ocupado por ladrones, continúa yendo recto, y así evita la muerte, ¿no ha seguido tanto un camino de la vida como uno recto, y nadie llama a eso sabiduría?" ¿Cómo, pues, todo camino recto de la vida es sabiduría?" Pues concedí que lo es, pero no solo él. Pero la definición no debió abarcar nada que fuera ajeno. Por lo tanto, define de nuevo, si te place, qué te parece que es la sabiduría."

14. Calló él largo tiempo; después: "He aquí —dijo—, defino de nuevo, si tú has decidido no terminar nunca esto." La sabiduría es el camino recto que conduce a la verdad". "Del mismo modo también esto —dijo aquel— es refutado: pues mientras en Virgilio le fue dicho a Eneas por su madre: 'Solo prosigue y dirige tu paso por donde el camino te lleva', " siguiendo este camino llegó a lo que se había dicho, esto es, a lo verdadero. Sostén, si te place, que donde él puso el pie al caminar puede llamarse sabiduría; aunque intento de modo totalmente necio romper esa descripción tuya, pues nada ayuda más a mi causa. Pues dijiste que la sabiduría no es la verdad misma, sino el camino que conduce a ella. Todo el que, por tanto, usa este camino, ciertamente usa la sabiduría; y quien usa la sabiduría, es necesario que sea sabio: luego será sabio aquel que haya buscado perfectamente la verdad, aunque todavía no haya llegado a ella. Pues ningún camino que conduce a la verdad, según creo, se entiende mejor que la diligente investigación de la verdad. Usando, por tanto, solo este camino, ya ese será sabio; pero ningún sabio es miserable; y todo hombre es o miserable o bienaventurado: luego no solo el hallazgo, sino la investigación de la verdad por sí misma lo hará bienaventurado".

15. Entonces él, sonriendo: "Merecidamente —dijo— me suceden estas cosas, mientras asiento confiadamente a mi adversario en un asunto no necesario; como si en verdad yo fuera un gran definidor, o pensara que hay algo más superfluo en la disputa." Pues ¿qué límite habrá si yo de nuevo quisiera que algo fuera definido por ti, y de nuevo exigiera que las palabras de la misma definición, e igualmente todas las cosas siguientes una por una, fuesen definidas, fingiendo que nada entiendo?" Pues ¿qué cosa clarísima no obligaré por mi derecho a ser definida, si con derecho se me pide una definición de la sabiduría?" ¿De qué palabra, en efecto, quiso la naturaleza que hubiera en nuestras mentes una noción más clara que de la sabiduría?"

Sed nescio quomodo, cum mentis nostrae veluti portum notio ipsa reliquerit, et verborum sibi quasi vela tetenderit, occurrant statim calumniarum mille naufragia. Quamobrem aut definitio sapientiae ne requiratur, aut iudex noster in ejus patrocinium dignetur descendere. Tum ego, cum jam stilum nox impediret, et quasi de integro magnum quiddam disserendum viderem oboriri, in alium diem distuli: nam disputare coeperamus sole jam in occasum declinante, diesque pene totus cum in rebus rusticis ordinandis, tum in recensione primi libri Virgilii peractus fuit. DISPUTATIO TERTIA.

Pero no sé cómo, cuando la noción misma ha dejado como el puerto de nuestra mente y ha desplegado para sí las velas de las palabras, ocurren al punto mil naufragios de calumnias." Por lo cual, o no se pida la definición de la sabiduría, o nuestro juez se digne descender a su defensa". Entonces yo, como ya la noche impedía la pluma y veía que empezaba a surgir algo grande para ser discutido como de nuevo, lo diferí para otro día; pues habíamos empezado a disputar declinando ya el sol hacia el ocaso, y casi todo el día había transcurrido tanto en la ordenación de los asuntos rústicos como en la revisión del primer libro de Virgilio. TERCERA DISPUTA.

LIBER SECUNDUS.

Romanianum Maecenatem suum ad amplectendam philosophiam rursus cum grati animi significatione hortatur, tresque illi describit Collationes, in quarum prima explicantur placita Academicorum. In secunda novae ac veteris Academiae discrimina referuntur; et exploditur sententia horum philosophorum, qui cum verum haud posse apprehendi putarent, veri tamen simile se sequi profiterentur. In tertia dicitur quid illi verisimile seu probabile appellarent.

CAPUT PRIMUM.

Contra Academicorum rationes Dei auxilio opus est.

1. Si quam necesse est, disciplina atque scientia sapientiae vacuum esse non posse sapientem, tam eam necesse esset invenire dum quaeritur; omnis profecto Academicorum vel calumnia, vel pertinacia, vel pervicacia, vel, ut ego interdum arbitror, congrua illi temporis ratio, simul cum ipso tempore, et cum ipsius Carneadis Ciceronisque corporibus sepulta foret. Sed quia sive vitae hujus multis variisque jactationibus, Romaniane, ut in eodem te probas, sive ingeniorum quodam stupore, vel socordia vel tarditate torpentium, sive desperatione inveniendi; quia non quam facile oculis ista lux, tam facile mentibus sapientiae sidus oboritur; sive etiam qui error omnium populorum est, falsa opinione inventae a se veritatis, nec diligenter homines quaerunt, si qui quaerunt, et a quaerendi voluntate avertuntur; evenit ut scientia raro paucisque proveniat: eoque fit, ut Academicorum arma, quando cum eis ad manus venit, nec mediocribus viris, sed acutis et bene eruditis, invicta et quasi Vulcania videantur. Quamobrem contra illos fluctus procellasque fortunae, cum obnitendum remis qualiumcumque virtutum, tum in primis divinum auxilium omni devotione atque pietate implorandum est; ut intentio constantissima bonorum studiorum teneat cursum suum, a quo eam nullus casus excutiat, quominus illam philosophiae tutissimus jucundissimusque portus accipiat. Haec prima tua causa est; hinc tibi metuo, hinc te cupio liberari, hinc, si modo dignus sim qui impetrem, quotidianis votis auras tibi prosperas orare non cesso; oro autem ipsam summi Dei Virtutem atque Sapientiam. Quid est enim aliud, quem mysteria nobis tradunt Dei Filium?

LIBRO SEGUNDO.

Exhorta de nuevo a su Romaniano, su Mecenas, a abrazar la filosofía con una expresión de ánimo agradecido, y le describe tres Colaciones, en la primera de las cuales se explican los pareceres de los académicos. En la segunda, se relatan las diferencias entre la nueva y la vieja Academia; y se rechaza la sentencia de aquellos filósofos que, pensando que la verdad no podía ser captada, profesaban sin embargo seguir lo verosímil. En la tercera, se dice qué llamaban ellos lo verosímil o lo probable.

CAPÍTULO PRIMERO.

Es necesario el auxilio de Dios contra las razones de los académicos.

1. Si fuera tan necesario encontrar la sabiduría mientras se busca como es necesario que el sabio no pueda estar vacío de la disciplina y el conocimiento de la sabiduría, entonces seguramente toda la calumnia, o la pertinacia, o la perversidad de los académicos, o, como yo a veces pienso, la razón propia de aquel tiempo, habría sido sepultada junto con el tiempo mismo y con los cuerpos de los mismos Carneades y Cicerón. Pero porque, ya sea por las muchas y variadas sacudidas de esta vida, Romaniano, como tú mismo demuestras en tu caso, ya sea por un cierto estupor de los ingenios, que languidecen por la desidia o la lentitud, ya sea por la desesperación de encontrar; porque no nace el astro de la sabiduría tan fácilmente para las mentes como esta luz para los ojos; o también por el error que es común a todos los pueblos, la falsa opinión de haber encontrado por sí mismos la verdad, los hombres no buscan con diligencia, o si algunos buscan, se apartan de la voluntad de buscar; sucede que la ciencia llega rara vez y a pocos: y por eso ocurre que las armas de los académicos, cuando se llega a las manos con ellos, parecen invencibles y como vulcanas no solo a los hombres mediocres, sino incluso a los agudos y bien instruidos. Por lo cual, contra aquellas olas y tormentas de la fortuna, así como se debe luchar con los remos de cualesquiera virtudes, así principalmente se debe implorar el auxilio divino con toda devoción y piedad; para que la intención más constante de los buenos estudios mantenga su curso, del cual ningún azar la sacuda, para que el puerto más seguro y agradable de la filosofía la reciba. Esta es tu primera causa; por esto temo por ti, de esto deseo que seas liberado, por esto, si tan solo fuera digno de obtenerlo, no ceso de pedir vientos prósperos para ti con votos diarios; y pido a la misma Virtud y Sabiduría del Dios sumo. ¿Pues qué otra cosa es Aquel a quien los misterios nos transmiten como el Hijo de Dios?

2. Multum autem me adjuvabis pro te deprecantem, si non nos exaudiri posse desperes, nitarisque nobiscum et tu non solum votis, sed etiam voluntate, atque illa tua naturali mentis altitudine, propter quam te quaero, qua singulariter delector, quam semper admiror, quae in te, proh nefas! illis rerum domesticarum nubibus quasi fulmen involvitur, et multos, ac pene omnes latet: me autem, et alium, vel tertium, familiarissimos tuos latere non potest, qui saepe non solum attente audivimus murmura tua, sed etiam nonnulla fulgura fulminibus propiora conspeximus. Quis enim, ut caetera pro tempore taceam et unum commemorem; quis, inquam, tam subito unquam tantum intonuit, tantumque lumine mentis emicuit, ut sub uno fremitu rationis, et quodam coruscamine temperantiae, uno die illa pridie saevissima penitus libido moreretur? Ergone non erumpet aliquando ista virtus, et multorum desperantium risus in horrorem stuporemque convertet; et locuta in terris quasi quaedam futurorum signa, rursus projecto totius corporis onere recurret in coelum? Ergone Augustinus de Romano frustra ista dixit? Non sinet ille cui me totum dedi, quem nunc recognoscere aliquantum coepi.

CAPUT II.

Romano grati animi obsequium exhibet, eumque ad philosophiam hortatur.

3. Ergo aggredere mecum philosophiam: hic est quidquid te anxium saepe, atque dubitantem mirabiliter solet movere. Non enim metuo aut a socordia morum, aut a tarditate ingenii tui. Quis enim te quando aliquantum respirare concessum est, in sermonibus nostris vigilantior? quis acutior apparuit? Ergone tibi gratiam non repensabo? an fortasse paululum debeo? Tu me adolescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem, et domo et sumptu, et, quod plus est, animo excepisti. Tu patre orbatum amicitia consolatus es, hortatione animasti, ope adjuvisti. Tu in nostro ipso municipio, favore, familiaritate, communicatione domus tuae pene tecum clarum primatemque me fecisti. Tu Carthaginem illustrioris professionis gratia remeantem, cum tibi soli et meorum nulli consilium meum spemque aperuissem, quamvis aliquantum illo tibi insito, quia ibi jam docebam, patriae amore cunctatus es: tamen ubi evincere adolescentis cupiditatem, ad ea quae videbantur meliora tendentis, nequisti; ex dehortatore in adiutorem mira benevolentiae moderatione conversus es. Tu necessariis omnibus iter adminiculasti meum.

2. Mucho me ayudarás, sin embargo, mientras ruego por ti, si no desesperas de que podamos ser escuchados, y si te esfuerzas con nosotros no solo con votos, sino también con la voluntad y con aquella tu natural altura de mente, por la cual te busco, con la cual singularmente me deleito, a la cual siempre admiro, la cual en ti —¡ay, qué infamia!— está envuelta como un rayo en aquellas nubes de los asuntos domésticos, y está oculta para muchos y casi para todos: pero para mí y para otro, o un tercero, tus más íntimos amigos, no puede estar oculta, pues a menudo no solo hemos escuchado atentamente tus murmullos, sino que incluso hemos visto algunos resplandores más cercanos a los rayos. Pues, ¿quién —para callar lo demás por el momento y conmemorar una sola cosa—, quién, digo, tronó alguna vez tan súbitamente y brilló tanto con la luz de la mente, que bajo un solo fragor de la razón y un cierto resplandor de la templanza, en un solo día muriera por completo aquella libido que el día anterior era la más salvaje? ¿No irrumpirá, pues, alguna vez esa virtud, y convertirá la risa de muchos desesperados en horror y estupor; y habiendo hablado en la tierra como ciertos signos de las cosas futuras, volverá al cielo una vez arrojada la carga de todo el cuerpo? ¿Acaso dijo Agustín estas cosas sobre Romaniano en vano? No lo permitirá Aquel a quien me he entregado por completo, a quien ahora he empezado a reconocer un poco.

CAPÍTULO II.

Muestra el obsequio de un ánimo agradecido a Romaniano, y lo exhorta a la filosofía.

3. Por tanto, emprende conmigo la filosofía: aquí está todo lo que suele moverte maravillosamente cuando estás a menudo ansioso y dudoso. Pues no temo ni por la desidia de tus costumbres, ni por la lentitud de tu ingenio. ¿Pues quién, cuando se te ha permitido respirar un poco, ha aparecido más vigilante en nuestros discursos? ¿quién más agudo? ¿No te devolveré, pues, la gratitud? ¿o quizás debo poco? Tú me recibiste, un joven pobre que partía hacia estudios extranjeros, en tu casa, con tus gastos y, lo que es más, con tu ánimo. Tú me consolaste con tu amistad cuando quedé huérfano de padre, me animaste con tu exhortación, me ayudaste con tu auxilio. Tú, en nuestro mismo municipio, por tu favor, familiaridad y la comunicación de tu casa, me hiciste casi un prócer ilustre junto a ti. Cuando regresé a Cartago por causa de una profesión más ilustre, aunque te había abierto solo a ti y a ninguno de los míos mi consejo y mi esperanza, tú dudaste un poco por aquel amor a la patria innato en ti, porque ya enseñaba allí. Sin embargo, cuando no pudiste vencer el deseo de un joven que tendía hacia aquellas cosas que parecían mejores, pasaste de disuasor a ayudante con una maravillosa moderación de benevolencia. Tú apoyaste mi camino con todo lo necesario.

Tu ibidem rursus, qui cunabula, et quasi nidum studiorum meorum foveras, jam volare audentis sustentasti rudimenta. Tu etiam cum te absente atque ignorante navigassem, nihil succensens quod non tecum communicassem ut solerem, atque aliud quidvis quam contumaciam suspicans, mansisti inconcussus in amicitia; nec plus ante oculos tuos liberi deserti a magistro, quam nostrae mentis penetralia puritasque versata est.

4. Postremo quidquid de otio meo modo gaudeo; quod a superfluarum cupiditatum vinculis evolavi, quod depositis oneribus mortuarum curarum, respiro, resipisco, redeo ad me; quod quaero intentissimus veritatem, quod invenire jam ingredior, quod me ad summum ipsum modum perventurum esse confido; tu animasti, tu impulisti, tu fecisti. Cujus autem minister fueris, plus adhuc fide concepi, quam ratione comprehendi. Nam cum praesens praesenti tibi exposuissem interiores motus animi mei, vehementerque ac saepius assererem, nullam mihi videri prosperam fortunam, nisi quae otium philosophandi daret; nullam beatam vitam, nisi qua in philosophia viveretur: sed me tanto meorum onere, quorum ex officio meo vita penderet, multisque necessitatibus, vel vani mei pudoris, vel ineptae meorum miseriae refrenari: tam magno es elatus gaudio, tam sancto hujus vitae inflammatus ardore, ut te diceres, si tu ab illarum importunarum litium vinculis aliquo modo eximereris, omnia mea vincula etiam patrimonii tui mecum participatione rupturum.

5. Itaque cum admoto nobis fomite discessisses, nunquam cessavimus inhiantes in philosophiam, atque illam vitam quae inter nos placuit atque convenit, prorsus nihil aliud cogitare: atque id constanter quidem, sed minus acriter agebamus; putabamus tamen satis nos agere. Et quoniam nondum aderat ea flamma, quae summa nos arreptura erat; illamqua lenta aestuabamus, arbitrabamur vel esse maximam. Cum ecce tibi libri quidam pleni, ut ait Celsinus, bonas res arabicas ubi exhalarunt in nos, ubi illi flammulae instillarunt pretiosissimi unguenti guttas paucissimas; incredibile, Romaniane, incredibile, et ultra quam de me fortasse et tu credis; quid amplius dicam? etiam mihi ipsi de meipso incredibile incendium concitarunt. Quis me tunc honor, quae hominum pompa, quae inanis famae cupiditas, quod denique hujus mortalis vitae fomentum atque retinaculum commovebat? Prorsus totus in me cursim redibam. Respexi tantum, confiteor, quasi de itinere in illam religionem, quae pueris nobis insita est, et medullitus implicata: verum autem ipsa me ad se nescientem rapiebat. Itaque titubans, properans, haesitans arripio apostolum Paulum. Neque enim vere isti, inquam, tanta potuissent, vixissentque ita ut eos vixisse manifestum est, si eorum Litterae atque rationes huic tanto bono adversarentur. Perlegi totum intentissime atque cautissime.

Allí de nuevo, tú que habías fomentado la cuna y, como si fuera el nido de mis estudios, sostuviste los rudimentos de quien ya se atrevía a volar. Incluso cuando navegué estando tú ausente e ignorante de ello, no te indignaste en absoluto porque no te lo hubiera comunicado como solía hacerlo, y sospechando cualquier otra cosa antes que contumacia, permaneciste inamovible en la amistad; ni estuvieron más ante tus ojos los hijos abandonados por su maestro, que la intimidad y la pureza de nuestra mente.

4. Finalmente, todo lo que ahora gozo de mi ocio; que he volado de los vínculos de los deseos superfluos, que habiendo depuesto las cargas de los cuidados muertos, respiro, recobro el juicio, vuelvo a mí; que busco con la mayor intención la verdad, que ya empiezo a encontrarla, que confío en que llegaré a la medida misma suprema; tú lo animaste, tú lo impulsaste, tú lo hiciste. De quién, sin embargo, hayas sido ministro, lo he concebido hasta ahora más por la fe que lo que lo he comprendido por la razón. Pues cuando, estando presente ante ti, te hube expuesto los movimientos interiores de mi ánimo, y afirmara vehemente y repetidamente que ninguna fortuna me parecía próspera sino la que diera ocio para filosofar; ninguna vida bienaventurada sino la que se viviera en la filosofía: pero que me frenaba una carga tan grande de los míos, de cuyo oficio dependía su vida, y por muchas necesidades, ya fuera de mi vano pudor o de la inepta miseria de los míos: te elevaste con tan gran gozo, te inflamaste con tan santo ardor por esta vida, que decías que, si tú fueras eximido de algún modo de los vínculos de aquellos importunos pleitos, romperías también todos mis vínculos incluso con la participación de tu patrimonio conmigo.

5. Así pues, cuando te habías marchado tras habernos aplicado el fomento, nunca cesamos, anhelando la filosofía y aquella vida que entre nosotros plugo y convino, de no pensar absolutamente en nada más: y lo hacíamos ciertamente con constancia, pero con menos agudeza; sin embargo, pensábamos que hacíamos lo suficiente. Y como aún no estaba presente aquella llama que nos habría de arrebatar a lo más alto, pensábamos que aquella con la que lentamente ardíamos era incluso la más grande. Cuando, he aquí, que ciertos libros llenos, como dice Celsino, de cosas árabes buenas, cuando exhalaban sobre nosotros, cuando instilaron en aquella pequeña llama unas poquísimas gotas de un ungüento preciosísimo; increíble, Romaniano, increíble, y más allá de lo que quizás incluso tú crees de mí; ¿qué más diré? excitaron incluso en mí mismo sobre mí mismo un incendio increíble. ¿Qué honor entonces, qué pompa de hombres, qué vano deseo de fama, qué, finalmente, fomento y atadura de esta vida mortal me conmovía? Sencillamente, volvía todo yo a mí mismo a la carrera. Solo miré hacia atrás, lo confieso, como desde un camino, a aquella religión que nos fue ínsita de niños y está implicada en nuestras médulas: pero ella misma me arrebatava hacia sí sin yo saberlo. Por tanto, titubeando, apresurándome, vacilando, arrebató al apóstol Pablo. Pues ciertamente, dije, estos no habrían podido tanto, ni habrían vivido de tal modo como es manifiesto que vivieron, si sus letras y razones fueran contrarias a este tan gran bien. Lo leí todo con la mayor intención y cautela.

6. Tunc vero quantulocumque jam lumine asperso, tanta se mihi philosophiae facies aperuit, ut non dicam tibi, qui ejus incognitae fame semper arsisisti, sed si ipsi adversario tuo, a quo nescio utrum plus exercearis quam impediaris, eam demonstrare potuissem; nae ille et baias, et amoena pomaria, et delicata nitidaque convivia, et domesticos histriones, postremo quidquid eum acriter commovet in quascumque delicias, abjiciens et relinquens, ad ejus pulchritudinem blandus amator et sanctus, mirans, anhelans, aestuans advolaret. Habet enim et ille, quod confitendum est, quoddam decus animi, vel potius decoris quasi sementem, quod erumpere in veram pulchritudinem nitens, tortuose ac deformiter inter scabra vitiorum, et inter opinionum fallacium dumeta frondescit: tamen non cessat frondescere, et paucis acute ac diligenter in densa intuentibus quantum sinitur eminere. Inde est illa hospitalitas, inde in conviviis multa humanitatis condimenta, inde ipsa elegantia, nitor, mundissima facies rerum omnium, et undique cuncta perfluxdens adumbratae venustatis urbanitas.

CAPUT III.---Philocalia et Philosophia. Romanianum rursus ad philosophiam accendit.

7. Philocalia ista vulgo dicitur: ne contempnas nomen hoc ex vulgi nomine: nam philocalia et philosophia prope similiter cognominatae sunt, et quasi gentiles inter se videri volunt, et sunt. Quid est enim philosophia? Amor sapientiae. Quid philocalia? Amor pulchritudinis. Quaere de Graecis. Quid ergo sapientia? nonne ipsa vera est pulchritudo? Germanae igitur istae sunt prorsus, et eodem parente procreatae (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 3): sed illa visco libidinis detracta coelo suo, et inclusa cavea populari, viciniam tamen nominis tenuit, ad commonendum aucupem ne se contempnat. Hanc igitur sine pennis sordidatam et egentem volitans libere soror saepe agnoscit, sed raro liberat: non enim philocalia ista unde genus ducat agnoscit, nisi philosophia. Quam totam fabulam (nam subito Aesopus factus sum) Licentius tibi carmine suavius indicabit: poeta est enim pene perfectus. Ergo ille, si veram pulchritudinem cujus falsae amator est, sanatis renudatisque paululum oculis posset intueri, quanta voluptate philosophiae gremio se involveret? Quomodo ibi te cognitum, sicut verum fratrem amplecteretur? Miraris haec, et forsitan rides. Quid si haec explicarem ut volebam? quid si saltem vox, si adhuc facies videri a te non potest, ipsius philosophiae posset audiri? Mirareris profecto; sed non rideres, non desperares. Crede mihi, de nullo desperandum est, de talibus autem minime. Omnino sunt exempla; facile evadit, facile revolat hoc genus avium, multis inclusis multum mirantibus.

6. Entonces verdaderamente, con cuanta pequeña luz ya esparcida sobre mí, se me abrió tal faz de la filosofía que —no digo a ti, que siempre has ardido con hambre de ella aunque desconocida, sino si hubiera podido mostrársela a tu mismo adversario, por quien no sé si eres más ejercitado que impedido— seguramente él, arrojando y abandonando tanto las bais como los amenos pomares, y los delicados y nítidos convites, y los histriones domésticos, finalmente todo lo que lo conmueve agudamente hacia cualesquiera delicias, volaría hacia su belleza como un amante blando y santo, admirando, anhelando, ardiendo. Pues también él tiene, hay que confesarlo, cierto decoro de ánimo, o mejor dicho, como una semilla de decoro, que, esforzándose por brotar hacia la verdadera belleza, frondece tortuosa y deformemente entre la escabrosidad de los vicios y entre los matorrales de las opiniones falaces: sin embargo, no cesa de frondecer, y para pocos que miran aguda y diligentemente en lo espeso, sobresale cuanto se le permite destacar. De ahí es aquella hospitalidad, de ahí en los convites los muchos condimentos de humanidad, de ahí la elegancia misma, el brillo, la faz limpísima de todas las cosas, y la urbanidad de una belleza sombreada que lo inunda todo por todas partes.

CAPÍTULO III.---Filocalía y Filosofía. Enciende de nuevo a Romaniano para la filosofía.

7. Filocalía suele llamarse a eso comúnmente: no desprecies este nombre por el nombre del vulgo: pues la filocalía y la filosofía tienen nombres casi similares, y quieren verse como parientes entre sí, y lo son. ¿Pues qué es la filosofía? Amor a la sabiduría. ¿Qué es la filocalía? Amor a la belleza. Pregunta a los griegos. ¿Qué es entonces la sabiduría? ¿no es ella misma la verdadera belleza? Hermanas son estas, por tanto, sencillamente, y procreadas por el mismo padre: pero aquella, arrancada de su cielo por la liga de la libido e incluida en una jaula popular, mantuvo sin embargo la vecindad del nombre para advertir al cazador que no la desprecie. A esta, pues, sin plumas, sucia y necesitada, su hermana que vuela libremente la reconoce a menudo, pero rara vez la libera: pues esa filocalía no reconoce de dónde trae su linaje, sino por la filosofía. Toda esta fábula (pues de repente me he convertido en Esopo) Licencio te la indicará más suavemente en un poema: pues es un poeta casi perfecto. Por tanto, él, si pudiera contemplar la verdadera belleza, de la cual es un falso amante, con los ojos sanados y desnudados un poco, ¿con qué placer se envolvería en el regazo de la filosofía? ¿Cómo te abrazaría allí, reconocido como un verdadero hermano? Te admiras de estas cosas y quizás te ríes. ¿Qué si explicara estas cosas como quería? ¿qué si al menos la voz, si aún la faz no puede ser vista por ti, de la filosofía misma pudiera oírse? Te admirarías seguramente; pero no te rirías, no desesperarías. Créeme, de nadie hay que desesperar, y de tales menos aún. Hay ejemplos por doquier; fácilmente escapa, fácilmente vuelve a volar este género de aves, mientras muchos encerrados se admiran mucho.

8. Sed ad nos redeamus, nos inquam, Romaniane, philosophemur: reddam tibi gratiam, filius tuus coepit jam philosophari: ego eum reprimo, ut disciplinis necessariis prius excultus vigentior et firmior insurgat, quarum te ne metuas expertem, si bene te novi, auras tibi liberas tantum opto. Nam de indole quid dicam? Utinam non tam rara esset in hominibus, quam certa est in te! Restant duo vitia, et impedimenta invenienda veritatis, a quibus tibi non multum timeo; timeo tamen ne te contemnas, atque inventurum esse desperes, aut certe ne invenisse te credas. Quorum primum, si tamen inest, ista tibi disputatio fortasse detrahet. Saepius enim succensuisti Academicis, eo quidem gravius, quo minus eruditus esses; sed eo libentius, quod veritatis amore illiciebaris. Itaque jam cum Alypio, te fautore, configam, et tibi facile persuadebo quod volo, probabiliter tamen. Nam ipsum verum non videbis, nisi in philosophiam totus intraveris. Illud autem alterum quod te fortasse aliquid invenisse praesumis, quamvis a nobis jam quaerens, dubitansque discesseris, tamen si quid superstitionis in animum revolutum est, ejicietur profecto, vel cum tibi aliquam inter nos disputationem de religione misero, vel cum praesens tecum multa contulero.

9. Ego enim nunc aliud nihil ago, quam me ipse purgo a vanis perniciosisque opinionibus. Itaque non dubito melius mihi esse, quam tibi. Unum tantum est unde invideam fortunae tuae, quod solus frueris Luciliano meo: an et tu invides quia dixi, meo? Sed quid dixi aliud quam tuo, et omnium quicumque unum sumus? De quo tamen ut subvenias desiderio meo, quid te rogem? Tu te ipse pro me roga quantum scis, quia debes. Sed nunc ambobus dico, cavete ne quid vos nosse arbitremini, nisi quod ita didiceritis, saltem ut nostis, unum, duo, tria, quatuor simul collecta in summam fieri decem. Sed item cavete ne vos in philosophia veritatem aut non cognituros, aut nullo modo ita posse cognosci arbitremini. Nam mihi vel potius illi credite qui ait, Quaerite et invenietis (Matth. VII, 7), nec cognitionem desperandam esse, et manifestiorem futuram, quam sunt illi numeri. Nunc ad propositum veniamus. Jam enim sero coepi metuere, ne hoc principium modum excederet, et non est leve. Nam modus procul dubio divinus est: sed fefellerit cum dulciter ducit, ero cautior cum sapiens fuero.

DISPUTATIO PRIMA.

CAPUT IV.---Repetuntur in priore libro disputata. 10.

8. Pero volvamos a nosotros; nosotros, digo, Romaniano, filosofemos: te devolveré la gratitud; tu hijo ha empezado ya a filosofar: yo lo reprimo, para que, cultivado primero en las disciplinas necesarias, surja más vigoroso y firme, de las cuales no temas estar falto; si bien te conozco, solo deseo para ti vientos libres. Pues ¿qué diré de tu índole? ¡Ojalá no fuera tan rara en los hombres como es cierta en ti! Quedan dos vicios e impedimentos para encontrar la verdad, por los cuales no temo mucho por ti; temo sin embargo que te desprecies y desesperes de encontrarla, o ciertamente que creas haberla encontrado. De los cuales el primero, si es que está presente, esta disputa tal vez te lo quitará. Pues a menudo te has enojado con los académicos, tanto más gravemente cuanto menos instruido eras; pero tanto más gustosamente cuanto que eras atraído por el amor a la verdad. Así pues, ahora lucharé con Alipio, siendo tú el favorecedor, y te persuadiré fácilmente de lo que quiero, aunque probablemente. Pues lo verdadero mismo no lo verás, a menos que entres totalmente en la filosofía. Aquel otro punto, que tal vez presumes haber encontrado algo, aunque te marchaste de nosotros ya buscando y dudando, sin embargo, si algo de superstición ha vuelto a tu ánimo, será expulsado ciertamente, ya sea cuando te envíe alguna disputa sobre la religión entre nosotros, o cuando presente trate muchas cosas contigo.

9. Pues yo ahora no hago otra cosa que purgarme a mí mismo de opiniones vanas y perniciosas. Por tanto, no dudo que estoy mejor que tú. Solo hay una cosa por la que envidio tu fortuna, que tú solo gozas de mi Luciliano: ¿o también tú envidias porque dije, mío? ¿Pero qué dije sino tuyo, y de todos los que somos uno? Sobre el cual, sin embargo, para que subvengas a mi deseo, ¿qué te pediré? Pídele tú mismo por mí cuanto sabes, porque debes. Pero ahora les digo a ambos: cuidado con que piensen que saben algo, a no ser lo que hayan aprendido de tal modo como saben que uno, dos, tres y cuatro reunidos forman la suma de diez. Pero asimismo tengan cuidado de no pensar que en la filosofía o no conocerán la verdad, o que de ningún modo puede ser conocida así. Pues créanme a mí, o más bien a aquel que dice: "Busquen y encontrarán" (Mat. VII, 7), que no hay que desesperar del conocimiento, y que será más manifiesto de lo que son aquellos números. Ahora vengamos a nuestro propósito. Pues ya tarde he empezado a temer que este principio excediera la medida, y no es cosa ligera. Pues la medida es sin duda divina: pero que haya engañado mientras conduce dulcemente; seré más cauto cuando sea sabio.

PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO IV.---Se repiten las cosas disputadas en el libro anterior.

CAPUT IV.---Repetuntur in priore libro disputata. 10. Post primum sermonem, quem in primum librum contulimus, septem fere diebus a disputando fuimus otiosi, cum tres tantum Virgilii libros post primum recenseremus, atque ut in tempore congruere videbatur, tractaremus. Quo tamen opere Licentius in poeticae studium sic inflammatus est, ut aliquantum mihi etiam reprimendus videretur. Jam enim ab hac intentione ad nullam se rem devocari libenter ferebat. Tandem tamen ad retractandam quam distuleramus de Academicis quaestionem, cum a me, quantum potui, lumen philosophiae laudaretur, non invitus accessit: et forte dies ita serenus effulserat, ut nulli prorsus rei magis, quam serenandis animis nostris congruere videretur. Maturius itaque solito lectos reliquimus, paululumque cum rusticis egimus, quod tempus urgebat. Tum Alypius: Antequam vos, inquit, audiam de Academicis disputantes, volo mihi legatur sermo ille vester quem dicitis me absente perfectum: non enim possum aliter, cum inde hujus disceptationis occasio nata sit, in audiendis vobis non aut errare, aut certe laborare. Quod cum factum esset, et in eo pene totum antemeridianum tempus consumptum videremus; redire ab agro, qui deambulantes nos acceperat, domum instituimus. Et Licentius: Quaeso, inquit, ante prandium mihi breviter totam Academicorum sententiam exponendo repetere ne graveris, ne quid in ea me fugiat, quod pro partibus meis sit. Faciam, inquam, et eo libentius quo de hac re cogitans parum prandeas. Ne, inquit ille, isthinc securus sis: nam et multos, et maxime patrem meum saepe animadverti eo edaciorum, quo refertior curis esset. Deinde tu quoque de istis metris cogitantem non sic expertus es, ut cura mea mensa segura sit. Quod quidem apud meipsum mirari soleo: quid enim sibi vult, quod tunc cibum pertinacius appetimus cum in aliud intendimus animum? Aut quid est quod manibus et dentibus nostris, occupatis nobis, animus imperiosus fit? Audi potius, inquam, de Academicis quod rogaveras, ne te metra ista volentem, non solum in epulis sine metro, sed etiam in quaestionibus patiar. Si quid autem pro mea parte occultabo, prodet Alypius. Bona fide tua opus est, inquit Alypius: nam si metuendum est, ne aliquid occultes, a me deprehendi difficile posse arbitror eum, a quo me ista didicisse nullus qui me novit ignorat, praesertim cum in prodendo vero non magis victoriae, quam animo tuo consulturus sis.

CAPUT V.

Academicorum placita.

10. Después del sermón anterior, que hemos recogido en el primer libro, estuvimos ociosos de disputar unos siete días, mientras revisábamos solo tres libros de Virgilio después del primero, y los tratábamos como parecía convenir al tiempo. En cuya obra, sin embargo, Licencio se inflamó tanto en el estudio de la poética, que me pareció que incluso debía ser reprimido un tanto. Pues ya no permitía de buen grado ser desviado de esta intención a ninguna otra cosa. Finalmente, sin embargo, accedió no de mala gana a retomar la cuestión sobre los académicos que habíamos diferido, al ser alabada por mí, cuanto pude, la luz de la filosofía: y por azar el día había brillado tan sereno, que parecía convenir con nada más que con serenar nuestros ánimos. Así pues, dejamos los lechos más temprano de lo habitual, y tratamos un poco con los rústicos, pues el tiempo urgía. Entonces Alipio: "Antes de que los oiga disputar sobre los académicos, quiero que se me lea aquel sermón de ustedes que dicen que se terminó en mi ausencia: pues no puedo de otro modo, habiendo nacido de ahí la ocasión de esta disceptación, dejar de errar o ciertamente trabajar al escucharlos". Hecho esto, y viendo que en ello se había consumido casi todo el tiempo de la mañana, decidimos volver a casa desde el campo, que nos había recibido mientras paseábamos. Y Licencio: "Ruego que antes de la comida no te sea gravoso repetirme brevemente exponiendo toda la sentencia de los académicos, para que nada en ella se me escape que sea para mi parte". "Lo haré", dije, "y tanto más gustosamente cuanto que, pensando en esto, comas poco". "No estés seguro de ello", dijo él; "pues a menudo he advertido que muchos, y especialmente mi padre, son tanto más voraces cuanto más llenos de cuidados están." Además, tú tampoco me has experimentado pensando en esos metros de tal modo que mi cuidado deje la mesa segura. Lo cual ciertamente suelo admirar en mí mismo: ¿pues qué significa que entonces busquemos la comida más pertinazmente cuando dirigimos nuestro ánimo a otra cosa? ¿O qué es lo que, estando ocupadas nuestras manos y dientes, el ánimo se vuelve imperioso? "Escucha más bien", dije, "lo que habías preguntado sobre los académicos, para que no te soporte revolviendo esos metros no solo en los banquetes sin metro, sino incluso en las cuestiones." Si oculto algo por mi parte, Alipio lo delatará. "Hace falta tu buena fe", dijo Alipio; "pues si hay que temer que ocultes algo, creo que es difícil que sea descubierto por mí aquel de quien nadie que me conozca ignora que he aprendido estas cosas, especialmente cuando al exponer lo verdadero no has de consultar más por la victoria que por tu propio ánimo".

CAPÍTULO V.

Las opiniones de los académicos.

11. Agam, inquam, bona fide, quoniam de jure praescribis. Nam et Academicis placuit, nec homini scientiam posse contingere earum duntaxat rerum, quae ad philosophiam pertinent; nam caetera curare se Carneades negabat; et tamen hominem posse esse sapientem, sapientisque totum munus, ut abs te quoque, Licenti, illo sermone dissertum est, in conquisitione veri explicari. Ex quo confici, ut nulli etiam rei sapiens assentiatur: erret enim necesse est, quod sapienti nefas est, si assentiatur rebus incertis. Et omnia incerta esse non dicebant solum, verum etiam copiosissimis rationibus affirmabant. Sed verum non posse comprehendere, ex illa stoici Zenonis definitione arripuisse videbantur, qui ait id verum percipi posse, quod ita esset animo impressum ex eo unde esset, ut esse non posset ex eo unde non esset. Quod brevius planiusque sic dicitur, his signis verum posse comprehendere, quae signa non potest habere quod falsum est. Hoc prorsus non posse inveniri, vehementissime ut convincerent incubuerunt. Inde dissensiones philosophorum, inde sensuum fallaciae, inde somnia furoresque, inde pseudomeni et soritae in illius causae patrocinio viguerunt. Et cum ab eodem Zenone acceperant, nihil esse turpius quam opinari, confecerunt callidissime, ut si nihil percipi posset, et esset opinatio turpissima, nihil unquam sapiens approbaret.

12. Hinc eis invidia magna conflata est: videbatur enim esse consequens, ut nihil ageret, qui nihil approbaret. Unde dormientem semper, et officiorum omnium desertorem, sapientem suum Academici describere videbantur, quem nihil approbare censebant. Hic illi inducto quodam probabili, quod etiam verisimile nominabant, nullo modo cessare sapientem ab officiis asserebant, cum haberet quid sequeretur; veritas autem sive propter naturae tenebras quasdam, sive propter similitudinem rerum, vel obruta, vel confusa latitaret. Quamvis et ipsam refrenationem et quasi suspensionem assensionis magnam prorsus actionem sapientis esse dicebant. Videor mihi breviter totum, ut voluisti, exposuisse, nihilque recessisse a praescriptione, Alypi, tua: id est egisse, ut dicitur, bona fide. Si enim aliquid vel non ita ut est dixi, vel forte non dixi; nihil voluntate a me factum est. Bona ergo fides est, ex animi sententia. Homini enim homo falsus docendus, fallax cavendus debet videri: quorum prius magistrum bonum, posterius discipulum cautum desiderat.

11. "Actuaré", dije, "de buena fe, ya que lo prescribes por derecho." Pues también plugo a los académicos que el conocimiento no puede alcanzar al hombre, al menos de aquellas cosas que pertenecen a la filosofía; pues Carneades negaba que él se cuidara de las demás cosas; y sin embargo, que el hombre puede ser sabio, y que todo el oficio del sabio, como también fue disertado por ti, Licencio, en aquel sermón, se despliega en la búsqueda de lo verdadero. De lo cual se concluye que el sabio no asienta a ninguna cosa; pues es necesario que yerre, lo cual es nefasto para el sabio, si asintiera a cosas inciertas. Y no solo decían que todas las cosas son inciertas, sino que también lo afirmaban con copiosísimas razones. Pero parecían haber arrebatado el que lo verdadero no puede ser comprendido de aquella definición del estoico Zenón, quien dice que puede percibirse aquel verdadero que de tal modo estuviera impreso en el ánimo desde aquello de donde fuera, que no pudiera ser desde aquello de donde no fuera. Lo cual se dice más breve y llanamente así: que lo verdadero puede ser comprendido por estos signos, cuyos signos no puede tener lo que es falso. Se aplicaron vehementísimamente para convencer de que esto de ningún modo puede ser hallado. De ahí las disensiones de los filósofos, de ahí las falacias de los sentidos, de ahí los sueños y las locuras, de ahí los *pseudomeni* (mentirosos) y los *sorites* (montones) florecieron en el patrocinio de aquella causa. Y habiendo recibido del mismo Zenón que nada es más torpe que opinar, concluyeron astutísimamente que si nada podía ser percibido, y la opinión fuera torpísima, el sabio nunca aprobaría nada.

12. De aquí se les suscitó una gran envidia: pues parecía ser consecuencia que nada hiciera quien nada aprobara. De donde los académicos parecían describir a su sabio, a quien juzgaban que nada aprobaba, como siempre durmiente y desertor de todos los oficios (*officiorum*). Aquí ellos, introducido algo probable, que también llamaban verosímil (*verisimile*), afirmaban que de ningún modo el sabio cesaba en sus oficios, teniendo algo que seguir; mas la verdad, ya sea por ciertas tinieblas de la naturaleza, ya sea por la similitud de las cosas, yacía oculta, o bien sepultada, o bien confusa. Aunque también decían que esa misma refrenación y como suspensión del asentimiento era ciertamente una gran acción del sabio. Me parece haber expuesto brevemente todo, como quisiste, y no haberme apartado en nada de tu prescripción, Alipio: esto es, haber actuado, como se dice, de buena fe. Pues si dije algo o no como es, o tal vez no lo dije; nada fue hecho por mi voluntad. Por tanto, la buena fe es según el parecer del ánimo. Pues un hombre falso debe parecer a un hombre como alguien a quien enseñar, y un falaz como alguien de quien cuidarse: lo primero de lo cual requiere un buen maestro, lo segundo un discípulo cauto.

13. Tum Alypius: Gratum, inquit, habeo, cum et Licentio a te satisfactum est, et me onere imposito relevasti. Non enim magis tibi verendum erat, ne quid explorandi mei causa minus a te diceretur (nam alio modo qui fieri poterat?) quam mihi, si in quoquam te prodere fuisset necesse. Quare faxis, ut illud quod deest, non tam percontationi, quam ipsi percontanti, de differentia novae ac veteris Academiae, ne te pigeat exponere. Prorsus, inquam, fateor, piget. Quare beneficium dederis (nam et hoc quod commemoras, ad rem maxime pertinere negare non possum), si me paululum conquiescente, apud me distinguere ista nomina, et causam novae Academiae aperire volueris. Crederem, inquit, me quoque a prandio te avocare voluisse, ni te magis a Licentio territum dudum putarem, et ejus postulatio ita nobis praescripsisset, ut ei ante prandium quidquid hujus involutionis esset, expediretur. Et cum reliqua dicere tenderet, mater nostra (nam domi jam eramus) ita nos trudere in prandium coepit, ut verba faciendi locus non esset.

DISPUTATIO SECUNDA.

CAPUT VI.---Academiae novae et veteris discidium.

14. Deinde, cum tantum alimentorum accepissemus, quantum compescendae fami satis esset; ad pratum regressis nobis, Alypius, Paream, inquit, sententiae tuae, nec ausim recusare. Si enim nihil me fugerit, gratabor eum doctrinae tuae, tum etiam memoriae meae. At si in quoquam fortasse aberravero, recurabis id, ut deinceps hujusmodi delegationem non pertimescam. Novae Academiae discidium non tam contra veterem conceptum, quam contra Stoicos arbitror esse commotum. Nec vero discidium est putandum, siquidem a Zenone illatam novam quaestionem dissolvi discutique oportebat. Nam de non percipiendo, quamvis nullis conflictationibus agitata, incolens tamen etiam veterum Academicorum mentes sententia non impudenter existimata est. Quod etiam ipsius Socratis Platonisque ac reliquorum veterum auctoritate probatu facile est, qui se hactenus crediderunt ab errore posse defendi, si se assensionem non temere commisissent: quamvis propriam de hac re disputationem in scholas suas non introduxerint, nec ab illis enucleate aliquando quaesitum sit, percipi, necne veritas possit. Quod cum Zeno rude ac novum intulisset, contenderetque nihil percipi posse, nisi quod verum ita esset, ut dissimilibus notis a falso discerneret, neque opinionem subeundam esse sapienti, atque id Archesilas audiret; negavit hujusmodi quidquam posse ab homine reperiri, neque illi opinionis naufragio sapientis committendam esse vitam. Unde etiam conclusit, nulli rei esse assentiendum.

13. Entonces Alipio: "Te estoy agradecido", dijo, "ya que tanto Licencio ha sido satisfecho por ti, como me has aliviado de la carga impuesta." Pues no tenías tú más que temer que yo dijera algo menos por probarme (pues ¿de qué otro modo podía suceder?), que yo, si en algo hubiera sido necesario delatarte. Por lo cual haz que no te sea gravoso exponer aquello que falta, no tanto a la pregunta como al que pregunta mismo, sobre la diferencia de la nueva y la vieja Academia. Ciertamente", dije, "confieso, me es gravoso. Por lo cual harás un beneficio (pues tampoco puedo negar que esto que conmemoras pertenece muchísimo al asunto) si, descansando yo un poco, quisieras distinguir en mi presencia esos nombres y abrir la causa de la nueva Academia". "Creería", dijo, "que yo también te habría querido desviar de la comida, si no pensara que tú habías sido hace poco más aterrado por Licencio, y su postulación nos hubiera prescrito de tal modo que se le despachara antes de la comida cualquier cosa que hubiera de este enredo". Y cuando tendía a decir lo demás, nuestra madre (pues ya estábamos en casa) empezó a empujarnos a la comida de tal modo que no había lugar para hablar.

SEGUNDA DISPUTA.

CAPÍTULO VI.---La división de la nueva y la vieja Academia.

14. Después, habiendo tomado tanto alimento cuanto fuera suficiente para reprimir el hambre; habiendo regresado nosotros al prado, Alipio dijo: "Obedezca yo a tu parecer, ni me atrevería a rehusar." Pues si nada se me escapara, te lo agradeceré a tu doctrina, y también a mi memoria. Pero si tal vez en algo errara, lo remediarás, para que en adelante no tema una delegación de este tipo. Creo que la división de la nueva Academia se suscitó no tanto contra el concepto antiguo como contra los estoicos. Ni ciertamente debe pensarse que es una división, si es que convenía que la nueva cuestión introducida por Zenón fuera disuelta y discutida. Pues sobre el no percibir, aunque no agitada por ningunas conflictaciones, sin embargo, la sentencia que habitaba incluso en las mentes de los antiguos académicos no fue estimada impudentemente. Lo cual también es fácil de probar por la autoridad del mismo Sócrates y de Platón y de los demás antiguos, quienes creyeron que hasta aquí podían ser defendidos del error, si no se hubieran entregado temerariamente al asentimiento: aunque no introdujeron una disputa propia sobre este asunto en sus escuelas, ni por ellos fue buscado alguna vez de modo manifiesto si la verdad puede ser percibida o no. Habiendo Zenón introducido esto como algo rudo y nuevo, y conteniendo que nada puede ser percibido a no ser que lo verdadero fuera de tal modo que se distinguiera de lo falso por notas disímiles, y que el sabio no debía someterse a la opinión; y habiendo oído esto Arcesilao; negó que algo de este tipo pudiera ser hallado por el hombre, ni que debiera entregarse la vida del sabio a aquel naufragio de la opinión. De donde también concluyó que no se debe asentir a ninguna cosa.

15. Verum cum ita res se haberet, ut vetus Academia magis aucta, quam oppugnata videretur; exstitit Philonis auditor Antiochus, qui, ut nonnullis visus est, gloriae cupidior quam veritatis, in similitudinem adduxit Academiae utriusque sententias. Dicebat enim rem insolitam, et ab opinione veterum remotissimam Academicos novos conatos inducere. In quam rem veterum physicorum aliorumque magnorum philosophorum implorabat fidem; ipsos etiam Academicos oppugnans, qui se verisimile contenderent sequi, cum ipsum verum se ignorare faterentur. Multaque argumenta collegerat, quibus nunc supersedendum arbitror: nihil tamen magis defendebat, quam verum percipere posse sapientem. Hanc puto inter Academicos novos ac veteres controversiam fuisse. Quae si secus se habet, ut Licentium plenissime informes, pro utroque postulaverim. Si vero ita est, ut dicere potui, susceptam disputationem peragite.

CAPUT VII.

Adversus Academicos.

16. Tum ego: Quamdiu, inquam, Licenti, in isto nostro longiore quam putabam sermone conquiescis? Audisti qui sint Academici tui? At ille verecunde arridens, et aliquantum hac compellatione turbator: Poenitet me, inquit, tantopere affirmasse contra Trygetium, beatam vitam in veritatis inquisitione consistere. Nam me ista quaestio ita perturbat, ut vix non miser sim, qui certe vobis, si quid humanitatis geritis, videor miserandus. Sed quid me ipse ineptus crucio? aut quid exhorreo tanta causae bonitate subnixus? Prorsus non cedam nisi veritati. Placentne, inquam, tibi novi Academici? Plurimum, inquit. Ergo verum videntur tibi dicere? Tum ille cum jam esset assensurus, arrisione Alypii cautior factus, haesit aliquantum. Et deinde: Repete, inquit, rogatiunculam. Verumne, inquam, tibi videntur Academici dicere? Et rursum cum diu tacuisset: Utrum, ait, verum sit, nescio: probabile est tamen. Neque enim plus video quod sequar. Probabile, inquam, scisne ab ipsis etiam verisimile nominari? Ita, inquit, videtur. Ergo, inquam, verisimilis est Academicorum sententia. Ita, inquit. Jam quaeso attende, inquam, diligentius. Si quisquam fratrem tuum visum patris tui similem esse affirmet, ipsumque tuum patrem non noverit; nonne tibi insanus, aut ineptus videbitur? Et hic diu tacuit. Tum ait, Non mihi hoc videtur absurdum.

15. Pero estando así la cosa que la vieja Academia parecía más aumentada que atacada; surgió Antíoco, auditor de Filón, quien, como a algunos pareció, más deseoso de gloria que de verdad, llevó a una rivalidad las sentencias de ambas Academias. Pues decía que los nuevos académicos intentaban introducir una cosa insólita y muy remota de la opinión de los antiguos. En cuyo asunto imploraba la fe de los antiguos físicos y de otros grandes filósofos; atacando también a los mismos académicos, quienes contendían seguir lo verosímil (*verisimile*), mientras confesaban ignorar ellos mismos lo verdadero mismo. Y había recogido muchos argumentos, de los cuales creo que ahora hay que desistir: sin embargo, nada defendía más que el que el sabio puede percibir lo verdadero. Creo que esta fue la controversia entre los nuevos y los antiguos académicos. Lo cual si es de otro modo, pediría por ambos que informes a Licencio plénisimamente. Si en verdad es así, como he podido decir, lleven a cabo la disputa emprendida.

CAPÍTULO VII.

Contra los académicos.

16. Entonces yo: "¿Cuánto tiempo, Licencio, descansas en ese discurso nuestro, más largo de lo que pensaba?" ¿Has oído quiénes son tus académicos?" Mas él, sonriendo vergonzosamente, y un tanto más turbado por esta interpelación: "Me arrepiento", dijo, "de haber afirmado tanto contra Trigecio que la vida bienaventurada consiste en la inquisición de la verdad. Pues esa cuestión me perturba de tal modo que apenas dejo de ser miserable, yo que ciertamente les parezco, si tienen algo de humanidad, digno de lástima. ¿Pero por qué me torturo yo mismo, necio? ¿O por qué me horrorizo apoyado en tanta bondad de la causa? Ciertamente no cederé sino a la verdad". "¿Te placen", dije, "los nuevos académicos?" "Muchísimo", dijo. ¿Por tanto, te parece que dicen lo verdadero?" Entonces él, cuando ya estaba por asentir, hecho más cauto por la sonrisa de Alipio, vaciló un tanto. Y después: "Repíteme", dijo, "la preguntita". ¿Te parece", dije, "que los académicos dicen lo verdadero?" Y de nuevo, habiendo callado mucho tiempo: "Si es verdadero, no lo sé: sin embargo, es probable", dijo. Pues no veo más que deba seguir". "Lo probable", dije, "¿sabes que por ellos mismos es llamado también verosímil (*verisimile*)?" "Así", dijo, "parece". "Por tanto", dije, "es verosímil la sentencia de los académicos". "Así es", dijo. "Ahora te ruego, atiende más diligentemente. Si alguien afirmara que tu hermano visto es semejante a tu padre, y no conociera a tu mismo padre, ¿no te parecería insano o necio?" Y aquí calló por largo tiempo. Entonces dijo: "Esto no me parece absurdo".

17. Cui ego cum respondere coepissem; Exspecta, inquit, quaeso, paululum. Ac post arridens, Dic mihi, ait, oro te, jamne certus es de victory tua? Tum ego: Fac me, inquam, certum esse: non ideo tamen tu causam tuam debes deserere, praesertim cum haec inter nos disputatio suscepta sit exercendi tui causa, et ad eliminandum animum provocandi. Numquidnam, inquit, aut Academicos legi, aut tot disciplinis eruditus sum, quibus tu ad me instructus adventas? Academicos, inquam, nec illi legerant a quibus primo sententia ista defensa est. Eruditio autem disciplinarumque copia si te deficit, non usque adeo tamen ingenium tuum esse debet invalidum, ut nullo facto impetu paucissimis verbis meis rogationibusque succumbas. Illud enim jam vereri coepi, ne tibi citius quam volo succedat Alypius, quo adversario non ita securus deambulabo. Ergo utinam, inquit ille, jam vincar, ut aliquando vos audiam disserentes, et quod plus est, videam; quo mihi spectaculo nihil potest felicius exhiberi. Nam quoniam placuit vobis ista fundere, potius quam effundere; siquidem ore prorumpentia stilo excipitis, nec in terram, ut dicitur, cadere sinitis; legere etiam vos licebit: sed nescio quomodo, cum admoventur oculis iidem ipsi quos inter sermo caeditur; bona disputatio si non utilius, at certe laetius perfundit animum.

18. Gratum habemus, inquam: sed repentina ista gaudia tua temere illam sententiam evadere coegerunt, qua dixisti, nullum tibi spectaculum exhiberi posse felicius. Quid si enim illum patrem tuum, quo profecto nemo philosophiam est post tam longam sitim hausturus ardentius, nobiscum ista quaerentem ac disserentem videbis; cum ego me fortunatiorem nunquam putabo, quid te tandem sentire ac dicere convenit? Hic vero ille aliquantum lacrymavit, et ubi loqui potuit, porrecta manu coelum suspiciens: Et quando ego, inquit, Deus, hoc videbo? sed nihil est de te desperandum. Hic cum pene omnes ab intentione disputationis remitti in lacrymas coepissemus, obluctans mecum, et vix me colligans: Age potius, inquam, et in vires tuas redi; quas ut congereres unde unde posses, patronus Academiae futurus, longe ante monueram: non opinor ideo ut modo ante tubam tremor occupet artus (Aeneid. lib. 11, v. 424); aut ut visendae alienae pugnae desiderio, tam cito te optes esse captivum. Hic Trygetius, ubi satis attendit jam vultus nostros serenatos: Quidni iste optet, inquit, homo tam sanctus, ut hoc ei Deus ante vota concesserit? Crede jam, Licenti; nam qui non invenis quid respondeas, et adhuc ut vincere optas, parvae fidei mihi videris. Arrisimus. Tum Licentius: Loquere beatus, inquit, non inveniendo verum, sed certe, non quaerendo.

17. A quien habiendo yo empezado a responder: "Espera", dijo, "te ruego, un poquito". Y después sonriendo, dijo: "Dime, te ruego, ¿ya estás cierto de tu victoria?" Entonces yo: "Pon que estoy cierto", dije: "no por eso, sin embargo, debes tú disertar de tu causa, especialmente habiendo sido emprendida esta disputa entre nosotros por causa de ejercitarte y de provocarte a pulir el ánimo". "¿Acaso", dijo, "o leí a los académicos, o fui instruido en tantas disciplinas, con las cuales tú vienes preparado ante mí?" "A los académicos", dije, "ni los habían leído aquellos por quienes primero fue defendida esa sentencia". Mas si la erudición y la abundancia de disciplinas te falta, no hasta tal punto, sin embargo, debe ser tu ingenio inválido, que sin haber hecho ningún ímpetu sucumbas a mis poquísimas palabras y preguntas. Pues ya he empezado a temer que Alipio te suceda más pronto de lo que quiero, con el cual como adversario no pasearé tan seguro". Por tanto", dijo él, "ojalá sea ya vencido, para que al fin los oiga a ustedes disertando, y lo que es más, los vea; espectáculo que nada puede ofrecérseme más feliz. Pues ya que les plugo verter estas cosas (*fundere*), más que derramarlas (*effundere*); ya que reciben con el estilo lo que prorrumpe de la boca, ni permiten que caiga en tierra, como se dice; también será lícito leerlos: pero no sé cómo, cuando se presentan ante los ojos los mismos entre quienes se traba el sermón, una buena disputa, si no más útilmente, al menos ciertamente más alegremente perfunde el ánimo".

18. "Estamos agradecidos", dije: "pero esos súbitos gozos tuyos han forzado temerariamente a escapar aquella sentencia en la que dijiste que ningún espectáculo más feliz podía ofrecésete. ¿Qué si vieras a aquel padre tuyo, que seguramente nadie ha de beber la filosofía más ardientemente después de tan larga sed, buscando y disertando estas cosas con nosotros; cuando yo nunca me juzgaré más afortunado, ¿qué conviene que tú sientas y digas al fin?" Aquí en verdad él lloró un tanto, y cuando pudo hablar, mirando al cielo con la mano extendida: "¿Y cuándo veré yo esto, Dios?", dijo: "pero de ti nada hay que desesperar". Aquí, habiendo empezado casi todos nosotros a relajarnos de la intención de la disputa en lágrimas, luchando conmigo mismo y apenas recogíendome: "Ea, más bien", dije, "y vuelve a tus fuerzas; las cuales te había advertido mucho antes que reunieras de dondequiera que pudieras, habiendo de ser el patrono de la Academia: no pienso que por eso 'el temblor ocupe los miembros antes de la trompeta' (Eneida lib. 11, v. 424); o que por el deseo de ver una lucha ajena, desees tan pronto ser cautivo". Aquí Trigecio, cuando advirtió suficientemente que nuestros rostros ya estaban serenos: "¿Por qué no ha de desearlo", dijo, "un hombre tan santo, que Dios le haya concedido esto antes de sus votos? Cree ya, Licencio; pues tú, que no encuentras qué responder, y todavía deseas ser vencido, me pareces de poca fe". Sonreímos. Entonces Licencio: "Habla, dichoso", dijo, "no por encontrar lo verdadero, sino ciertamente, por no buscarlo".

19. Qua hilaritate adolescentulorum cum essemus laetiores; Attende, inquam, rogationem, et in viam redi firmior et valentior, si potes. En adsum, inquit, quantum possum. Quid enim si ille fratris mei visor fama compertum habeat eum esse similem patris, potest insanus aut ineptus esse, si credit? Stultusne, inquam, saltem dici potest? Non continuo, inquit, nisi se id scire contenderit. Nam si ut probabile sequitur quod crebra fama jactavit, nullius temeritatis argui potest. Tum ego: Rem ipsam paulisper consideremus, et quasi ante oculos constituamus. Ecce fac illum nescio quem hominem quem describimus, esse praesentem: advenit alicunde frater tuus; ibi iste: Cujus hic puer filius? Respondetur: Cujusdam Romaniani. At hic: Quam patri similis est! quam ad me hoc non temere fama detulerat! Hic tu, vel quis alius: Nosti enim Romanianum, bone homo? Non novi, inquit: tamen similis ejus mihi vederur. Poteritne quisquam risum tenere? Nullo modo, inquit. Ergo, inquam, quid sequatur vides. Jamdudum, inquit, video. Sed tamen istam conclusionem abs te audire volo: oportet enim alere incipias, quem cepisti. Quidni, inquam, concludam? Ipsa res clamat similiter ridendos esse Academicos tuos, qui se in vita veri similitudinem sequi dicunt, cum ipsum verum quid sit, ignorent.

CAPUT VIII.

Academicorum cavillatio.

20. Tum Trygetius: Longe mihi, inquit, videtur dissimilis Academicorum cautio ab hujus quem descripsisti ineptia. Illi enim rationibus assequuntur quod dicunt esse verisimile: iste autem ineptus famam secutus est, cujus auctoritate nihil est vilius. Quasi vero, inquam, non ineptior esset, si diceret, Patrem quidem ejus minime novi, nec fama comperi quam sit similis patris, et mihi tamen similis videtur. Ineptior certe, inquit. Sed quorsum ista? Quia tales, inquam, sunt, qui dicunt, Verum quidem non novimus; sed hoc quod videmus, ejus quod non novimus simile est. Probabile, inquit, illi dicunt. Cui ego: Quomodo istuc dicis? An negas eos verisimile dicere? Et ille inquit: Ego ob hoc dicere volui, ut illam similitudinem excluderem. Videbatur enim mihi fama improbe irruisse in quaestionem vestram, cum Academici ne oculis quidem credant humanis, nedum famae mille quidem, ut poetae fingunt, sed monstrosis tamen luminibus. Nam quis ego tandem sum Academiae defensor? An in quaestione ista invidetis securitati meae? En habes Alypium, cujus adventus nobis, quaeso, ferias dederit, quem te jamdudum non frustra formidare arbitramur.

19. Con cuya hilaridad de los jovencitos estando nosotros más alegres: "Atiende", dije, "a la pregunta, y vuelve al camino más firme y valiente, si puedes". "He aquí que asisto", dijo, "cuanto puedo. ¿Pues qué si aquel observador de mi hermano tuviera por la fama comprobado que él es semejante al padre; puede ser insano o necio si lo cree?" "Puede al menos", dije, "ser llamado estúpido?" "No de continuo", dijo, "a no ser que contendiera saberlo. Pues si sigue como probable lo que la frecuente fama ha pregonado, de ninguna temeridad puede ser argüido". Entonces yo: "Consideremos el asunto mismo por un momento, y como si lo pusiéramos ante los ojos. He aquí, pon que aquel no sé qué hombre que describimos está presente: llega de alguna parte tu hermano; allí aquel pregunta: '¿De quién es hijo este niño?' Se responde: 'De un tal Romaniano'. Mas él: '¡Cuán semejante es al padre! ¡Cuán no temerariamente me había traído la fama esto!' Aquí tú, o cualquier otro: '¿Conoces acaso a Romaniano, buen hombre?' 'No lo conozco', dice: 'sin embargo, me parece semejante a él'. ¿Podrá alguien contener la risa?" "De ningún modo", dijo. "Por tanto", dije, "ves lo que se sigue". "Hace tiempo", dijo, "lo veo. Pero sin embargo quiero oír de ti esa conclusión: pues conviene que empieces a alimentar a quien has capturado". ¿Por qué no", dije, "concluiría? El asunto mismo clama que igualmente son dignos de risa tus académicos, que dicen seguir en la vida la verosimilitud de lo verdadero, ignorando qué sea lo verdadero mismo".

CAPÍTULO VIII.

La cavilación de los académicos.

20. Entonces Trigecio: "Mucho me parece", dijo, "disímil la cautela de los académicos de la necedad de este que describiste. Pues aquellos alcanzan por razones lo que dicen ser verosímil (*verisimile*): mas este necio siguió la fama, de cuya autoridad nada hay más vil". "Como si en verdad", dije, "no fuera más necio si dijera: 'Al padre de este mínimamente lo conozco, ni por la fama he comprobado cuán semejante sea al padre, y sin embargo me parece semejante'". Más necio ciertamente", dijo. ¿Pero a qué esto?" "Porque tales", dije, "son los que dicen: 'Lo verdadero ciertamente no lo conocemos; pero esto que vemos es semejante a lo que no conocemos'". Probable", dijo, "dicen ellos". A quien yo: "¿Cómo dices eso? ¿O niegas que ellos digan lo verosímil?" Y él dijo: "Yo por esto quise decirlo, para excluir aquella similitud. Pues me parecía que la fama había irrumpido impropriamente en su cuestión, cuando los académicos ni siquiera creen a los ojos humanos, cuanto menos a la fama con sus mil ojos, como fingen los poetas, pero sin embargo monstruosos. ¿Pues quién soy yo al fin, defensor de la Academia? ¿O en esa cuestión envidian mi seguridad? He aquí que tienes a Alipio, cuyo advenimiento, ruego, nos dé vacaciones, a quien juzgamos que hace tiempo temes no en vano".

21. Tum facto silentio, oculos ambo in Alympium contulerunt. Tum ille: Vellem, inquit, quidem, ut meae vires patiuntur, auxiliari aliquatenus partibus vestris, nisi mihi omen vestrum terrori esset. Sed hanc formidinem, ni me spes fefellerit, facile fugem. Simul enim solatur me, quod praesens Academicorum oppugnator, onus Trygetii victi pene subierit, et nunc eum victorem vestra confessione probabile est. Illud magis vereor, ne et deserti officii negligentiam, et invasi impudentiam, devitare non possim. Non enim vos oblitus credo, iudicis mihi munus fuisse delatum. Hic Trygetius: Illud, inquit, aliud, hoc autem aliud est; quare quaesumus, ut te aliquando patiari privatim. Ne renuerim, ait; nedum impudentiam vel negligentiam vitare cupio, in superbiae, quo vitio nihil est immanius, laqueos incidam, si honorem mihi a vobis concessum, diutius quam permittitis teneam.

CAPUT IX.

De Academicorum sententia serio deinceps disputandum.

22. Proinde velim mihi exponas, bone accusator Academicorum, officium tuum; id est, in quorum defensionem hos oppugnes. Metuo enim, ne Academicos refellens, Academicum te probare velis. Accusatorum, inquam, ut opinor, duo genera esse bene nosti: non enim si a Cicerone modestissime dictum est, ita eum Verris esse accusatorem, ut Siculorum defensor esset (Cicero in Verrem, actione 1), propterea necesse est, eum qui aliquem accusat, habere alterum quem defendat. Et ille: Saltem habesne tu quidquam in quo sententia tua jam fundata constiterit? Facile est, inquam, huic rogationi respondere, mihi praesertim cui repentina non est: jam hoc totum mecum egi, et diu multumque versavi animo. Quamobrem audi, Alympi, quod, ut arbitror, jam optime scis: non ego istam disputationem disputandi gratia susceptam volo; satis sit quod cum istis adolescentibus praelusimus, ubi libenter nobiscum philosophia quasi jocata est. Quare auferantur de manibus nostris fabellae pueriles. De vita nostra, de moribus, de animo res agitur; qui se superaturum inimicitias omnium fallaciarum, et veritate comprehensa, quasi in regionem suae originis rediens, triumphaturum de libidinibus, atque ita temperantia velut conjuge accepta regnaturum esse praesumit, securior rediturus in coelum (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 3). Vides quid dicam? Tollamus de medio jam cuncta ista: arma acri facienda viro (Aeneid. lib. 8, v. 304); nec quidquam minus semper optavi, quam inter eos, qui secum multum vixerunt, multumque sermocinati sunt, oriri aliquid, unde novus quasi conflictus exsurgat.

21. Hecho entonces silencio, ambos dirigieron los ojos a Alipio. Entonces él: "Querría ciertamente", dijo, "según lo permiten mis fuerzas, auxiliar en algo a sus partes, a no ser que el presagio de ustedes me fuera de terror". Pero este pavor, si no me engañara la esperanza, fácilmente lo ahuyentaría. Pues al mismo tiempo me consuela el que el presente impugnador de los académicos casi haya asumido la carga de Trigecio vencido, y ahora es probable que él sea el vencedor por la confesión de ustedes. Aquello temo más, que no pueda evitar tanto la negligencia del oficio desertado, como la impudencia del invadido. Pues no los creo olvidados de que se me había conferido el oficio de juez". Aquí Trigecio: "Aquello es una cosa", dijo, "y esto otra; por lo cual rogamos que te permitas al fin ser un particular". No sea que rehúse", dijo; "mientras deseo evitar la impudencia o la negligencia, caiga en los lazos de la soberbia, vicio del cual nada es más horrendo, si retuviera el honor concedido por ustedes más tiempo de lo que permiten".

CAPÍTULO IX.

Sobre que la sentencia de los académicos debe ser disputada seriamente en adelante.

22. "Por lo tanto querría que me expongas, buen acusador de los académicos, tu oficio; esto es, en defensa de quiénes los impugnas. Pues temo que, refutando a los académicos, quieras probar que tú eres académico". "De los acusadores", dije, "según opino, bien sabes que hay dos géneros: pues si por Cicerón fue dicho modestísimamente que él era de tal modo acusador de Verres que era defensor de los sicilianos (Cicerón en Verres, acción 1), no por eso es necesario que quien acusa a alguien tenga a otro a quien defienda". Y él: "¿Al menos tienes tú algo en lo que tu sentencia ya fundada se mantenga firme?" "Es fácil", dije, "responder a esta pregunta, especialmente para mí a quien no me es repentina: ya traté todo esto conmigo mismo, y lo revolví mucho tiempo y mucho en mi ánimo. Por lo cual oye, Alipio, lo que, según juzgo, ya sabes óptimamente: yo no quiero que esa disputa sea emprendida por causa de disputar; baste que hayamos prelucido con estos adolescentes, donde de buena gana la filosofía ha como jugado con nosotros. Por lo cual quítense de nuestras manos las fabulitas pueriles. Se trata el asunto sobre nuestra vida, sobre las costumbres, sobre el ánimo; el cual presume que ha de superar las enemistades de todas las falacias, y comprendida la verdad, como volviendo a la región de su origen, triunfará sobre las concupiscencias, y así, aceptada la templanza como cónyuge, reinará, habiendo de volver más seguro al cielo (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 3). ¿Ves lo que digo? Quitemos de en medio ya todas esas cosas: 'armas ha de hacer el varón esforzado' (Eneida lib. 8, v. 304); ni nada he deseado siempre menos que el que entre aquellos que han vivido mucho tiempo juntos y han conversado mucho, surja algo de donde brote un nuevo conflicto.

Sed propter memoriam, quae infida custos est excogitatorum, referri in litteras volui, quod inter nos saepe pertractavimus, simul ut isti adolescentes, et in haec attendere discerent, et aggredi ac subire tentarent.

23. Tunc ergo nescis, nihil me certum adhuc habere quod sentiam, sed ab eo quaerendo Academicorum argumentis atque disputationibus impediri? Nescio enim quomodo fecerunt in animo quamdam probabilitatem (ut ab eorum verbo nondum recedam), quod homo verum invenire non possit: unde piger et prorsus segnis effectus eram, nec quaerere audebam, quod acutissimis ac doctissimis viris invenire non licuit. Nisi ergo prius tam mihi persuasero verum posse inveniri, quam sibi illi non posse persuaserunt; non audebo quaerere, nec habeo aliquid quod defendam. Itaque istam interrogationem remove, si placet, et potius discutiamus inter nos, quam sagaciter possumus, utrumnam possit verum inveniri. Et pro parte mea videor mihi habere jam multa, quibus contra rationem Academicorum niti molior: inter quos et me modo interim nihil distat, nisi quod illis probabile visum est, non posse inveniri veritatem; mihi autem inveniri posse probabile est. Nam ignoratio veri, aut mihi, si illi fingeant, peculiaris est, aut certe utrisque communis.

CAPUT X.

Verborum controversia non est quae habetur cum Academicis, sed rerum.

24. Tum Alypius: Jam, inquit, securus incedam: video enim te non tam accusatorem, quam adiutorem fore. Itaque ne longius abeamus, videamus quaeso prius ne per hanc quaestionem in qua successisse videor iis qui tibi cesserunt, in verbi controversiam decidamus, quod te ipso insinuante ex auctoritate illa Tulliana turpissimum esse, saepe confessi sumus. Cum enim, ni fallor, Licentius placuisse sibi diceret de probabilitate Academicorum sententiam, subiecisti quod ille haud dubie confirmavit, sciretne hanc ab eisdem etiam verisimilitudinem nominari. Et bene novi, siquidem ex te mihi nota sunt, non absque te esse Academicorum placita. Quae cum, ut dixi, animo tuo infixae sint; quid verba secteris, ignoro. Non est ista, inquam, mihi crede, verborum, sed rerum ipsarum magna controversia: non enim illos viros eos fuisse arbitror, qui rebus nescirent nomina imponere; sed mihi haec vocabula videntur elegisse, et ad occultandam tardioribus, et ad significandam vigilantioribus sententiam suam. Quod quare et quomodo mihi videatur, exponam, cum prius illa discussero, quae ab eis tanquam cognitionis humanae inimicis dicta homines putant.

Pero por causa de la memoria, que es infiel custodia de lo pensado, quise que se pusiera por escrito lo que a menudo hemos tratado entre nosotros, al mismo tiempo para que estos adolescentes aprendieran tanto a atender a estas cosas como a intentar acercarse y someterse a ellas".

23. "¿Entonces pues no sabes que nada cierto tengo todavía que sienta, sino que soy impedido de buscarlo por los argumentos y disputas de los académicos? Pues no sé cómo han hecho en el ánimo una cierta probabilidad (para no apartarme todavía de su palabra) de que el hombre no puede encontrar lo verdadero: de donde me había vuelto perezoso y del todo negligente, ni me atrevía a buscar lo que a los hombres más agudos y doctos no les fue lícito hallar. Por tanto, a no ser que primero me persuada de que lo verdadero puede ser hallado tanto como ellos se persuadieron de que no puede; no me atreveré a buscar, ni tengo algo que defienda. Así pues, quita esa interrogación, si place, y más bien discutamos entre nosotros, tan sagazmente como podemos, si acaso puede ser hallado lo verdadero. Y por mi parte me parece tener ya muchas cosas con las que me esfuerzo por apoyarme contra la razón de los académicos: entre los cuales y yo de momento nada dista, sino que a ellos les pareció probable que no puede ser hallada la verdad; mas a mí me es probable que puede ser hallada. Pues la ignorancia de lo verdadero, o es peculiar para mí, si ellos fingían, o ciertamente común para ambos".

CAPÍTULO X.

La controversia que se tiene con los académicos no es de palabras, sino de cosas.

24. Entonces Alipio: "Ya caminaré seguro", dijo: "pues veo que no has de ser tanto acusador como ayudante. Así pues, para que no nos alejemos más, veamos ruego primero que por esta cuestión en la que parezco haber sucedido a aquellos que cedieron ante ti, no caigamos en una controversia de palabra, lo cual habiendo tú mismo insinuado por aquella autoridad Tuliana que es torpísimo, a menudo hemos confesado. Pues cuando, si no me engaño, Licencio decía que le plugo la sentencia de los académicos sobre la probabilidad, añadiste lo que él confirmó sin duda, si sabía que por los mismos esta era llamada también verosimilitud. Y bien sé, ya que por ti me son conocidas, que las opiniones de los académicos no están sin ti. Las cuales, como dije, estando fijas en tu ánimo; por qué persigas las palabras, lo ignoro". No es esa", dije, "créeme, una gran controversia de palabras, sino de las cosas mismas: pues no juzgo que aquellos varones fueran tales que no supieran imponer nombres a las cosas; sino que estos vocablos me parece que los eligieron tanto para ocultar su sentencia a los más lentos, como para significarla a los más vigilantes. Por qué y cómo me parece eso, lo expondré cuando primero haya discutido aquellas cosas que los hombres piensan que fueron dichas por ellos como enemigos del conocimiento humano.

Itaque perlibenter habeo hucusque hodie nostrum processisse sermonem, ut satis quid inter nos quaereretur, aperteque constaret. Nam illi mihi videntur graves omnino ac prudentes viri fuisse. Si quid est autem, quod nunc disputabimus adversus eos erit, qui Academicos inventioni veritatis adversos fuisse crediderunt. Et ne me territum putes, etiam contra eos ipsos non invitatus armabor, si non occultandae sententiae suae causa, ne ab eis temere pollutis mentibus, et quasi profanis, quaedam veritatis sacra proderentur; sed ex animo illa quae in eorum libris legimus, defenderunt. Quod hodie facerem, nisi nos solis occasus jam domum redire compelleret. Hactenus illo die disputatum est.

DISPUTATIO TERTIA.

CAPUT XI.---Probabile quid sit.

25. Postridie autem quamvis non minus blandus tranquillisque dies illuxisset, vix tamen domesticis negotiis evoluti sumus. Nam magnam ejus partem in epistolarum maxime scriptione consumpseramus. Et cum jam duae horae vix reliquae forent, ad pratum processimus. Nam invitabat coeli nimia serenitas, placuitque, ut ne ipsum quidem quod restiterat tempus, perire pateremur. Itaque cum ad arborem solitam ventum esset, et mansissemus loco: Velim vos, inquam, adolescentuli, quoniam non est hodie magna res aggredienda, in memoriam mihi revocetis, quomodo hesterno die rogatiunculae quae vos turbavit, Alypius responderit. Hic Licentius: Tam breve est, inquit, ut nihil negotii sit hoc recordari; quam leve sit autem tu videris. Nam, ut opinor, vetuit te, res cum constaret, de verbis movere quaestionem. Et ego: Hoc ipsum, inquam, quid sit, quamve habeat vim, satis animadvertistis? Videor, inquit, mihi videre quid sit; sed quaeso, tu id paulisper exponas. Nam saepe abs te audiavi, turpe esse disputantibus in verborum quaestione immorari, cum certamen nullum de rebus remanserit. Sed hoc subtilius est, quam ut explicandum a me debeat flagitari.

26. Audite ergo, inquam, quid sit, vos. Id probabile vel verisimile Academici vocant, quod nos ad agendum sine assensione potest invitare. Sine assensione autem dico, Ut id quod agimus non opinemur verum esse, aut non id scire arbitremur; agamus tamen. Ut verbi causa, utrum hesternae nocte tam liquida ac pura, hodie tam laetus sol exorturus esset, si nos quispiam rogaret; credo quod nos id scire negaremus, diceremus tamen ita videri. Talia, inquit Academicus, mihi videntur omnia quae probabilia vel verisimilia putavi nominanda; quae tu si alio nomine vis vocare, nihil repugno.

Por tanto, muy gustosamente tengo el que hasta aquí haya procedido hoy nuestro sermón, para que constara suficientemente y con claridad qué se buscaba entre nosotros. Pues aquellos me parece que fueron varones del todo graves y prudentes. Si en cambio hay algo que ahora disputaremos, será contra aquellos que creyeron que los académicos fueron adversos a la invención de la verdad. Y para que no me pienses aterrado, también contra ellos mismos me armaré no de mala gana, si defendieron de corazón aquellas cosas que leemos en sus libros, y no por causa de ocultar su sentencia, para que no fueran por ellos entregadas temerariamente a mentes polutas y como profanas ciertas cosas sagradas de la verdad. Lo cual haría hoy, si el ocaso del sol no nos compeliere ya a volver a casa". Hasta aquí se disputó en aquel día.

TERCERA DISPUTA.

CAPÍTULO XI.---Qué sea lo probable.

25. Al día siguiente, sin embargo, aunque había amanecido un día no menos suave y tranquilo, apenas nos libramos de los negocios domésticos. Pues habíamos consumido gran parte de él especialmente en la escritura de cartas. Y cuando ya apenas quedaban dos horas, nos dirigimos al prado. Pues invitaba la excesiva serenidad del cielo, y plugo que no permitiéramos que pereciera ni siquiera aquel tiempo que había restado. Así pues, habiendo llegado al árbol acostumbrado y habiéndonos quedado en el lugar: "Querría que ustedes, jovencitos", dije, "ya que hoy no se ha de emprender un asunto grande, me recordaran cómo respondió ayer Alipio a la preguntita que los turbó". Aquí Licencio: "Es tan breve", dijo, "que no hay ninguna dificultad en recordar esto; mas cuán leve sea, tú lo verás. Pues, según opino, te prohibió mover una cuestión sobre las palabras, constando la cosa". Y yo: "Esto mismo, ¿qué sea, o qué fuerza tenga, lo han advertido suficientemente?" "Me parece", dijo, "ver qué sea; pero ruego que tú lo expongas por un momento. Pues a menudo he oído de ti que es torpe para los que disputan demorarse en una cuestión de palabras, cuando no ha quedado ningún certamen sobre las cosas. Pero esto es más sutil de lo que deba exigirse que sea explicado por mí".

26. "Oigan pues ustedes", dije, "qué sea esto". Los académicos llaman probable o verosímil a lo que puede invitarnos a actuar sin asentimiento. Y digo sin asentimiento de tal modo que no opinemos que es verdadero lo que hacemos, o no juzguemos que lo sabemos; sin embargo, actuemos. Como por ejemplo, si alguien nos preguntara si habiendo sido la noche de ayer tan líquida y pura, hoy habría de salir el sol tan alegre; creo que nosotros negaríamos saberlo, sin embargo diríamos que así parece. 'Tales', dice el académico, 'me parecen todas las cosas que juzgué que debían llamarse probables o verosímiles; las cuales si tú quieres llamar con otro nombre, en nada me opongo'.

Satis enim mihi est, te jam bene accepisse quid dicam, id est quibus rebus haec nomina imponam. Non enim vocabulorum opificem, sed rerum inquisitorem decet esse sapientem. Satisne intellexistis, quomodo mihi ludicra illa quibus vos agitabam, de manibus excussa sint? Hic cum ambo se intellexisse respondissent, vultuque ipso responsionem postularent meam: Quid putatis, inquam? Ciceronem cujus haec verba sunt, inopem fuisse latinae linguae, ut minus apta rebus imponeret, quas sentiebat, nomina?

CAPUT XII.

Rursum de probabili et verisimili.

27. Tum Trygetius: Jam, inquit, placet nobis, cum res nota sit, de verbis nullas calumnias commovere. Quare vide potius quid huic respondeas qui nos liberavit, in quos tu impulsus tentas iterum irruere. Et Licentius: Mane, ait, quaeso: nam mihi subluceat nescio quid, quo videam non tibi tam facile tantum argumentum eripi debuisse. Et cum defixus in cogitatione siluisset aliquantum: Rogo, inquit, nihil mihi videtur esse absurdius, quam dicere, se verisimile sequi, eum qui verum quid sit ignoret: nec illa me tua similitudo conturbat. Nam recte ego interrogatus, utrum ex ista temporie coeli nulla in crastinum pluvia cogatur, respondeo esse verisimile, qui me non nego nosse aliquid veri. Nam scio arborem istam modo argenteam fieri non posse, multaue talia vera non impudenter me scire dico, quorum video esse similia ea quae verisimilia nomino. Tu vero, Carneades, vel quae alia graeca pestis, ut nostris parcam (quid enim dubitem in hanc partem transire ad eum cui captivus debeor jure victoriae?): tu ergo cum te nihil veri scire dicas, unde hoc verisimile sequeris? At enim nomen ei non potui aliud imponere. Quid ergo nobis disputandum est cum eo, qui nec loqui potest?

28. Non ego, inquit Alypius, perfugas metuam: quanto minus ille Carneades, in quem nescio utrum juvenili an puerili levitate commotus, maledicta potius quam aliquod telum putasti esse jaciendum? Nam illi quidem ad roborandam sententiam suam, quae semper tenuis probabili fundata fuit, hoc interim adversum te facile suffecerit, ita nos a veri inventione procul esse positos, ut tu tibi ipse magno argumento esse possis, qui ita una interrogatiuncula loco motus es, ut ubi tibi standum esset, penitus ignores.

Pues me basta que tú ya hayas recibido bien lo que digo, esto es, a qué cosas impongo estos nombres. Pues conviene que el sabio sea no un artífice de vocablos, sino un buscador de las cosas'. ¿Han entendido suficientemente cómo aquellas burlas con las que los agitaba me han sido arrebatadas de las manos?" Aquí habiendo respondido ambos que lo habían entendido, y pidiendo con el mismo rostro mi respuesta: "¿Qué piensan?", dije. ¿Que Cicerón, cuyas son estas palabras, estuvo falto de la lengua latina, de modo que impusiera nombres menos aptos a las cosas que sentía?"

CAPÍTULO XII.

Nuevamente sobre lo probable y lo verosímil.

27. Entonces Trigecio: "Ya nos place", dijo, "puesto que la cosa es conocida, no mover ninguna calumnia sobre las palabras. Por lo cual ve más bien qué respondes a este que nos ha librado, contra quien tú, habiendo sido rechazado, intentas arremeter de nuevo". Y Licencio: "Espera, ruego", dijo; "pues me amanece no sé qué, por lo cual veo que no debió arrebatarsete tan fácilmente tan gran argumento". Y habiendo callado un rato, fijo en su pensamiento: "Ruego", dijo, "nada me parece más absurdo que decir que sigue lo verosímil aquel que ignora qué sea lo verdadero: ni me perturba aquella similitud tuya. Pues yo, interrogado rectamente si de esta temperatura del cielo se recogerá alguna lluvia para mañana, respondo que es verosímil, yo que no niego conocer algo de lo verdadero. Pues sé que aquel árbol no puede hacerse de plata ahora mismo, y muchas tales cosas verdaderas digo que sé no impudicamente, de las cuales veo que son similares aquellas que llamo verosímiles. Pero tú, Carneades, o cualquier otra peste griega, para que perdone a los nuestros (¿pues por qué dudaría en pasarme a esta parte hacia aquel a quien me debo como cautivo por derecho de victoria?): tú pues, ya que dices que nada sabes de lo verdadero, ¿de dónde sigues esto verosímil? Pero ciertamente, no pude imponerle otro nombre. ¿Por qué pues hemos de disputar con aquel que ni siquiera puede hablar?"

28. "Yo no temeré a los desertores", dijo Alipio; "cuánto menos a aquel Carneades, contra quien, movido por no sé si juvenil o pueril ligereza, pensaste que debían lanzarse maldiciones más bien que algún arma. Pues a él ciertamente, para robustecer su sentencia, que siempre estuvo fundada hasta lo probable, esto entretanto le habrá bastado fácilmente contra ti: que nosotros estamos puestos tan lejos de la invención de lo verdadero, que tú mismo puedes ser para ti un gran argumento, tú que de tal modo fuiste movido de tu lugar por una sola preguntita, que ignorabas totalmente dónde debías estar.

Sed haec, atque scientiam tuam, quam tibi impressam de hac arbore paulo ante confessus es, in aliud tempus differamus. Quamvis enim jam alias partes delegeris, tamen sedulo docendus es quid paulo ante dixerim. Nondum enim, ut opinor, in eam quaestionem, qui utrum inveniri verum possit quaeritur, progressi fuimus: sed illud tantum in ipso vestibulo defensionis meae praescribendum putavi, in quo te lassum prostratumque prospexeram; hoc est; utrum verisimile, an probabile, an alio si quo nomine appellari potest, quod sibi Academici sat esse dicant, quaerendum non esse. Nam si tu optimus jam inventor veritatis tibi videris, nihil ad me. Postea si ingratus non fueris huic patrocinio meo, eadem fortasse me docebis.

CAPUT XIII.

An Academici dissimularint se scire verum.

29. Hic ego, cum verecunde Licentius Alypii impetum formidaret; Omnia potius, inquam, Alypi, loqui maluisti, quam quemadmodum nobis cum iis, qui loqui nesciant, disputandum sit. Et ille: Quoniam olim tum mihi, tum omnibus notum est, et nunc tua professione satis indicas te loquendi peritum esse; velim explices utilitatem primo hujus inquisitionis suae, quae aut superflua est, ut opinor, et ei multo magis respondere superfluum est; aut si commoda visa fuerit, et a me explicari nequirit, precario abs te impetrem, ut magistri officium ne gravare. Meministi, inquam, heri me esse pollicitum de istis vocabulis post acturum. Et nunc ille sol admonet, ut quae ludicra pueris proposui, redigam in cistas; praesertim cum ea ornandi jam potius quam vendendi gratia proponam. Nunc antequam stilum nostrum tenebrae occupent, quae patronae Academicorum solent esse, volo inter nos hodie plenissime constet, ad quam quaestionem nobis explicandam mane surgendum sit. Itaque responde, quaeso, utrum tibi videantur Academici habuisse certam de veritate sententiam, et eam temere ignotis vel non purgatis animis proderere noluisse; an vero ita senserint, ut eorum disputationes se habent.

30. Tum ille: Quid illis animi fuerit, inquit, non temere confirmabo. Nam quantum ex libris colligi datur, tu melius nosti quae in verba sententiam suam promere soleant: Me autem de meipso si consulis, inventum nondum verum esse puto. Addo etiam quod de Academicis flagitabas, nec posse inveniri me putare, non solum inolita, quam semper fere animadvertisti opinione mea, sed etiam auctoritate magnorum excellentiorumque philosophorum; quibus nos praebere colla sive imbecillitas nostra, sive sagacitas ipsorum, ultra quam nihil jam inveniri posse credendum est, nescio quomodo compellit.

Pero estas cosas, y tu ciencia, que confesaste poco antes que te estaba impresa sobre este árbol, diferámoslas para otro tiempo. Pues aunque ya hayas elegido otras partes, sin embargo has de ser enseñado diligentemente qué dije poco antes. Pues aún no, según opino, habíamos progresado hacia aquella cuestión en la que se pregunta si puede encontrarse lo verdadero: sino que juzgué que solo aquello debía prescribirse en el mismo vestíbulo de mi defensa, en el cual te había visto cansado y postrado; esto es: si lo verosímil, o lo probable, o con cualquier otro nombre si puede llamarse, lo que los académicos dicen que les basta, no debe ser buscado. Pues si tú ya te pareces a ti mismo el mejor descubridor de la verdad, nada me importa. Después, si no fueras ingrato a este patrocinio mío, tal vez me enseñes las mismas cosas".

CAPÍTULO XIII.

Si los académicos disimularon que sabían lo verdadero.

29. Aquí yo, como Licencio temiera modestamente el ímpetu de Alipio, dije: "Has preferido, Alipio, hablar de todas las cosas más bien que de cómo hemos de disputar con aquellos que no saben hablar". Y él: "Puesto que hace tiempo es conocido tanto para mí como para todos, y ahora por tu profesión indicas suficientemente que eres perito en el hablar; querría que explicaras primero la utilidad de esta inquisición tuya, la cual o es superflua, según opino, y mucho más superfluo es responder a ella; o si pareciera provechosa, y no pudiera ser explicada por mí, te pediría encarecidamente que no te pesara el oficio de maestro". "Recuerdas", dije, "que yo prometí ayer que trataría después sobre aquellos vocablos. Y ahora el sol advierte que recoja en los cofres las burlas que propuse a los niños; especialmente cuando ahora las propongo más bien por causa de adorno que de venta. Ahora, antes de que las tinieblas, que suelen ser patronas de los académicos, ocupen nuestro estilo, quiero que hoy conste plenísimamente entre nosotros para la explicación de qué cuestión hemos de levantarnos por la mañana. Así pues responde, ruego, si te parece que los académicos tuvieron una sentencia cierta sobre la verdad, y no quisieron producirla temerariamente para ánimos desconocidos o no purgados; o si verdaderamente sintieron tal como se tienen sus disputas".

30. Entonces él: "Qué ánimo fuera el de ellos", dijo, "no lo confirmaré temerariamente. Pues cuanto se da a recoger de los libros, tú conoces mejor en qué palabras suelen producir su sentencia: mas si me consultas sobre mí mismo, pienso que aún no se ha encontrado lo verdadero. Añado también lo que exigías sobre los académicos, que pienso que no puede encontrarse, no solo por la opinión arraigada mía que casi siempre has advertido, sino también por la autoridad de grandes y más excelentes filósofos; a quienes ya sea nuestra debilidad, ya la sagacidad de ellos, más allá de la cual ya no ha de creerse que pueda encontrarse nada, de algún modo nos compele a ofrecer el cuello".

Hoc est, inquam, quod volui. Nam verebar, ne cum tibi quoque id videretur quod mihi; disputatio nostra manca remaneret, nullo existente qui ex altera parte rem venire in manus cogeret, ut diligenter quantum possumus versaretur. Itaque si id evenisset, paratus eram te rogare, ut Academicorum partes ita susciperes, quasi tibi non solum disputasse, sed etiam sensisse viderentur, verum non posse comprehendere. Quaeritur ergo inter nos, utrum illorum argumentis probabile sit nihil percipi posse, ac nulli rei esse assentiendum. Quod si obtinueris, cedam libenter: si autem demonstrare potuero multo esse probabilius, et posse ad veritatem pervenire sapientem, et assensionem non semper esse cohibendam: nihil habebis, ut opinor, cur non te in meam sententiam transire patiaris. Quod cum illi placuisset et caeteris qui aderant, jam vespere obumbrati domum revertimus.

LIBER TERTIUS Exhibet disputationes duas, quarum initio statuitur fortunam nihil sive adjumento sive impedimento esse sapienti. Mox Augustinus, repugnante pro susceptis partibus Alypio, probat nonnihil sciri a sapiente, utpote qui saltem sapientiam noverit. Deinde Zenonis definitionem discutit, et duo illa redarguit Academicorum placita: «Nihil percipi posse;» et, «Nulli rei debere assentiri.» Dicit demum videri sibi Academicos non ita sensisse uti vulgo existimantur.

DISPUTATIO PRIMA.

CAPUT PRIMUM.---Magnopere quaerenda veritas unde pendet vita beata.

1. Cum post illum sermonem quem secundus liber continet, alio die consedissemus in balneis; nam erat tristior quam ut ad pratum liberet descendere; sic exorsus sum: Arbitror vos jam satis animadvertisse qua de re inter nos discutienda quaestio constituta sit. Sed antequam ad partes meas veniam; quae ad eam pertinent explicandam, pauca, quaeso, de spe, de vita, de instituto nostro non ab re abhorrentia libenter audiat. Negotium nostrum non leve aut superfluum, sed necessarium ac summum esse arbitror, magnopere quaerere veritatem: hoc inter me atque Alypium convenit.

"Esto es", dije, "lo que quería. Pues temía que cuando a ti también te pareciera lo mismo que a mí, nuestra disputa permaneciera manca, no existiendo nadie que de la otra parte obligara a que la cosa viniera a las manos, para que se tratara tan diligentemente como podemos. Así pues, si eso hubiera sucedido, estaba preparado para rogarte que asumieras las partes de los académicos como si te pareciera que no solo disputaron, sino que también sintieron, que lo verdadero no puede ser comprendido. Se pregunta pues entre nosotros, si por los argumentos de ellos es probable que nada pueda percibirse, y que a ninguna cosa se ha de dar asentimiento. Lo cual si obtuvieras, cederé gustosamente: mas si yo pudiera demostrar que es mucho más probable tanto que el sabio puede llegar a la verdad, como que el asentimiento no siempre ha de ser retenido: nada tendrás, según opino, por qué no permitas pasarte a mi sentencia". Habiendo placido esto a él y a los demás que estaban presentes, ya sombreados por la tarde regresamos a casa.

LIBRO TERCERO presenta dos disputas, en cuyo inicio se establece que la fortuna nada es, ya sea para ayuda o para impedimento, para el sabio. Luego Agustín, resistiendo Alipio por las partes asumidas, prueba que algo es sabido por el sabio, como quien al menos ha conocido la sabiduría. Después discute la definición de Zenón, y refuta aquellos dos decretos de los académicos: «Que nada puede percibirse;» y, «Que a ninguna cosa se debe dar asentimiento». Dice finalmente que le parece que los académicos no sintieron tal como comúnmente se piensa.

PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO PRIMERO.---La verdad ha de ser buscada grandemente, de donde depende la vida bienaventurada.

1. Habiéndonos sentado otro día en los baños, después de aquel sermón que contiene el segundo libro; pues estaba más triste de lo que pluguiera bajar al prado; así comencé: "Pienso que ya han advertido suficientemente sobre qué asunto se ha establecido la cuestión que ha de discutirse entre nosotros. Pero antes de que venga a mis partes, que pertenecen a explicarla, ruego que escuchen de buena gana unas pocas cosas sobre la esperanza, sobre la vida, sobre nuestro instituto, no ajenas al asunto. Pienso que nuestro negocio no es leve o superfluo, sino necesario y sumo, buscar grandemente la verdad: esto conviene entre mí y Alipio.

Nam et caeteri philosophi sapientem suum eam invenisse putaverunt; et Academici sapienti suo summo conatu inveniendam esse professi sunt, idque illum agere sedulo; sed quoniam vel lateret obruta, vel confusa non emineret, ad agendam vitam id eum sequi quod probabile ac verisimile occurreret. Id etiam vestra pristina disceptatione confectum est. Nam cum alter inventa veritate beatum fieri asseruerit hominem, alter vero tantum diligenter quaesita; nulli nostrum dubium est, nihil esse a nobis huic negotio praeponendum. Quamobrem qualem vobis, quaeso, hesternum diem videmur duxisse? Vobis quidem in studiis vestris vivere licuit. Nam et tu, Trygeti, Virgilii te carminibus oblectasti, et Licentius fingendis versibus vacavit, quorum amore ita percussus est, ut propter eum maxime mihi istum sermonem inferendum putarem, quo in ejus animo philosophia (nunc enim tempus est) majorem partem, non modo quam poetica, sed quaevis alia disciplina sibi usurpet, ac vindicet.

CAPUT II.

An fortuna sapienti necessaria.

2. Sed quaeso vos, nonne miserti nostri estis, cum pridie ita cubitum issemus, ut ad dilatam quaestionem, et prorsus ad nihil aliud surgeretur; quod tanta de re familiari necessario peragenda exstiterunt, ut his penitus occupati, vix duas extremas diei horas in nosmetipsos respirare possemus? Quare semper fuit sententia mea, sapienti jam homini nihil opus esse; ut autem sapiens fiat, plurimum necessariam esse fortunam (Lib. 1 Retract. cap. 1, n. 1): nisi quid aliud videtur Alypio. Tum ille: Quantum juris, inquit, fortunae tribuas, nondum bene novi. Nam si ad contemnendam fortunam, fortuna ipsa opus esse arbitraris, me quoque comitem in hanc sententiam do tibi. Sin fortunae nihil aliud concedis, quam ea quae corporis necessitati non possunt, nisi ipsa volente, suppetere; non ita sentio. Aut enim licet eadem repugnante atque invita, nondum sapienti, cupido tamen sapientiae, ea sumere quae vitae necessaria confitemur; aut concedendum est etiam in omni sapientis vita eam dominari, cum et ipse sapiens iis quae corpori necessaria sunt, non indigere non possit.

Pues tanto los demás filósofos pensaron que su sabio la había encontrado; y los académicos profesaron que ha de ser buscada por su sabio con el sumo esfuerzo, y que él hace eso diligentemente; pero puesto que o yacía oculta abrumada, o confundida no sobresalía, que para conducir la vida él sigue aquello que se presentaba como probable y verosímil. Eso también quedó concluido por vuestra antigua discrepancia. Pues habiendo afirmado uno que el hombre se hace bienaventurado encontrada la verdad, mas el otro solo buscándola diligentemente; para ninguno de nosotros es duda que nada ha de ser antepuesto por nosotros a este negocio. Por lo cual, ruego, ¿qué tal día les parece que hemos pasado ayer? A ustedes ciertamente les fue lícito vivir en sus estudios. Pues también tú, Trigecio, te deleitaste con los poemas de Virgilio, y Licencio estuvo vacante para componer versos, por cuyo amor está tan herido que por ello especialmente juzgué que debía introducir yo este sermón, por el cual en su ánimo la filosofía (pues ahora es el tiempo) usurpe y reivindique para sí una parte mayor, no solo que la poética, sino que cualquier otra disciplina".

CAPÍTULO II.

Si la fortuna es necesaria para el sabio.

2. "Pero les ruego, ¿no tuvieron lástima de nosotros, cuando anteayer nos habíamos ido a acostar de tal modo que nos levantáramos para la cuestión diferida, y ciertamente para nada más; porque surgieron tales cosas que necesariamente debían hacerse sobre el patrimonio familiar, que, estando totalmente ocupados en estas, apenas pudimos respirar en nosotros mismos en las dos últimas horas del día? Por lo cual siempre ha sido mi sentencia que para el hombre ya sabio no hay ninguna necesidad; mas para que se haga sabio, es muy necesaria la fortuna: a no ser que otra cosa le parezca a Alipio". Entonces él: "Cuánto derecho atribuyas a la fortuna, aún no lo conozco bien. Pues si para despreciar la fortuna, juzgas que es necesaria la fortuna misma, yo también me doy a ti como compañero en esta sentencia. Pero si no concedes a la fortuna nada más que aquellas cosas que no pueden suministrarse para la necesidad del cuerpo si ella misma no quiere; no pienso así. Pues o es lícito, resistiendo ella y a su pesar, a quien aún no es sabio, mas está deseoso de la sabiduría, tomar aquellas cosas que confesamos ser necesarias para la vida; o ha de concederse que también en toda la vida del sabio ella domina, puesto que ni el mismo sabio puede no carecer de aquellas cosas que son necesarias para el cuerpo".

3. Dicis ergo, inquam, fortunam esse necessariam studioso sapientiae, sapienti vero negas. Non ab re est eadem repetere, inquit. Itaque nunc etiam abs te quaero, utrum fortunam ad seipsam contemnendam aliquid juvare aestimes. Quod si arbitraris, dico sapientiae cupidum magnopere indigere fortuna. Arbitror, inquam, siquidem per illam erit talis, qualis eam possit contemnere. Nec absurdum est: nam sic etiam parvis nobis ubera necessaria sunt, quibus efficitur, ut sine his postea vivere, ac valere possimus. Sententias, ait, nostras si animi conceptio non dissonat, concordare mihi liquet: nisi forte discernendum cuiquam videtur quod vel fortunae vel uberum, non ipsa ubera seu fortuna, sed alia res quaedam nos faciat contemptores. Nihil magnum est, inquam, alio simili uti. Nam ut sine navi, vel quolibet vehiculo, aut omnino, ne vel ipsum Daedalum timeam, sine ullis ad hanc rem accommodatis instrumentis, aut aliqua occultiore potentia, Aegeum mare nemo transmittit; quamvis nihil aliud, quam pervenire proponat; quod cum ei evenerit, illa omnia quibus advectus est, paratus sit abjicere atque contemnere: ita quisquis ad sapientiae portum, et quasi firmissimum et quietissimum solum pervenire voluerit; quoniam, ut alia omittam, si caecus ac surdus fuerit, non potest, quod positum est in potestate fortunae, necessariam mihi videtur ad id, quod concupivit, habere fortunam. Quod cum obtinuerit, quamvis putetur indigere quibusdam rebus ad corporis valetudinem pertinentibus; illud tamen constat, non his opus esse ut sapiens sit, sed ut inter homines vivat. Imo, ait ille, si caecus ac surdus sit; et sapientiam adipiscendam, et ipsam vitam propter quam sapientia quaeritur, mea sententia, jure contemnet.

4. Tamen, inquam, cum ipsa vita nostra, qua hic vivimus, sit in potestate fortunae; nec nisi vivens quisque sapiens fieri possit: nonne fatendum est opus esse ejus favore, quo ad sapientiam pervehamur? Sed cum sapientia, inquit, non nisi viventibus sit necessaria, remotaque vita nulla sit indigentia sapientiae, nihil in propaganda vita pertimesco fortunam. Etenim quia vivo, propterea volo sapientiam, non quod sapientiam desidero, volo vitam. Unde fortuna si mihi abstulerit vitam, auferet causam quaerendae sapientiae. Nihil igitur habeo, cur ut fiam sapiens, aut favorem optem fortunae, aut impedimenta formidem, nisi alia fortasse protuleris. Tum ego: Non igitur censes sapientiae studiosum posse a fortuna, ne ad sapientiam perveniat, impediri, etiamsi ei non auferat vitam? Non arbitror, inquit.

CAPUT III.

Differunt sapiens et studiosus. Sapientem nonnihil scire, quia saltem scit sapientiam.

3. "Dices pues", dije, "que la fortuna es necesaria para el estudioso de la sabiduría, mas para el sabio lo niegas". "No es ajeno repetir las mismas cosas", dijo. "Y así ahora también te pregunto si estimas que la fortuna ayuda en algo para despreciarse a sí misma. Lo cual si juzgas, digo que el deseo de la sabiduría tiene gran necesidad de la fortuna". "Pienso así", dije, "si por cierto por ella será tal cual pueda despreciarla. Ni es absurdo: pues así también para nosotros cuando pequeños son necesarios los pechos, por los cuales se logra que después podamos vivir y valer sin ellos". "Si la concepción del ánimo no disuena", dijo él, "me es claro que nuestras sentencias concuerdan: a no ser que tal vez a alguien le parezca que ha de discernirse que no los pechos mismos o la fortuna, sino alguna otra cosa nos hace despreciadores de la fortuna o de los pechos". "No es gran cosa", dije, "usar otro semejante. Pues como sin una nave, o cualquier vehículo, o del todo (para que no tema ni al mismo Dédalo) sin ningunos instrumentos acomodados a este asunto, o alguna potencia más oculta, nadie atraviesa el mar Egeo, aunque no se proponga nada más que llegar; lo cual cuando le ha sucedido, está preparado para arrojar y despreciar todas aquellas cosas por las cuales fue transportado: así quienquiera que quisiere llegar al puerto de la sabiduría, y como a un suelo firmísimo y quietísimo; puesto que, por omitir otras cosas, si fuera ciego y sordo no puede, lo cual está puesto en el poder de la fortuna, me parece que tiene como necesaria la fortuna para aquello que deseó. Lo cual cuando hubiere obtenido, aunque se piense que carece de ciertas cosas pertenecientes a la salud del cuerpo; sin embargo consta aquello, que no hay necesidad de estas para que sea sabio, sino para que viva entre los hombres". "Al contrario", dijo él, "si fuera ciego y sordo, tanto el alcanzar la sabiduría como la vida misma por la cual se busca la sabiduría, en mi sentencia, justamente las despreciará".

4. "Sin embargo", dije, "siendo que esta misma vida nuestra, por la cual vivimos aquí, está en el poder de la fortuna; y no pudiendo nadie hacerse sabio sino viviendo: ¿no ha de confesarse que hay necesidad de su favor, por el cual seamos transportados a la sabiduría?" "Pero siendo que la sabiduría", dijo, "no es necesaria sino para los que viven, y quitada la vida no hay ninguna indigencia de sabiduría, en nada temo a la fortuna en propagar la vida. Pues porque vivo, por eso quiero la sabiduría, no porque deseo la sabiduría, quiero la vida. Por lo cual si la fortuna me quitara la vida, quitará la causa de buscar la sabiduría. Nada tengo pues por qué, para que me haga sabio, o desee el favor de la fortuna, o tema sus impedimentos, a no ser que tal vez presentes otras cosas". Entonces yo: "¿No juzgas pues que el estudioso de la sabiduría puede ser impedido por la fortuna, para que no llegue a la sabiduría, aunque no le quite la vida?" "No lo juzgo", dijo.

CAPÍTULO III.

Difieren el sabio y el estudioso. Que el sabio sabe algo, porque al menos conoce la sabiduría.

5. Volo, inquam, mihi paululum aperias, quid tibi inter sapientem et philosophum distare videatur? Sapientem a studioso, ait, nulla re differre arbitror; nisi quod quarum rerum in sapiente quidam habitus inest, earum est in studioso sola flagrantia. Quae sunt tandem istae res, inquam? Nam mihi nihil aliud videtur interesse, nisi quod alter scit sapientiam, alter scire desiderat. Si scientiam, inquit, modesto fine determinas, ipsam rem planius clocutus es. Quoquo modo, inquam, eam determinem, illud omnibus placuit, scientiam falsarum rerum esse non posse. In hoc mihi, inquit ille, visa fuit objicienda praescriptio, ne inconsiderata consensione mea facile in principalis illius quaestionis campis tua equitaret oratio. Plane, inquam, mihi nihil ubi equitare possem reliquisti. Nam nisi fallor, quod jamdudum molior, ad ipsum finem pervenimus. Si enim, ut subtiliter vereque dixisti, nihil inter sapientiae studiosum et sapientem interest, nisi quod iste amat, ille autem habet sapientiae disciplinam; unde etiam nomen ipsum, id est, habitum quemdam exprimere non cunctatus es; nemo autem habere disciplinam potest in animo, qui nihil didicit; nihil autem didicit, qui nihil novit; et nosse falsum nemo potest: novit igitur sapiens veritatem, quem disciplinam sapientiae habere in animo, id est habitum jam ipse confessus es. Nescio, inquit, cujus impudentiae sim, si habitum inquisitionis divinarum humanarumque rerum esse in sapiente confessum me negare voluero. Sed qui tibi videatur inventorum probabilium habitus non esse, non video. Concedis mihi, inquam, falsa neminem scire? Facile id quidem, inquit. Dic jam si potes, inquam, sapientem nescire sapientiam. Quid enim, ait, hoc limite universa concludis, ut videri sibi non possit, comprehendisse se sapientiam? Da, inquam, dexteram. Nam si meministi, hoc est quod heri me dixi effecturum, quod nunc non a me conclusum, sed a te ultro mihi oblatum esse gaudeo. Nam cum inter me et Academicos hoc interesse dixissem, quod illis probabile visum est veritatem non posse comprehendi; mihi autem nondum quidem a me inventam, inveniri tamen posse a sapiente videatur: nunc tu cum mea interrogatione urgereris, utrum sapiens nesciat sapientiam, Videtur sibi scire, dixisti. Quid tum postea, inquit? Quia si videtur sibi, inquam, scire sapientiam, non ei videtur nihil scire posse sapientem. Aut si sapientia nihil est, volo affirmes.

5. "Quiero", dije, "que me abras un poquito, ¿qué te parece que dista entre el sabio y el filósofo?". "Pienso que el sabio no difiere en nada del estudioso", dijo, "sino en que de aquellas cosas de las que en el sabio hay un cierto hábito, en el estudioso hay sola fragancia". ¿Cuáles son, por fin, esas cosas?", dije. "Pues a mí nada más me parece interesar, sino que uno sabe la sabiduría, el otro desea saberla". "Si determinas la ciencia con un fin modesto", dijo él, "has expresado la cosa misma más llanamente". "De cualquier modo", dije, "que yo la determine, aquello plugo a todos, que no puede haber ciencia de cosas falsas". "En esto", dijo él, "me pareció que debía objetarse una prescripción, no sea que por mi inconsiderado asentimiento navegara fácilmente tu oración en los campos de aquella cuestión principal". "Claramente", dije, "no me dejaste nada por donde pudiera navegar. Pues si no me engaño, hemos llegado al fin mismo, por el que hace tiempo trabajo. Pues si, como sutil y verdaderamente dijiste, nada interesa entre el estudioso de la sabiduría y el sabio, sino que aquel ama, mas este tiene la disciplina de la sabiduría; de donde incluso no dudaste en expresar el nombre mismo, esto es, un cierto hábito; mas nadie puede tener disciplina en el ánimo, que nada ha aprendido; mas nada ha aprendido, quien nada conoce; y conocer lo falso nadie puede: conoce pues el sabio la verdad, de quien tú mismo ya has confesado que tiene la disciplina de la sabiduría en el ánimo, esto es, un hábito". "No sé", dijo, "de qué impudencia sería, si quisiera negar haber confesado que el hábito de la inquisición de las cosas divinas y humanas está en el sabio. Pero por qué te parezca que no es hábito de hallazgos probables, no lo veo". ¿Me concedes", dije, "que nadie conoce lo falso?". "Eso fácilmente por cierto", dijo él. "Di ya si puedes", dije, "que el sabio ignora la sabiduría". ¿Por qué pues", dijo él, "¿concluyes por este límite todas las cosas, de modo que no pueda parecerle a él mismo que ha comprendido la sabiduría?". "Dame", dije, "la diestra. Pues si recuerdas, esto es lo que dije ayer que lograría, lo cual ahora me gozo de que no ha sido concluido por mí, sino ofrecido por ti espontáneamente. Pues habiendo dicho que este interés existe entre mí y los académicos, que a ellos les pareció probable que la verdad no puede ser comprendida; mas a mí, aunque aún no ha sido encontrada por mí, sin embargo me parece que puede ser encontrada por el sabio: ahora tú, cuando eras urgido por mi interrogación si el sabio ignora la sabiduría, dijiste: 'Le parece a él saberla'. ¿Qué pues después?", dijo él. "Porque si le parece a él", dije, "que sabe la sabiduría, no le parece a él que el sabio nada pueda saber. O si la sabiduría nada es, quiero que lo afirmes".

6. Crederem vere, inquit, ad calcem nos finemque venisse; sed repente cum dexteram interposuisti, disjunctissimos nos esse et in longum progressos video: videlicet quod hesterno die a nobis nulla alia quaestio constituta videbatur, nisi quod sapientem ad comprehensionem veri pervenire posse, affirmante te, ego negaveram: nunc vero nihil me opinor concessisse tibi, quam videri posse sapienti probabilium rerum se consecutum esse sapientiam: quam tamen sapientiam in investigatione divinarum humanarumque rerum me constituisse nulli nostrum arbitror dubium. Non, inquam, ideo quia involvis, evolveris: videris enim jam mihi exercendi tui causa disputare. Et quia bene nosti istos adolescentulos vix adhuc posse discernere quae acute ac subtiliter disseruntur, tanquam judicum abuteris ignorantia, ut tibi quantumlibet loqui nullo liceat reclamante. Nam paulo ante dixisti, cum quaererem utrum sciret sapiens sapientiam, scire sibi videri. Cui ergo videtur sapientem, scire sapientiam, non utique videtur nihil scire sapientem. Hoc enim contendere non potest, nisi quisquam dicere audeat, nihil esse sapientiam. Ex quo fit, ut jam hoc tibi, quod etiam mihi, videatur; nam mihi videtur sapientem non nihil scire, et tibi, opinor, cui placet, videri sapienti sapientem scire sapientiam. Tum ille, Non magis me ingenium exercere velle quam te, arbitror; et id miror, non enim tibi ulla in hanc rem exercitatione opus est. Nam mihi adhuc fortasse caeco videtur interesse inter videri sibi scire, et scire; et inter sapientiam quae in investigatione posita est, et veritatem: quae a nobis cum alterutra dicantur, sibi quemadmodum quadrent non invenio. Tum ego, cum jam ad prandium vocaremur; Non, inquam, mihi quod tantum reniteris displicet: aut enim ambo nescimus quid loquamur, et danda est opera ne tam turpes simus; aut unus nostrum, quod item relinquere atque negligere non minus turpe est: sed pomeridianis horis rediemus ad invicem. Mihi enim cum videretur jam nos ad calcem pervenisse, pugnoscere etiam miscuisti. Hic cum arrisissent, discessimus.

DISPUTATIO SECUNDA.

CAPUT IV.---Rursus quod sapiens non est qui nihil scit.

6. "Creería verdaderamente", dijo él, "que habíamos llegado a la meta y al fin; pero de repente, cuando interpusiste las diestras, veo que estamos muy desunidos y que hemos progresado a lo largo: a saber, porque ayer ninguna otra cuestión parecía haber sido establecida por nosotros, sino que, afirmando tú que el sabio puede llegar a la comprensión de lo verdadero, yo lo había negado: mas ahora opino que nada te he concedido, sino que puede parecerle al sabio que ha alcanzado la sabiduría de las cosas probables: la cual sabiduría, sin embargo, para ninguno de nosotros es duda que la constituí en la investigación de las cosas divinas y humanas". "No por eso", dije, "porque te envuelves, te desenvuelves: pues me parece que ya disputas por causa de ejercitarte. Y porque bien conoces que estos jovencitos apenas pueden todavía discernir lo que se discurre aguda y sutilmente, abusas, por así decir, de la ignorancia de los jueces, para que te sea lícito hablar cuanto quieras sin que nadie reclame. Pues poco antes dijiste, cuando preguntaba si el sabio conocía la sabiduría, que le parecía saberla. A quien pues le parece que el sabio conoce la sabiduría, no le parece en absoluto que el sabio nada conoce. Pues esto no puede ser sostenido, a no ser que alguien se atreva a decir que la sabiduría nada es. De lo cual resulta que ya te parece esto, que también a mí; pues a mí me parece que el sabio no nada sabe, y a ti, opino, a quien place que le parezca al sabio que el sabio conoce la sabiduría". Entonces él: "No pienso que yo quiera ejercitar mi ingenio más que tú; y me maravillo de eso, pues no te es necesaria ninguna ejercitación en este asunto. Pues a mí, tal vez todavía ciego, me parece que interesa entre 'parecerse a sí mismo saber' y 'saber'; y entre 'la sabiduría que está puesta en la investigación' y 'la verdad': las cuales cuando son dichas por nosotros con una u otra, no encuentro cómo cuadren entre sí". Entonces yo, como ya fuéramos llamados al almuerzo: "No me disgusta", dije, "que te resistas tanto: pues o ambos ignoramos qué hablamos, y hay que poner empeño para no ser tan torpes; o uno de nosotros, lo cual igualmente dejarlo y descuidarlo no es menos torpe: pero en las horas de la tarde volveremos el uno al otro. Pues cuando me parecía que ya habíamos llegado a la meta, incluso mezclaste los puños". Aquí, habiendo reído ellos, nos retiramos.

SEGUNDA DISPUTA.

CAPÍTULO IV.---Nuevamente que no es sabio quien nada sabe.

7. Et cum redissemus, invenimus Licentium, cui nunquam sitiendi Helicon subvenisset, excogitandis versibus inhiantem. Nam de medio pene prandio, quamvis nostri prandii idem initium qui finis fuit, clam surrexerat, nihilque biberat. Cui ego, Opto quidem, inquam, tibi ut istam poeticam quam concupisti, complectaris aliquando: non quod me nimis delectet ista perfectio; sed quod video te tantum exarsisse, ut nisi fastidio evadere ab hoc amore non possis; quod evenire post perfectionem facile solet. Deinde cum sis bene canorus, malim auribus nostris inculces tuos versus; quam ut in illis graecis tragoediis, more avicularum quas in caveis inclusas videmus, verba quae non intelligis cantes. Admoneo tamen ut pergas potum, si voles, et ad scholam redeas nostram, si tamen aliquid jam de te Hortensius et philosophia meretur, cui dulcissimas primitias jam vestro illo sermone libasti, qui te vehementius quam ista poetica incederat ad magnarum et vere fructuosarum rerum scientiam. Sed dum ad istarum disciplinarum, quibus excoluntur animi, circum revocare vos cupio; metuo ne vobis labyrinthus fiat, et prope me poenitet ab illo te impetu repressisse. Erubuit ille, discessitque ut biberet. Nam et multum sieiebat, et occasio dabatur evitandi me, plura fortasse atque asperiora dicturum.

8. Et cum rediisset, intentis omnibus, sic coepi: Itane est, Alypi, ut inter nos de re jam, ut mihi videtur, manifestissima non conveniat? Non mirum est, inquit, si quod tibi in promptu esse asseris, mihi obscurum sit: siquidem pleraque manifesta, possint aliis manifestiora, et item obscura quaedam, nonnullis obscuriora esse. Nam si et hoc tibi vere manifestum est, mihi crede, esse alium quemquam cui et hoc manifestum tuum manifestius sit; et item alium cui meum obscurum obscurius sit. Sed ne me perpugnacem diutius putes, obsecraverim ut hoc manifestum manifestius edisseras. Attende, inquam, quaeso diligenter, et quasi seposita paululum respondendi cura. Si enim bene me atque te novi, facile data opera clarebit quod dico, et alter alteri cito persuadebit. Dixistine tandem, an fortasse obsurdueram, videri sapienti se scire sapientiam? Annuit. Omittamus, inquam, paululum istum sapientem. Tu ipse sapiens es, an non? Nihil, inquit, minus. Volo tamen, inquam, respondeas mihi quid ipse sentias de sapiente Academico; utrumnam tibi videatur scire sapientiam? Utrum sibi, inquit, scire videatur an sciat, unumne an diversum putas? Metuo enim ne haec confusio cuiquam nostrum suffugium praebeat.

7. Y cuando regresamos, encontramos a Licencio, a quien el Helicón había socorrido nunca sediento, boquiabierto por los versos que debía imaginar. Pues casi desde la mitad del almuerzo, aunque de nuestro almuerzo fue el mismo el inicio que el fin, se había levantado a hurtadillas, y nada había bebido. Al cual yo: "Deseo por cierto", dije, "que alguna vez abracés esa poética que has deseado: no porque me deleite demasiado esa perfección; sino porque veo que de tal modo te has inflamado, que no puedes escapar de este amor sino por el fastidio; lo cual suele suceder fácilmente después de la perfección. Luego, siendo tú bien sonoro, preferiría que inculcaras a nuestros oídos tus versos, que no que en aquellas tragedias griegas, al modo de las avechillas que vemos encerradas en jaulas, cantes palabras que no entiendes. Te amonesto sin embargo que vayas a beber, si quieres, y regreses a nuestra escuela, si es que ya merecen algo de ti Hortensio y la filosofía, para la cual ya gustaste las dulcísimas primicias en aquel sermón vuestro, que te había incitado más vehementemente que esa poética al conocimiento de cosas grandes y verdaderamente fructuosas. Pero mientras deseo llamarlos de nuevo al circuito de aquellas disciplinas con las que se cultivan los ánimos, temo que se les vuelva un laberinto, y casi me arrepiento de haberte reprimido de aquel ímpetu". Se ruborizó él, y se retiró para beber. Pues tanto tenía mucha sed, como se daba la ocasión de evitarme, que tal vez diría más y más ásperas cosas.

8. Y habiendo regresado él, estando todos atentos, así comencé: "¿Es así, Alipio, que entre nosotros no convenga sobre una cosa ya, según me parece, manifestísima?" "No es de admirar", dijo él, "si lo que tú afirmas estarte a mano, me sea a mí oscuro: puesto que muchísimas cosas manifestas pueden ser más manifestas para otros, e igualmente ciertas cosas oscuras ser más oscuras para algunos. Pues si incluso esto te es verdaderamente manifiesto, créeme, hay algún otro para quien incluso esto manifiesto tuyo sea más manifiesto; e igualmente otro para quien mi oscuro sea más oscuro. Pero para que no me juzgues más tiempo demasiado pugnaz, te rogaría que explicaras este manifiesto más manifestamente". "Atiende, ruego, diligentemente", dije, "y como pospuesta por un momento la preocupación de responder. Pues si bien nos conozco a mí y a ti, fácilmente aclarará lo que digo con el empeño puesto, y uno persuadirá al otro pronto. ¿Dijiste por fin, o tal vez me había quedado sordo, que le parece al sabio saber la sabiduría?" Asintió. "Omitamos por un momento", dije, "a ese sabio. ¿Tú mismo eres sabio, o no?" "Nada menos", dijo él. "Quiero sin embargo", dije, "que me respondas qué sientes tú mismo sobre el sabio académico; si por ventura te parece que conoce la sabiduría". "Si le parece a él mismo saber", dijo él, "¿o si sabe, piensas que es lo mismo o diverso? Pues temo que esta confusión ofrezca refugio a cualquiera de nosotros".

9. Hoc est, inquam, Tuscum illud jurgium quod dici solet, cum quaestioni intentatae non ejus solutio, sed alterius objectio videtur mederi. Quod etiam poeta noster (ut me aliquantum Licentii auribus dedam) decenter in Bucolico carmine hoc rusticanum et plane pastoricum esse judicavit, cum alter alterum interrogat, ubi coeli spatium non amplius quam tres ulnas pateat: ille autem, Dic quibus in terris inscripti nomina regum Nascantur flores. (Virg., Ecloga 3, vv. 105, 106.) Quod quaeso, Alypi, ne in villa nobis licere arbitreris: certe vel istae balneolae aliquam decoris gymnasiorum faciant recordationem: ad id, si placet, quod rogo, responde. Videturne tibi sapiens Academicorum scire sapientiam? Ne verba verbis referendo, inquit, in longum eamus, videtur videri sibi scire. Videtur ergo, inquam, tibi nescire? Nam enim ego quaero quid tibi videatur videri sapienti, sed utrum tibi videatur sapiens scire sapientiam. Potes, ut opinor, hic aut aiere, aut negare. O utinam, inquit, aut ita mihi facile esset ut tibi, aut ita tibi difficile ut mihi! nec tam molestus esses, nec in his quidquam sperares. Nam cum me interrogares, quid mihi de Academico sapiente videatur; respondi, videri mihi quod videatur sibi scire sapientiam, ne aut temere me scire affirmarem, aut illum non minus temere scire dicerem. Pro magno, inquam, beneficio mihi obsecro concedas primo, ut ad id quod ego, non ad id quod tu te interrogas respondere digneris. Deinde ut spem meam, quam tibi non minus curae, quam tuam esse certo scio, nunc paululum omittas. Certe si me ista interrogatione decepto, cito transibo in tuam partem, controversiamque finiemus. Postremo ut pulsa nescio qua sollicitudine, qua te tangi video, diligentius animadvertas, quo facile intelligas quid mihi abs te responderi velim. Dixisti enim ideo te non aut aiere aut negare, quod utique faciendum est ad id quod rogo, ne temere te scire dicas quod nescis: quasi vero ego quid scias quaesierim, et non quid tibi videatur. Itaque nunc idem planius (si tamen planius dici potest) interrogo: Videturne tibi scire sapientiam sapiens, an non videtur? Si inveniri, inquit, sapiens qualem ratio prodit, queat; potest mihi videri scire sapientiam. Ratio igitur, inquam, talem tibi prodit esse sapientem, qui sapientiam non ignoret: et recte isthuc. Non enim aliter decebat videri tibi.

10. Quaero ergo jam, utrum possit sapiens inveniri. Si enim potest, potest etiam scire sapientiam, omnisque quaestio inter nos dissoluta est. Si autem non posse dicis, jam non quaeretur utrum sapiens aliquid sciat, sed utrum sapiens quisquam esse possit. Quo constituto, jam recedendum erit ab Academicis, et tecum ista quaestio quantum valemus, diligenter cauteque versanda. Nam illis placuit, vel potius visum est, et esse posse hominem sapientem, et tamen in hominem scientiam cadere non posse. Quare illi sapientem nihil scire affirmarunt.

9. "Esta es", dije, "aquella querella toscana que suele decirse, cuando no la solución de ella, sino la objeción de otra parece remediar la cuestión intentada." Lo cual incluso nuestro poeta (para entregarme un tanto a los oídos de Licencio) juzgó decorosamente en un poema Bucólico ser rústico y llanamente pastoril, cuando uno interroga al otro dónde el espacio del cielo no se abra más de tres codos: mas él, 'Di en qué tierras nacen flores inscritas con los nombres de reyes'. Lo cual ruego, Alipio, que no juzgues que nos es lícito en la villa: ciertamente incluso estos bañitos hagan algún recuerdo del decoro de los gimnasios: responde, si place, a lo que pregunto. ¿Te parece que el sabio de los académicos conoce la sabiduría?" "Para que refiriendo palabras a palabras", dijo él, "no vayamos a lo largo, parece que le parece saber". ¿Te parece pues", dije, "¿que no sabe?" Pues yo no pregunto qué te parezca que le parece al sabio, sino si a ti te parece que el sabio conoce la sabiduría. Puedes, según opino, o decir que sí, o negar aquí". ¡Oh, ojalá!", dijo él, "¡o fuera tan fácil para mí como para ti, o tan difícil para ti como para mí! ni serías tan molesto, ni esperarías nada en estas cosas. Pues cuando me interrogabas qué me parece sobre el sabio académico; respondí que me parece que le parece saber la sabiduría, para no afirmar temerariamente que yo sé, ni decir no menos temerariamente que él sabe". "Como un gran beneficio", dije, "ruego que me concedas primero que te dignes responder a lo que yo, no a lo que tú, te interrogas. Luego que omitas por un momento ahora mi esperanza, la cual sé con certeza que no es menos cuidado para ti que la tuya. Ciertamente si me engañara por esta interrogación, pronto pasaré a tu parte, y terminaremos la controversia. Por último, que rechazada no sé qué solicitud por la que veo que estás tocado, atiendas más diligentemente, por lo cual entiendas fácilmente qué quiero que me sea respondido por ti. Pues dijiste que por eso no decías ni que sí ni que no, lo cual ciertamente ha de hacerse a lo que pregunto, para no decir temerariamente que sabes lo que ignoras: como si por cierto yo hubiera preguntado qué sabes, y no qué te parece. Así pues ahora interrogo lo mismo más llanamente (si es que puede decirse más llanamente): ¿Te parece que el sabio conoce la sabiduría, o no te parece?" "Si puede encontrarse", dijo él, "un sabio tal cual la razón lo presenta; puede parecerme que conoce la sabiduría". "La razón pues", dije, "te presenta que tal es el sabio, que no ignora la sabiduría: y rectamente eso. Pues no convenía que te pareciera de otro modo".

10. "Pregunto pues ya, si puede encontrarse un sabio. Pues si puede, puede también conocer la sabiduría, y toda la cuestión entre nosotros está disuelta. Mas si dices que no puede, ya no se preguntará si el sabio sabe algo, sino si alguien puede ser sabio. Lo cual establecido, ya habrá que apartarse de los académicos, y tratar contigo esa cuestión cuanto podamos, diligente y cautamente. Pues a ellos les plugo, o más bien les pareció, tanto que puede existir el hombre sabio, como sin embargo que en el hombre no puede caer la ciencia. Por lo cual ellos afirmaron que el sabio nada sabe.

Tibi autem videtur scire sapientiam, quod non est utique nihil scire. Simul enim placuit inter nos, quod etiam inter omnes veteres, interque ipsos Academicos, scire falsa neminem posse: unde illud jam restat, ut aut contendas nihil esse sapientiam, aut talem sapientem ab Academicis describi, qualem ratio non habet, fatearis.

CAPUT V.

Academicorum inane suffugium praecluditur.

11. Et his omissis consentias ut quaeramus, utrum possit homini talis provenire sapientia, qualem prodit ratio. Non enim aliam debemus, aut possumus recte vocare sapientiam. Etsi concedam, inquit, quod te magnopere niti video, sciri a sapiente sapientiam, et aliquid inter nos deprehensum quod sapiens possit percipere; tamen nequaquam mihi occurrit Academicorum labefactata omnis intentio. Prospicio enim defensionis eis locum non minimum reservatum, nec illam assensionis suspensionem esse praecisam, cum hoc ipso causae suae deesse non possint, quo convictos putas. Dicent enim usqueadeo nihil comprehendere, nullique rei assensionem praebendam, ut etiam hoc de nihil percipiendo, quod tota sibi pene vita usque ad te probabiliter persuaserant, nunc ista conclusione sibi extortum sit: ut sive tunc, sive nunc hujus argumenti vis tarditate ingenii mei, sive revera suo robore invicta sit, eos loco movere non possit, cum audacter affirmare adhuc valeant, ne nunc quidem ulli rei consentiendum esse. Forte enim aliquando contra hoc quoque nonnihil vel a se vel a quopiam reperiri posse, quod acute probabiliterque dicatur: suamque imaginem et quasi speculum quoddam in Proteo illo animadverti oportere, qui traditur eo solere capi quo minime caperetur, investigatoresque ejus nunquam eundem tenuisse, nisi indice alicujusmodi numine. Quod si adsit, et illam nobis veritatem quae tantum curae est demonstrare dignetur, ego quoque vel ipsis invitis, quod minime reor, illos superatos esse confitebor.

12. Bene habet, inquam; prorsus nihil amplius optavi. Nam videte, quaeso, bona mihi quot et quanta provenerint. Primum est, quod Academici jam sic convicti esse dicuntur, ut nihil eis restet ad defensionem, nisi quod fieri non potest. Quis enim hoc aut intelligere ullo modo, aut credere valeat, eum qui victus sit, eo ipso quo victus est, victorem se esse gloriari? Deinde si quid jam remanet cum his conflictionis, non ex eo est quod dicunt, nihil sciri posse, sed ex eo quod nulli rei assentiendum esse contendunt. Nunc itaque concordem sumus.

Mas a ti te parece que conoce la sabiduría, lo cual no es en absoluto nada saber. Pues al mismo tiempo plugo entre nosotros, lo cual también entre todos los antiguos y entre los mismos académicos, que nadie puede saber cosas falsas: de donde ya resta aquello, o que sostengas que la sabiduría nada es, o confiesas que tal sabio es descrito por los académicos cual la razón no tiene".

CAPÍTULO V.

Se precluye el vano refugio de los académicos.

11. "Y omitidas estas cosas, consiente que busquemos si puede sobrevenir al hombre tal sabiduría cual la razón presenta. Pues no debemos, ni podemos llamar rectamente sabiduría a otra". "Aunque concediera", dijo él, "lo que veo que pretendes grandemente, que la sabiduría es conocida por el sabio, y que algo ha sido aprehendido entre nosotros que el sabio pueda percibir; sin embargo de ningún modo me parece que haya sido sacudida toda la intención de los académicos. Pues preveo que les queda reservado un lugar de defensa no mínimo, ni que aquella suspensión del asentimiento haya sido cortada, puesto que no pueden faltar a esta misma causa suya por la que los piensas convictos. Pues dirán que hasta tal punto nada se comprende, y a ninguna cosa se ha de prestar asentimiento, que incluso esto sobre nada percibir, de lo cual casi por toda su vida hasta ti se habían persuadido probablemente, ahora les ha sido arrebatado por esta conclusión: de modo que ya sea entonces, ya ahora, la fuerza de este argumento sea invicta por la tardanza de mi ingenio, o verdaderamente por su propio vigor, no puede moverlos de su lugar, pudiendo todavía afirmar audazmente que ni aun ahora se ha de consentir a ninguna cosa. Pues tal vez alguna vez pueda encontrarse incluso contra esto algo por ellos o por alguien, que se diga aguda y probablemente: y que su imagen y como un cierto espejo debe advertirse en aquel Proteo, de quien se cuenta que suele ser atrapado por aquello por lo que menos sería atrapado, y que sus investigadores nunca lo sujetaron, sino por indicación de alguna divinidad. La cual si asistiera, y se dignara demostrarnos aquella verdad que es de tanto cuidado, yo también, incluso contra la voluntad de ellos, lo cual mínimamente creo, confesaré que han sido superados".

12. "Está bien", dije; "en absoluto nada más deseé. Pues vean, ruego, cuántos y cuán grandes bienes me han sobrevenido. El primero es que ya se dice que los académicos están tan convictos que nada les resta para su defensa, sino lo que no puede suceder. ¿Pues quién podría o entender esto de algún modo, o lograr creerlo, que aquel que ha sido vencido, por eso mismo por lo que ha sido vencido, se glorié de ser vencedor? Luego si algo queda ya de conflicto con estos, no es por aquello que dicen, que nada puede saberse, sino por aquello que sostienen que a ninguna cosa se ha de dar asentimiento. Ahora pues estamos concordes.

Nam ut mihi, ita etiam illis videtur, sapientem scire sapientiam. Sed tamen ab assensione illi temperandum monent. Videri enim sibi tantum dicunt; scire autem nullo modo: quasi ego me scire profitear. Mihi quoque videri istud dico: sum enim stultus, ut etiam ipsi, si nesciunt sapientiam. Approbare autem nos debere aliquid puto, id est, veritatem. De quo eos consulo utrum negent, id est, utrum eis placeat veritati assentiendum non esse. Nunquam hoc dicent, sed eam non inveniri asseverabunt. Ergo et hic ex nonnulla parte socium me tenant, quod utrisque non displicet, atque adeo necessario placet, consentiendum esse veritati. Sed quis eam demonstrabit, inquiunt? Ubi ego cum illis non curabo certare; satis mihi est quod jam probabile non est, nihil scire sapientem, ne rem absurdissimam dicere cogantur, aut nihil esse sapientiam, aut sapientiam nescire sapientem.

CAPUT VI.

Veritatem nisi divina ope non percipi.

13. Quis autem verum possit ostendere, abs te Alypi, dictum est, a quo ne dissentiam magnopere mihi laborandum est. Etenim numen aliquod aisti solum posse ostendere homini quid sit verum, cum breviter, tum etiam pie. Nihil itaque in hoc sermone nostro libentius audiui, nihil gravius, nihil probabilius, et, si id numen ut confido adsit, nihil verius. Nam et Proteus ille quanta abs te mentis altitudine commemoratus, quanta intentione in optimum philosophiae genus? Proteus enim ille, ut vos adolescentes non penitus poetas a philosophia contemnendos esse videatis, in imaginem veritatis inducitur. Veritatis, inquam, Proteus in carminibus ostentat sustinetque personam, quam obtinere nemo potest, si falsis imaginibus deceptus comprehensionis nodos vel laxaverit vel dimiserit. Sunt enim istae imagines, quae consuetudine rerum corporalium per istos quibus ad necessaria hujus vitae utimur sensus, nos etiam cum veritas tenetur, et quasi habetur in manibus, decipere atque illudere moliuntur. Hoc ergo tertium bonum mihi accidit, quod non invenio quanti aestimem. Mecum enim familiarissimus amicus meus, non solum de probabilitate humanae vitae, verum etiam de ipsa religione concordat, quod est veri amici manifestissimum indicium. Siquidem amicitia rectissime atque sanctissime definita est, rerum humanarum et divinarum cum benevolentia et charitate consensio.

CAPUT VII.

Augustinus Alypii hortatu habet deinceps orationem contra Academicos. Lepidus quidam locus Ciceronis refertur.

Pues como a mí, así también a ellos les parece que el sabio conoce la sabiduría. Pero sin embargo ellos amonestan que se ha de abstener del asentimiento. Pues dicen que solo les parece; mas que de ningún modo saben: como si yo profesara que sé. Digo que eso también me parece a mí: pues soy necio, como también ellos mismos, si no conocen la sabiduría. Pero pienso que debemos aprobar algo, esto es, la verdad. Sobre lo cual les consulto si lo niegan, esto es, si les place que no se ha de dar asentimiento a la verdad. Nunca dirán esto, sino que aseverarán que ella no se encuentra. Por lo cual también aquí me tienen por socio desde alguna parte, que a ambos no disgusta, y por tanto necesariamente place, que se ha de consentir a la verdad. Pero ¿quién la demostrará?, dicen. Donde yo no me cuidaré de certar con ellos; me basta que ya no es probable que el sabio nada sepa, para que no se vean compelidos a decir una cosa absurdísima, o que la sabiduría nada es, o que la sabiduría ignora al sabio".

CAPÍTULO VI.

La verdad no se percibe sino por la ayuda divina.

13. "Pero quién pueda mostrar lo verdadero, Alipio, ha sido dicho por ti, de quien debo trabajar grandemente por no disentir. Pues dijiste que solo alguna divinidad puede mostrar al hombre qué es lo verdadero, tanto breve como también piadosamente. Nada por tanto en este discurso nuestro he oído más de buen grado, nada más grave, nada más probable, y, si esa divinidad como confío asiste, nada más verdadero. Pues también aquel Proteo, ¡con cuánta altura de mente fue conmemorado por ti, con cuánta intención hacia el mejor género de la filosofía! Pues aquel Proteo, para que ustedes adolescentes vean que los poetas no han de ser despreciados del todo por la filosofía, es introducido como imagen de la verdad. La persona de la verdad, digo, Proteo ostenta y sostiene en los poemas, la cual nadie puede obtener si, engañado por falsas imágenes, o bien aflojara o bien soltara los nudos de la comprensión. Pues son esas imágenes las que, por la costumbre de las cosas corporales a través de estos sentidos que usamos para las necesidades de esta vida, se esfuerzan por engañarnos e ilusionarnos incluso cuando la verdad es retenida, y como si se tuviera en las manos. Este tercer bien por tanto me ha sucedido, el cual no encuentro en cuánto estimar. Pues conmigo mi amigo más familiar concuerda no solo sobre la probabilidad de la vida humana, sino incluso sobre la religión misma, lo cual es el indicio más manifiesto de un amigo verdadero. Puesto que la amistad ha sido definida rectísimamente y santísimamente como el consenso de las cosas humanas y divinas con benevolencia y caridad".

CAPÍTULO VII.

Agustín, por exhortación de Alipio, pronuncia en adelante una oración contra los académicos. Se refiere un cierto pasaje ameno de Cicerón.

14. Tamen ne aut Academicorum argumenta quasdam nebulas videantur offundere, aut doctissimorum virorum auctoritati, inter quos maxime Tullius non movere nos non potest, superbe nonnullis resistere videamur; si vobis placet, prius pauca contra eos disseram, quibus videntur disputationes illae adversari veritati. Deinde ut mihi videtur, ostendam quae causa fuerit Academicis occultandae sententiae suae. Itaque, Alypi, quamvis te totum in meis partibus videam, tamen suscipe pro his paululum, mihi que responde. Quoniam hodie, inquit, auspicato, ut aiunt, processisti, non impediam plenissimam victoriam tuam, et partes illas jam securius, quo abs te imponuntur, tentabo suscipere; si tamen hoc quod interrogationibus te acturum esse significas, in orationem perpetuam (si tibi commodum est) malis convertere; ne vere ut pertinax adversarius, quod a tua humanitate longissimum est, minutis illis telis abs te jam captivus excrucier.

15. Atque ego cum et illos hoc exspectare animadverterem, quasi aliud ingressus exordium: Morem, inquam, vobis geram. Et quamvis post illum laborem scholae rhetoricae in hac me levi armatura nonnihil requieturum esse praesumpseram, ut interrogando ista potius agerem quam dicendo; tamen quia et paucissimi sumus, ut clamare mihi contra valetudinem meam non sit necesse; et istum stilum causa ejusdem salutis quasi aurigam moderatoremque sermonis mei esse volui, ne concitatus rapiar animo quam cura corporis poscit: perpetua, ut vultis, oratione audite quid sentiam. Sed primo illud videamus quale sit, unde amatores Academicorum gloriari nimium solent. Nam est in libris Ciceronis, quos in hujus causae patrocinium scripsit, locus quidam, ut mihi videtur, mira urbanitate conditus, ut nonnullis autem, etiam firmitate roboratus. Difficile est prorsus, ut quemquam non moveat, quod ibi dictum est, Academico sapienti ab omnibus caeterarum sectarum qui sibi sapientes videntur, secundas partes dari, cum primas sibi quemque vindicare necesse sit. Ex quo posse probabiliter confici, eum recte primum esse iudicio suo, qui omnium caeterorum iudicio sit secundus.

16. Fac enim, verbi causa, Stoicum adesse sapientem; nam contra eos potissimum Academicorum exarsit ingenium: ergo Zeno vel Chrysippus si interrogentur, quis sit sapiens; respondebit eum esse quem ipse descripserit. Contra Epicurus vel quis alius adversariorum negabit, suumque potius peritissimum voluptatum aucupem sapientem esse contendet. Inde ad jurgium: clamat Zeno, et tota illa porticus tumultuatur, hominem natum ad nihil esse aliud quam honestatem; ipsam suo splendore in se animos ducere, nullo prorsus commodo extrinsecus posito et quasi lenocinante mercede: voluptatemque illam Epicuri solis inter se pecoribus esse communem; in quorum societatem et hominem et sapientem trudere nefas esse.

14. "Sin embargo, para que ni los argumentos de los académicos parezcan difundir ciertas nieblas, ni parezcamos resistir soberbiamente ante algunos a la autoridad de hombres doctísimos, entre los cuales especialmente Tulio no puede dejar de movernos; si les place, primero disertaré unas pocas cosas contra ellos, a quienes esas disputas parecen ser adversas a la verdad. Luego, según me parece, mostraré cuál fue la causa de los académicos para ocultar su sentencia. Por tanto, Alipio, aunque te veo todo de mi parte, sin embargo asume por estos un poco, y respóndeme". "Puesto que hoy", dijo él, "has procedido bajo buenos auspicios, como dicen, no impediré tu completísima victoria, e intentaré asumir ya más con seguridad esas partes en cuanto me son impuestas por ti; si sin embargo esto que indicas que harás por interrogaciones, prefieres convertirlo en una oración continua (si te es cómodo); para que verdaderamente como adversario pertinaz, lo cual es ajeno a tu humanidad, ya cautivo no sea torturado por ti con esos dardos menudos".

15. Y yo, al advertir que ellos también esperaban esto, como habiendo ingresado en otro exordio: "Haré su voluntad", dije. "Aunque después de aquel trabajo de la escuela de retórica había presumido que descansaría algo en esta armadura ligera, para hacer estas cosas más bien interrogando que hablando; sin embargo, porque somos también muy pocos, de modo que no me sea necesario clamar contra mi salud; y he querido que este estilo fuera como el auriga y moderador de mi discurso por causa de la misma salud, para que no sea arrebatado en mi ánimo más excitadamente de lo que pide el cuidado del cuerpo: oigan en oración continua, como quieren, qué siento. Pero primero veamos de qué clase sea aquello de donde los amantes de los académicos suelen gloriarse demasiado. Pues hay en los libros de Cicerón, que escribió para el patrocinio de esta causa, un cierto pasaje, según me parece, sazonado con maravillosa urbanidad, y según parece a algunos, incluso robustecido por la firmeza. Es difícil en absoluto que no mueva a cualquiera lo que allí se dice, que al sabio académico se le dan las segundas partes por todos los de las demás sectas que se creen sabios, puesto que es necesario que cada uno se reivindique para sí las primeras. De lo cual puede concluirse probablemente, que es rectamente primero en su juicio el que es segundo en el juicio de todos los demás".

16. "Pues supón, por poner un ejemplo, que está presente un sabio estoico; pues contra ellos principalmente se encendió el ingenio de los académicos: por tanto, si se pregunta a Zenón o a Crisipo quién es sabio, responderá que es aquel a quien él mismo ha descrito. Por el contrario, Epicuro o cualquier otro de los adversarios lo negará, y sostendrá más bien que su propio y peritísimo cazador de placeres es el sabio. De ahí al altercado: clama Zenón, y toda aquella pórtico se alborota, diciendo que el hombre no ha nacido para otra cosa que para la honestidad; que ella por su propio esplendor atrae hacia sí las mentes, sin ningún provecho puesto fuera en absoluto y como recompensa alcahueta: y que aquel placer de Epicuro es común solo entre las bestias; a cuya sociedad es un nefas empujar tanto al hombre como al sabio.

Contra ille convocata de hortulis in auxilium quasi libera turba temulentorum, quaerentium tamen quem incomptis unguibus bacchantes asperoque ore discerpant, voluptatis nomen, suavitatem, quietem, teste populo, exaggerans, instat acriter, ut nisi ea beatus nemo esse posse videatur. In quorum rixam si Academicus incurrerit, utrosque audiet trahentes se ad suas partes: sed si in illos aut in istos concesserit, ab eis quos deserit, insanus, imperitus, temerariusque clamabitur. Itaque cum et hac et illac aurem diligenter admoverit, interrogatus quid ei videatur, dubitare se dicet. Roga nunc stoicum, quis sit melior; Epicurusne qui delirare illum clamat, an Academicus qui sibi adhuc de re tanta deliberandum esse pronuntiat. Nemo dubitat Academicum praelatum iri. Rursus te ad illum converte, et quaere quem magis amet; Zenonem, a quo bestia nominatur; an Archesilam, a quo audit: Tu fortasse verum dicis, sed requiram diligentius. Nonne apertum est totam illam porticum insanam, Academicos autem prae illis modestos cautosque homines videri Epicuro? Ita peraeque prope de omnibus sectis copiosissime Cicero jucundissimum legentibus quasi spectaculum praebet, velut ostendens nullum illorum esse qui non cum sibi primas partes dederit, quod necesse est, secundas ei dicat dare, quem non repugnare, sed dubitare conspexerit. In quo ego nihil adversabor, nec eis ullam gloriam auferam. Videatur sane quibuslibet Cicero hic non jocatus, sed inania et ventosa quaedam, quod ab ipsorum Graeculorum levitate abhorret, sequi et colligere voluisse.

CAPUT VIII.

Redarguitur locus e Cicerone allatus.

17. Quid enim me impedit, quin si huic vanitati resistere velim, facile ostendam quanto minus malum sit indoctum esse quam indocilem? Unde fit ut cum se ille Academicus jactanticulus quasi discipulum singulis dederit, nemoque illi quod se scire putat, persuadere potuerit; magna illorum postea consensione rideatur. Jam enim quisque alium quemlibet adversariorum suorum nihil didicisse, hunc vero nihil posse discere judicabit. Ex quo deinceps de omnium scholis non ferulis, quod esset deformius quam molestius, sed illorum palliatorum clavis et fustibus projicietur.

Contra aquel, el otro, convocada desde los jardincillos en su auxilio una turba como libre de ebrios, buscando sin embargo a quién despedazar con uñas descuidadas mientras andan de baccantes y con boca áspera, exagerando el nombre del placer, la suavidad, la quietud, con el pueblo por testigo, insta con fuerza, de modo que nadie parece poder ser feliz sino por ella. En cuya riña si el académico incurriera, oír a ambos arrastrándolo hacia sus partes: pero si concediera a aquellos o a estos, por los que abandona será gritado como insano, imperito y temerario. Por tanto, cuando haya aplicado diligentemente el oído aquí y allá, preguntado qué le parece, dirá que duda. Pregunta ahora al estoico quién es mejor: si Epicuro, que clama que él delira, o el académico, que pronuncia que todavía debe deliberar sobre cosa tan grande. Nadie duda que el académico será preferido. Vuélvete de nuevo a aquel y busca a quién ama más: si a Zenón, por quien es llamado bestia, o a Arcesilao, de quien oye: 'Tú tal vez dices la verdad, pero buscaré más diligentemente'. ¿No es evidente que todo aquel pórtico parece insano, pero los académicos ante ellos parecen hombres modestos y cautos a Epicuro? Así igualmente sobre casi todas las sectas, Cicerón copiosísimamente ofrece a los lectores como un espectáculo agradabilísimo, como mostrando que no hay ninguno de ellos que, habiéndose dado a sí mismo las primeras partes, lo cual es necesario, no diga dar las segundas a aquel que ha visto no repugnar, sino dudar. En lo cual yo nada me opondré, ni les quitaré gloria alguna. Parezca pues a quienesquiera que Cicerón aquí no bromeó, sino que quiso seguir y recoger ciertas cosas vanas y ventosas, lo cual aborrece de la levedad de los mismos griecillos".

CAPÍTULO VIII.

Se refuta el pasaje traído de Cicerón.

17. "¿Pues qué me impide, si quisiera resistir a esta vanidad, mostrar fácilmente cuánto menor mal es ser indocto que ser indócil? De donde sucede que cuando aquel académicuelo jactancioso se ha dado como discípulo a cada uno, y nadie ha podido persuadirle de lo que cree saber, sea después escarnecido por el gran consenso de aquellos hombres. Pues ya cada uno juzgará que cualquier otro de sus adversarios nada ha aprendido, pero que este nada puede aprender. De donde en adelante será proyectado de las escuelas de todos, no con férulas, lo cual sería más deforme que molesto, sino con las clavas y bastones de aquellos palidados.

Non enim magnum negotium erit, contra communem pestem velut Herculea quaedam postulare auxilia Cynicorum. Si autem ista vilissima gloria cum his certare libeat, quod philosophanti mihi jam quidem, sed nondum sapienti faciliore venia concedendum est; quid habebunt quod possint refellere? Ecce enim faciamus me atque Academicum in illas lites philosophorum irruisse: omnes prorsus adsint, exponant breviter pro tempore sententias suas. Quaeratur de Carneade quid sentiat. Dubitare se dicet. Itaque illum singuli praeferent caeteris. Ergo omnes omnibus: magna nimirum atque altissima gloria. Quis istum nolit imitari? et ego itaque interrogatus, idem respondebo; par erit laus. Ea igitur gloria gaudet sapiens, in qua illi stultus aequatur? Quid si cum etiam facile superat? Nihilne agit pudor? Nam istum Academicum jam de iudicio discedentem tenebo. Quippe avidior huiusmodi victoriae stultitia est. Ergo eo retento prodam iudicibus quod ignorant, et dicam: Ego, viri optimi, hoc cum isto commune habeo, quod dubitat quis vestrum verum sequatur. Sed habemus etiam proprias sententias, de quibus peto iudicetis. Nam mihi incertum est quidem, quamvis audierim decreta vestra, ubi sit verum: sed ideo quod qui sit in vobis sapiens, ignoro. Iste autem etiam ipsum sapientem negat aliquid scire, ne ipsam quidem, unde sapiens dicitur, sapientiam. Quis non videat palma illa cuius sit? Nam si hoc adversarius meus dixerit, vincam gloria; si autem erubescens confessus fuerit sapientem scire sapientiam, vincam sententia.

CAPUT IX.

Zenonis definitio discutitur.

18. Sed ab hoc jam litigioso tribunali secedamus in aliquem locum, ubi nobis nulla turba molesta sit; atque utinam in ipsam scholam Platonis, quae nomen ex eo dicitur accepisse, quod a populo sit secreta: hic jam non de gloria, quod leve ac puerile est, sed de ipsa vita, et de aliqua spe animi beati, quantum inter nos possumus, disseramus. Negant Academici sciri aliquid posse. Unde hoc vobis placuit, studiosissimi homines atque doctissimi? Movit nos, inquiunt, definitio Zenonis. Cur quaeso? Nam si vera est, nonnihil veri novit, qui vel ipsam novit; sin falsa, non debuit constantissimos commovere. Sed videamus quid ait Zeno. Tale scilicet visum comprehendi et percipi posse, quale cum falso non haberet signa communia. Hoccine te movit, homo Platonicus, ut omnibus viribus ab spe discendi studiosos retraheres, ut totum negotium philosophandi adjuvante quodam etiam mentis ingemiscendo torpore desererent?

Pues no será gran negocio reclamar contra la peste común ciertos auxilios hercúleos de los cínicos. Pero si pluguiera contender con estos sobre esa vilísima gloria, lo cual ciertamente a mí que ya filosofo, pero aún no soy sabio, se me ha de conceder con más fácil perdón, ¿qué tendrán que puedan refutar? Pues he aquí, supongamos que yo y el académico hemos irrumpido en esas contiendas de los filósofos: asistan todos en absoluto, expongan brevemente según el tiempo sus sentencias. Pregúntese a Carneades qué siente. Dirá que duda. Por tanto cada uno le preferirá a los demás. Por tanto todos a todos: gran por cierto y altísima gloria. ¿Quién no querría imitarle? Y yo pues interrogado, responderé lo mismo; la alabanza será igual. ¿Se goza pues el sabio en esa gloria en la que el necio se le iguala? ¿Qué si incluso fácilmente le supera? ¿Nada hace el pudor? Pues ya retendré a ese académico que se retira del juicio. Porque la estulticia es más ávida de una victoria de este género. Por tanto, retenido él, expondré a los jueces lo que ignoran, y diré: 'Yo, varones óptimos, tengo esto en común con este, que duda cuál de ustedes sigue lo verdadero. Pero tenemos también sentencias propias, sobre las cuales pido que juzguen. Pues para mí es incierto ciertamente, aunque he oído sus decretos, dónde está lo verdadero: pero por esto, porque ignoro quién de entre ustedes es sabio. Este, sin embargo, niega que incluso el mismo sabio sepa algo, ni siquiera la sabiduría misma, de donde es llamado sabio'. ¿Quién no verá de quién es aquella palma? Pues si mi adversario dijera esto, venceré en gloria; si sin embargo, avergonzado, confesara que el sabio conoce la sabiduría, venceré en la sentencia".

CAPÍTULO IX.

Se discute la definición de Zenón.

18. "Pero alejémonos ya de este tribunal litigioso a algún lugar donde ninguna turba nos sea molesta; y ¡ojalá fuera a la misma escuela de Platón!, que se dice haber recibido el nombre de esto, de que está secreta del pueblo: aquí ya no sobre la gloria, lo cual es leve y pueril, sino sobre la vida misma y sobre alguna esperanza de un ánimo bienaventurado, cuanto podamos entre nosotros, disertemos. Niegan los académicos que algo pueda saberse. ¿De dónde les plugo esto, hombres estudiosísimos y doctísimos? Nos movió, dicen, la definición de Zenón. ¿Por qué, ruego? Pues si es verdadera, algo de lo verdadero conoce quien conoce incluso ella misma; si falsa, no debió mover a hombres constantísimos. Pero veamos qué dice Zenón. A saber, que tal visión puede ser comprendida y percibida, cual no tuviera signos comunes con lo falso. ¿Esto te movió, hombre platónico, para que con todas tus fuerzas retiraras de la esperanza a los estudiosos de aprender, para que abandonaran todo el negocio de filosofar ayudando incluso un cierto torpor de la mente digno de ser gemido?

19. Sed quomodo illum non permoveret, si et nihil tale inveniri potest, et nisi quid tale est, percipi non potest? hoc si ita est, dicendum potius erat, non posse in hominem cadere sapientiam, quam sapientem nescire cur vivat, nescire quemadmodum vivat, nescire utrum vivat; postremo, quo perversius magisque delirum et insanum dici nihil potest, simul et sapientem esse, et ignorare sapientiam. Quid enim est durius, hominem non posse esse sapientem, an sapientem nescire sapientiam? Nihil hinc disputandum est, si res ipsa ita posita satis non est ad dijudicandum. Sed illud forte si diceretur, penitus homines a philosophando averterentur: nunc vero inducendi sunt sapientiae dulcissimo ac sanctissimo nomine, ut cum contrita aetate nihil didicerint, postea te summis execrationibus prosequantur, quem relictis saltem voluptatibus corporis, ad animi tormenta sunt secuti.

20. Sed videamus per quem potius a philosophia deterreantur. Per eumne qui dixerit: Audi, amice; philosophia non ipsa sapientia, sed studium sapientiae vocatur, ad quam te si contuleris, non quidem dum hic vivis sapiens eris (est enim apud Deum sapientia, nec provenire homini potest), sed cum te tali studio satis exercueris atque mundaveris, animus tuus ea post hanc vitam, id est, cum homo esse desieris, facile perfruetur? An per eum qui dixerit: Venite, mortales, ad philosophiam; magnus hic fructus est: quid enim homini sapientia charius? venite igitur ut sapientes sitis, et sapientiam nesciatis? Non, inquit, a me ita dicitur. Hoc est decipere, nam nihil aliud apud te invenietur. Ita fit ut si hoc dixeris, fugiant tanquam insanum; si alio modo ad hoc adduxeris, facias insanos. Sed credamus, propter utramque sententiam aequae homines nolle philosophari. Si aliquid philosophiae perniciosum Zenonis definitio dicere cogebat, nu homo, idne homini dicendum fuit, unde se doloret; an id, unde te derideret?

21. Tamen quod Zeno definivit, quantum stulti possumus, discutiamus. Id visum ait posse comprehendere, quod sic appareret, ut falsum apparere non posset. Manifestum est, nihil aliud in perceptionem venire. Hoc et ego, inquit Archesilas, video, et hoc ipso doceo nihil percipi. Non enim tale aliquid inveniri potest. Fortasse abs te, atque ab aliis stultis: at a sapiente cur non potest? Quanquam et ipsi stulto nihil responderi posse arbitror, si tibi dicat ut illo memorabili acumine tuo hanc ipsam Zenonis definitionem refellas, et ostendas eam etiam falsam esse posse: quod si non potueris, hanc ipsam quam percipias habes; si autem refelleris, unde a percipiendo impediaris non habes. Ego eam refelli posse non video, et omnino verissimam iudico. Itaque cum eam scio, quamvis sim stultus, nonnihil scio. Sed fac illam cedere versutiae tuae. Utar complexione securissima.

19. ¿Pero cómo no le movería, si ni nada tal puede encontrarse, y a menos que algo sea tal, no puede percibirse? Si esto es así, debió decirse más bien que no puede caer en el hombre la sabiduría, que el que el sabio ignore por qué vive, ignore de qué modo vive, ignore si vive; finalmente, de lo cual nada más perverso y más delirante e insano puede decirse, que a la vez sea sabio e ignore la sabiduría. ¿Pues qué es más duro, que el hombre no pueda ser sabio, o que el sabio ignore la sabiduría? Nada ha de disputarse desde aquí, si la cosa misma así puesta no es suficiente para juzgar. Pero aquello tal vez si se dijera, los hombres se apartarían del todo de filosofar: ahora pues han de ser atraídos por el dulcísimo y santísimo nombre de la sabiduría, para que cuando, consumida la edad, nada hayan aprendido, después te persigan con las más altas execraciones, a quien siguieron para tormentos del ánimo, abandonados al menos los placeres del cuerpo.

20. Pero veamos por quién son más bien disuadidos de la filosofía. ¿Por aquel que dijera: 'Oye, amigo; la filosofía no es llamada la sabiduría misma, sino el estudio de la sabiduría, a la cual si te dedicaras, no ciertamente mientras vives aquí serás sabio (pues la sabiduría está ante Dios, ni puede sobrevenir al hombre), sino cuando te hubieras ejercitado y purificado suficientemente con tal estudio, tu ánimo la disfrutará fácilmente después de esta vida, esto es, cuando hubieras dejado de ser hombre'? ¿O por aquel que dijera: 'Vengan, mortales, a la filosofía; grande es este fruto: ¿pues qué hay más querido para el hombre que la sabiduría? vengan pues para que sean sabios, ¿y no conozcan la sabiduría?' 'No', dice, 'no se dirá así por mí'. Esto es engañar, pues nada más se encontrará en tu casa. Así sucede que si dijeras esto, huyen como de un insano; si de otro modo les indujeras a esto, haces insanos. Pero creamos que, por ambas sentencias, igualmente los hombres no quieren filosofar. Si la definición de Zenón obligaba a decir algo pernicioso a la filosofía, oh hombre, ¿eso debió decirse al hombre, de donde se doliera, o aquello, de donde se riera de ti?".

21. "Sin embargo, lo que Zenón definió, cuanto podemos como necios, discutamos. Dice que aquella visión puede ser comprendida, que de tal modo apareciera que no pudiera aparecer falsa. Es manifiesto que nada más viene a la percepción. 'Esto también yo', dice Arcesilao, 'veo, y por esto mismo enseño que nada se percibe. Pues nada tal puede encontrarse. Tal vez por ti, y por otros necios: pero por el sabio ¿por qué no puede? Aunque también al mismo necio pienso que nada puede responderse, si te dijera que con ese memorable agudeza tuya refutaras esta misma definición de Zenón, y mostraras que ella también puede ser falsa: lo cual si no pudieras hacer, tienes esta misma que percibes; si sin embargo la refutaras, no tienes de dónde seas impedido de percibir. Yo no veo que ella pueda ser refutada, y la juzgo del todo verísima. Por tanto, cuando la conozco, aunque sea necio, algo conozco. Pero haz que ella ceda a tu astucia. Usaré un dilema segurísimo.

Aut enim vera est, aut falsa: si vera, bene teneo; si falsa, potest aliquid percipi, etiamsi habeat communia signa cum falso. Unde, inquit, potest? Verissime igitur Zeno definivit, nec ei quisquis vel in hoc consensit, erravit. An parvae laudis et sinceritatis definitionem putabimus, quae contra eos qui erant adversum perceptionem multa dicturi, cum designaret quale esset quod percipi posset, seipsam talem esse monstravit? Itaque comprehensibilibus rebus et definitio est, et exemplum. Utrum, ait, etiam ipsa vera sit nescio: sed quia est probabilis, ideo sequens eam ostendo nihil esse tale, quale illa expressit posse comprehendere. Ostendis fortasse praeter ipsam, et vides, ut arbitror, quid sequatur. Quod si etiam ejus incerti sumus, nec ita nos deserit scientia; scimus enim aut veram esse, aut falsam: non igitur nihil scimus. Quanquam nunquam efficiet ut ingratus sim, prorsus ego illam definitionem verissimam judico. Aut enim possunt percipi et falsa, quod vehementius Academici timent, et revera absurdum est; aut nec ea possunt, quae sunt falsis similia: unde illa definitio vera est. Sed jam caetera videamus.

CAPUT X.

Duo Academicorum effata.

22. Quamvis haec, nisi fallor, possint ad victoriam satis esse, non tamen fortasse ad victoriae satietatem. Duo sunt quae ab Academicis dicuntur, contra quae, ut valemus, venire instituimus: Nihil posse percipi; et, Nulli rei debere assentiri. De assentiendo mox alias, nunc pauca de perceptione dicemus. Nihilne prorsus dicitis posse comprehendere? Hic evigilavit Carneades: nam nemo istorum minus alte quam ille dormivit, et circumspexit rerum evidentiam. Itaque credo, secum ipse, ut fit, loquens: Ergone, ait, Carneades, dicturus es nescire te utrum homo sis, an formica? Aut de te Chrysippus triumphabit? Dicamus ea nos nescire quae inter philosophos inquiruntur; caetera ad nos non pertinere, ut si in luce titubavero quotidiana et vulgari, ad illas imperitorum tenebras provocem, ubi soli quidam divini oculi vident: qui me etiam si palpitantem atque cadentem aspexerint, caecis prodere nequeant, praesertim arrogantibus, et quos doceri aliquid pudeat. Laute quidem, o graeca industria, succincta et parata procedis; sed non respicis illam definitionem et inventum esse philosophi, et in vestibulo philosophiae fixam atque fundatam.

Pues o es verdadera, o es falsa: si verdadera, bien la retengo; si falsa, algo puede percibirse, aunque tenga signos comunes con lo falso. '¿De dónde', dice él, 'puede?' Verísimamente pues definió Zenón, ni erró quienquiera que le consintió aun en esto. ¿O pensaremos que es una definición de poca alabanza y sinceridad la que contra aquellos que iban a decir muchas cosas contra la percepción, al designar qué clase era lo que podía percibirse, se mostró a sí misma tal? Por tanto, para las cosas comprensibles hay tanto definición como ejemplo. 'Si', dice él, 'incluso ella misma es verdadera, no sé; pero porque es probable, por eso siguiéndola muestro que nada hay tal, cual ella expresó que puede ser comprendido'. Muestras tal vez fuera de ella misma, y ves, según juzgo, qué sigue. Pero si incluso de ella estamos inciertos, ni aun así nos abandona la ciencia; pues sabemos o que es verdadera, o que es falsa: por tanto no nada sabemos. Aunque nunca hará que sea ingrato, del todo yo juzgo esa definición verísima. Pues o pueden percibirse incluso las falsas, lo cual temen más vehementemente los académicos, y verdaderamente es absurdo; o ni pueden aquellas que son semejantes a las falsas: de donde aquella definición es verdadera. Pero veamos ya lo demás".

CAPÍTULO X.

Dos sentencias de los académicos.

22. "Aunque estas cosas, si no me engaño, pueden ser suficientes para la victoria, no lo son tal vez para la saciedad de la victoria. Dos son las cosas que se dicen por los académicos, contra las cuales, según nuestras fuerzas, nos hemos propuesto venir: 'Que nada puede percibirse'; y, 'Que a ninguna cosa se debe asentar'. Sobre el asentar pronto en otro lugar, ahora diremos pocas cosas sobre la percepción. ¿Dicen que absolutamente nada puede ser comprendido? Aquí despertó Carneades: pues ninguno de aquellos durmió menos profundamente que él, y miró alrededor la evidencia de las cosas. Por tanto creo, hablando consigo mismo, como suele suceder: '¿Vas pues, Carneades, a decir que ignoras si eres hombre o hormiga? ¿O triunfará sobre ti Crisipo? Digamos que ignoramos aquellas cosas que se buscan entre los filósofos; que lo demás no nos pertenece, para que si tropezara en la luz cotidiana y vulgar, provoque a aquellas tinieblas de los imperitos, donde solo ciertos ojos divinos ven: los cuales incluso si me hubieran visto palpitando y cayendo, no podrían entregarme a los ciegos, especialmente a los arrogantes, y a quienes avergonzaría que se les enseñara algo'. Elegante por cierto, oh industria griega, procedes sucinta y preparada; pero no miras atrás a aquella definición, que es tanto invento de un filósofo, como está fija y fundada en el vestíbulo de la filosofía.

Quam si succidere tentabis, rediet bipennis in crura: illa enim labefactata, non solum potest aliquid percipi, sed etiam id potest quod simillimum falso est, si eam non audebis evertere. Est enim latibulum tuum unde in incautos transire cupientes vehemens erumpis atque exsilis: aliquis te Hercules in tua spelunca tanquam semihominem Cacum suffocabit, et ejusdem molibus opprimet, docens aliquid esse in philosophia quod tanquam simile falso incertum abs te fieri non possit. Certe ad alia properabam; hoc quisquis urget, te ipsum, Carneades, magna afficit contumelia, quem a me veluti mortuum putat ubicumque aut undecumque posse superari. Si autem non putat, immisericors est, qui me passim deserere praesidia et tecum in campo certare cogit: in quem descendere cum coepissem, solo tuo nomine territus pedem retuli, et de superiore loco nescio quid jaculatus sum, quod utrum ad te pervenerit, vel quid egerit, viderint sub quorum examine dimicamus. Sed quid metuo ineptus? Si bene memini, mortuus es, nec jam pro sepulcro tuo jure pugnat Alypius: facile me contra umbram tuam Deus adjuvabit.

23. Nihil ais in philosophia posse percipi. Et ut orationem tuam large lateque diffundas, arripis rixas, dissensionesque philosophorum, et eas tibi contra illos arma ministrare arbitraris. Quomodo enim inter Democritum et superiores physicos de uno mundo, et innumerabilibus litem dijudicabimus, cum inter haeredemque ejus Epicurum concordia manere nequiverit? Nam iste luxuriosus cum atomos quasi ancillulas suas, id est corpuscula quae in tenebris laetus amplectitur, non tenere viam suam, sed in alienos limites passim sponte declinare permittit; totum patrimonium etiam per jurgia dissipavit. Hoc vero nihil ad me attinet. Si enim ad sapientiam pertinet horum aliquid scire, id non potest latere sapientem. Si autem aliud quiddam est sapientia; illam scit sapiens, ista contemnit. Tamen ego qui longe adhuc absum vel a vicinitate sapientis, in istis physicis nonnihil scio. Certum enim habeo, aut unum esse mundum, aut non unum; et si non unum, aut finiti numeri, aut infiniti. Istam sententiam Carneades falsae esse similem doceat. Item scio mundum istum nostrum, aut natura corporum, aut aliqua providentia sic esse dispositum; eumque aut semper fuisse et fore, aut coepisse esse minime desitutum; aut ortum ex tempore non habere, sed habiturum esse finem; aut et manere coepisse, et non perpetuo esse mansurum: et innumerabilia physica hoc modo novi. Vera enim ista sunt disjuncta, nec similitudine aliqua falsi ea potest quisquam confundere. Sed assume aliquid, ait Academicus. Nolo: nam hoc est dicere, Relinque quod scis, dic quod nescis.

La cual si intentaras cortar, volverá el hacha a tus piernas: pues sacudida ella, no solo puede algo percibirse, sino que incluso puede aquello que es simillísimo a lo falso, si no te atrevieras a subvertirla. Pues es tu escondrijo de donde irrumpes y saltas violentamente sobre los incautos que desean cruzar: algún Hércules te sofocará en tu cueva como al semihombre Caco, y te oprimirá con las moles de la misma, enseñando que hay algo en la filosofía que no puede ser hecho incierto por ti como semejante a lo falso. Ciertamente me apresuraba a otras cosas; quienquiera que urge esto, te inflige, Carneades, una gran contumelia a ti mismo, a quien piensa que, como muerto, puede ser superado por mí en cualquier parte o de cualquier modo. Si sin embargo no lo piensa, es inmisericorde, quien me obliga a abandonar por doquier las guarniciones y a certar contigo en el campo: al cual habiendo empezado a descender, aterrorizado solo por tu nombre retiré el pie, y desde un lugar superior lancé no sé qué, lo cual si ha llegado a ti, o qué ha hecho, lo verán aquellos bajo cuyo examen luchamos. Pero ¿por qué temo, inepto? Si bien recuerdo, has muerto, ni ya lucha por derecho Alipio por tu sepulcro: Dios me ayudará fácilmente contra tu sombra".

23. "Dices que nada en la filosofía puede percibirse. Y para que difundas tu oración a lo largo y a lo ancho, arrebatas las riñas y disensiones de los filósofos, y piensas que ellas te suministran armas contra ellos. ¿Pues cómo juzgaremos la contienda entre Demócrito y los físicos superiores sobre un solo mundo y los innumerables, cuando entre él y su heredero Epicuro no pudo permanecer la concordia? Pues aquel lujurioso, como permite que los átomos como si fueran sus criaditas, esto es, los corpúsculos que abraza alegre en las tinieblas, no mantengan su camino, sino que declinen espontáneamente por doquier hacia límites ajenos, dispó todo el patrimonio incluso por las disputas. Esto sin embargo nada me atañe a mí. Pues si pertenece a la sabiduría saber algo de esto, ello no puede estar oculto para el sabio. Si sin embargo la sabiduría es alguna otra cosa, el sabio conoce aquella y desprecia esto. Sin embargo, yo que aún estoy lejos incluso de la vecindad del sabio, algo sé en estos temas físicos. Pues tengo por cierto que, o bien el mundo es uno solo, o no es uno; y si no es uno, o bien de número finito o infinito. Enseñe Carneades que esta sentencia es semejante a lo falso. Asimismo sé que este mundo nuestro ha sido así dispuesto o por la naturaleza de los cuerpos o por alguna providencia; y que o bien siempre fue y será, o bien empezó a ser y de ningún modo va a cesar; o no tiene origen en el tiempo, pero tendrá fin; o bien empezó a permanecer y no permanecerá perpetuamente: e innumerables cosas físicas he conocido de este modo. Pues son verdaderas esas disyunciones, ni puede nadie confundirlas por alguna semejanza de lo falso. 'Pero asume algo', dice el académico. No quiero: pues esto es decir, 'Deja lo que sabes, di lo que ignoras'.

Sed pendet sententia. Melius certe pendet quam cadit: nempe plana est ; nempe jam potest aut falsa, aut vera nominari. Hanc ergo me scire dico. Tu qui nec ad philosophiam pertinere ista negas, et eorum sciri nihil posse asseris, ostende me ista nescire: dic istas disjunctiones aut falsas esse, aut aliquid commune habere cum falso, per quod discerni omnino non possint.

CAPUT XI.

Ex sensuum imbecillitate non effici ut nihil veri percipiatur. Neque ex somno et furore.

24. Unde, inquit, scis esse istum mundum, si sensus falluntur? Nunquam rationes vestrae ita vim sensuum refellere potuerunt, ut convinceretis nobis nihil videri: nec omnino ausi estis aliquando ista tentare; sed posse aliud esse ac videtur, vehementer persuadere incubuistis. Ego itaque hoc totum, quaecumque est quod nos continet, atque alit; hoc, inquam, quod oculis meis apparet, a meque sentitur habere terram et coelum, aut quasi terram, et quasi coelum, mundum voco. Si dicis nihil mihi videri, nunquam errabo. Is enim errat, qui quod sibi videtur, temere probat. Posse enim falsum videri a sentientibus dicitis, nihil videri non dicitis. Prorsus enim omnis disputationis causa tolletur, ubi regnare vos libet, si non solum nihil scimus, sed etiam nihil nobis videtur. Si autem hoc quod mihi videtur negas mundum esse, de nomine controversiam facis, cum id a me dixerim mundum vocari.

25. Etiamne, inquires, si dormis, mundus est iste quem vides? Jam dictum est, quidquid tale mihi videtur, mundum appello. Sed si eum solum placet mundum vocare, qui videtur a vigilantibus vel etiam a sanis; illud contende, si potes, eos qui dormiunt ac furiunt, non in mundo furere atque dormire. Quamobrem hoc dico, istam totam corporum molem atque machinam in qua sumus, sive dormientes, sive furentes, sive vigilantes, sive sani, aut unam esse, aut non esse unam. Edissere, quomodo possit ista esse falsa sententia. Si enim dormio, fieri potest ut nihil dixerim; aut si etiam ore dormientis verba, ut solet, evaserunt, potest fieri ut non hic, non ita sedens, non istis audientibus dixerim: ut autem hoc falsum sit, non potest. Nec ego illud me percepisse dico, quod vigilem. Potes enim dicere, hoc mihi etiam dormienti videri potuisse; ideoque hoc potest esse falso simillimum. Si autem unus et sex mundi sunt; septem mundos esse, quoquo modo affectus sim, manifestum est, et id me scire non impudenter affirmo.

Pero la sentencia pende. Mejor ciertamente pende que cae; ciertamente es clara; ciertamente ya puede ser nombrada o falsa o verdadera. Esta pues digo que sé. Tú que ni niegas que esas cosas pertenecen a la filosofía, y aseveras que nada de ellas puede saberse, muestra que yo ignoro esas cosas: di que esas disyunciones o son falsas, o tienen algo común con lo falso por lo cual no puedan ser discernidas en absoluto".

CAPÍTULO XI.

De la imbecilidad de los sentidos no se sigue que nada de lo verdadero se perciba. Ni del sueño y el furor.

24. "¿De dónde", dice él, "¿sabes que existe ese mundo, si los sentidos se engañan?" Nunca sus razones pudieron refutar de tal modo la fuerza de los sentidos, que nos convencieran de que nada se nos aparece: ni en absoluto se atrevieron nunca a intentar tales cosas; sino que se dedicaron a persuadir vehementemente que puede ser otra cosa de lo que parece. Yo pues a todo este conjunto, sea lo que sea lo que nos contiene y alimenta; a esto, digo, que se aparece a mis ojos y es sentido por mí que tiene tierra y cielo, o como si fuera tierra y como si fuera cielo, lo llamo mundo. Si dices que nada se me aparece, nunca erraré. Pues yerra el que aprueba temerariamente lo que le parece. Pues dicen que lo falso puede ser visto por los que sienten, no dicen que nada se vea. En absoluto se quitará la causa de toda disputa, donde les place reinar, si no solo nada sabemos, sino que también nada nos parece. Si sin embargo niegas que esto que me parece sea el mundo, haces controversia sobre el nombre, habiendo dicho yo que eso es llamado mundo por mí.

25. "¿Incluso acaso", dirás, "si duermes, es mundo ese que ves?" Ya se ha dicho: todo lo que tal me parece, lo llamo mundo. Pero si place llamar mundo solo a aquel que es visto por los que están despiertos o incluso sanos; sostén eso, si puedes, que los que duermen y deliran no deliran y duermen en el mundo. Por lo cual digo esto, que toda esta mole y máquina de cuerpos en la que estamos, ya sea durmiendo, ya delirando, ya despiertos, ya sanos, o es una sola, o no es una sola. Explica cómo puede ser falsa esta sentencia. Pues si duermo, puede suceder que nada haya dicho; o si incluso de la boca del que duerme escaparon palabras, como suele suceder, puede suceder que no aquí, no así sentado, no ante estos oyentes lo haya dicho: pero que esto sea falso, no puede suceder. Ni yo digo haber percibido que estoy despierto. Pues puedes decir que esto pudo haberme parecido incluso durmiendo; y por ello esto puede ser simillísimo a lo falso. Pero si hay uno y seis mundos; que son siete mundos, de cualquier modo que esté afectado, es manifiesto, y que yo sé eso lo afirmo no impudicamente.

Quare vel hanc connexionem, vel illas superius disjunctiones, doce somno aut furore aut vanitate sensuum posse esse falsas; et me, si expergefactus ista meminero, victum esse concedam. Credo enim jam satis liquere quae per somnium et dementiae falsa videantur, ea scilicet quae ad corporis sensus pertinent: nam ter terna novem esse, et quadratum intelligibilium numerorum, necesse est vel genere humano stertente sit verum. Quanquam etiam pro ipsis sensibus multa posse dici video, quae ab Academicis reprehensa non invenimus. Credo enim sensus non accusari, vel quod imaginationes falsas furentes patiuntur, vel quod falsa in somnis videmus. Si enim vera vigilantibus atque sanis renuntiarunt; nihil ad eos, quid sibi animus dormientis insanientisque confingat.

26. Restat ut quaeratur, utrum cum ipsi renuntiant, verum renuntient. Age, si dicat Epicureus quispiam, Nihil habeo quod de sensibus conquerar: injustum est enim ab eis exigere plusquam possunt; quidquid autem possunt videre oculi, verum vident. Ergone verum est quod de remo in aqua vident? Prorsus verum. Nam causa accedente quare ita videretur, si demersus unda remus rectus appareret, magis oculos meos falsae renuntiationis arguerem. Non enim viderent quod talibus existentibus causis videndum fuit. Quid multis opus est? Hoc de turrium motu, hoc de pinnulis avium, hoc de caeteris innumerabilibus dici potest. Ego tamen fallor, si assentiar, ait quispiam. Noli plus assentiri, quam ut ita tibi apparere persuadeas; et nulla deceptio est. Non enim video, quomodo refellat Academicus eum qui dicit: Hoc mihi candidum videri scio; hoc auditum meum delectari scio; hoc mihi jucunde olere scio; hoc mihi sapere dulciter scio; hoc mihi esse frigidum scio. Dic potius, utrum per se amarae sint oleastri frondes, quas caper tam pertinaciter appetit. O hominem improbum! nonne est caper ipse modestior? Nescio quales pecori sint, mihi tamen amarae sunt: quid quaeris amplius? Sed est fortasse aliquis etiam hominum, cui non sint amarae. Tendisne in molestiam? Numquidnam ego amaras esse omnibus dixi? mihi dixi, et hoc non semper affirmo. Quid si enim alias alia causa, nunc dulce quidpiam, nunc amarum in ore sentiatur? Illud dico, posse hominem cum aliquid gustat, bona fide jurare, se scire palato suo illud suave esse, vel contra, nec ulla calumnia graeca ab ista scientia posse deduci.

Por tanto, o bien esta conexión, o aquellas disyunciones de arriba, enseña que por el sueño o el furor o la vanidad de los sentidos pueden ser falsas; y yo, si al despertar recordara esas cosas, concederé haber sido vencido. Pues creo que ya consta suficientemente que las cosas que por el sueño y la demencia parecen falsas son aquellas que pertenecen a los sentidos del cuerpo: pues que tres veces tres son nueve, y el cuadrado de los números inteligibles, es necesario que sea verdadero incluso roncando el género humano. Aunque también en favor de los mismos sentidos veo que pueden decirse muchas cosas que no encontramos reprendidas por los académicos. Pues creo que no se acusa a los sentidos, o porque los que deliran sufren imaginaciones falsas, o porque vemos cosas falsas en sueños. Pues si reportaron cosas verdaderas a los que están despiertos y sanos, nada les atañe a ellos lo que el ánimo del que duerme e insane se finja para sí".

26. "Resta que se busque si cuando ellos mismos reportan, reportan lo verdadero. Ea, si dijera algún epicúreo: 'Nada tengo de qué quejarme de los sentidos: pues es injusto exigir de ellos más de lo que pueden; pero cualquier cosa que los ojos pueden ver, ven lo verdadero'. ¿Es pues verdadero lo que ven sobre el remo en el agua? 'Absolutamente verdadero. Pues añadida la causa de por qué así parecía, si el remo sumergido en la onda apareciera recto, más bien acusaría a mis ojos de un reporte falso. Pues no verían lo que debía verse existiendo tales causas'. ¿Qué necesidad hay de muchas cosas? Esto puede decirse sobre el movimiento de las torres, esto sobre las plumas de las aves, esto sobre las demás innumerables cosas. 'Yo sin embargo me engaño si asintiera', dice alguien. No asientas más de lo que baste para persuadirte de que así te aparece; y no hay engaño alguno. Pues no veo cómo refuta el académico a quien dice: 'Sé que esto me parece blanco; sé que mi oído con esto se deleita; sé que esto me huele agradablemente; sé que esto me sabe dulcemente; sé que esto me es frío'. Di más bien si por sí mismas son amargas las hojas del acebuche, que el cabrón tan pertinazmente busca. ¡Oh hombre malvado! ¿no es el cabrón mismo más modesto? No sé de qué clase sean para el ganado, a mí sin embargo me son amargas: ¿qué buscas más? Pero hay tal vez alguien incluso entre los hombres para quien no sean amargas. ¿Tiendes a la molestia? ¿Acaso dije yo que fueran amargas para todos? Lo dije para mí, y esto no siempre lo afirmo. ¿Pues qué si en otro tiempo por otra causa, ahora se siente en la boca algo dulce, ahora algo amargo? Digo aquello, que puede el hombre, cuando gusta algo, jurar de buena fe que sabe para su paladar que aquello es suave, o al contrario, ni ninguna calumnia griega puede ser deducida de esa ciencia.

Quis enim tam impudens sit, qui mihi cum delectatione aliquid ligurienti dicat: Fortasse non gustas, sed hoc somnium est? Numquidnam resisto? Sed me tamen illud in somnis etiam delectaret. Quare illud quod me scire dixi, nulla confundit similitudo falsorum. Et Epicureus, vel Cyrenaici et alia multa fortasse pro sensibus dicant, contra quae nihil dictum esse ab Academicis accepi. Sed quid ad me? Si volunt ista, et si possunt, etiam me favente rescindant. Quidquid enim contra sensus ab eis disputatur, non contra omnes philosophos valet. Sunt enim qui ista omnia, quae corporis sensu accipit animus, opinionem posse gignere confitetur, scientiam vero negant. Quam tamen volunt intelligentia contineri, remotamque a sensibus in mente vivere. Et forte in eorum numero est sapiens ille quem quaerimus. Sed de hoc alias. Nunc ad reliqua pergamus quae propter ista quae jam dicta sunt, paucis, nisi fallor, explicabimus.

CAPUT XII.

Urget Academicos causare frustra sensuum vel somni et furoris deceptiones.

27. Quid enim de moribus inquirentem vel juvat vel impedit corporis sensus? Nisi vero illos ipsos qui summum hominis bonum in voluptate posuere, nihil impedit aut columbae collum, aut vox incerta, aut grave pondus homini quod camelis leve est, aut alia sexcenta, quominus dicant eo quo delectantur delectari se scire, vel eo quo offenduntur offendi (quod refelli posse non video); eum commovebunt qui finem boni mente complectitur. Quid horum tu eligis? Si quid mihi videatur, quaeris; in mente arbitror esse summum hominis bonum. Sed nunc de scientia quaerimus. Ergo interroga sapientem, qui non potest ignorare sapientiam: mihi tamen tardo illi atque stulto licet interim scire, boni humani finem, in quo inhabitet beata vita, aut nullum esse, aut in animo esse, aut in corpore, aut in utroque. Hoc me, si potes, nescire convince; quod notissimae illae vestrae rationes nullo modo faciunt. Quod si non potes, non enim reperies cui falso simile sit, egone concludere dubitabo, recte mihi videri scire sapientem quidquid in philosophia verum est, cum ego inde tam multa vera cognoverim?

¿Pues quién sería tan impudente que me dijera, cuando estoy lamiendo algo con deleite: 'Tal vez no gustas, sino que esto es un sueño'? ¿Acaso me resisto? Pero aquello sin embargo me deleitaría incluso en sueños. Por lo cual, aquello que dije saber, ninguna semejanza de lo falso lo confunde. Y el epicúreo, o los círenaicos y otras muchas cosas tal vez dirían en favor de los sentidos, contra las cuales nada he recibido que haya sido dicho por los académicos. ¿Pero qué me importa a mí? Si quieren esas cosas, y si pueden, rescíndalas incluso con mi favor. Pues cualquier cosa que se disputa por ellos contra los sentidos, no vale contra todos los filósofos. Pues hay quienes confiesan que todas esas cosas que el ánimo recibe por el sentido del cuerpo pueden engendrar opinión, pero niegan la ciencia. La cual sin embargo quieren que se contenga en la inteligencia, y alejada de los sentidos viva en la mente. Y tal vez en su número está aquel sabio que buscamos. Pero sobre esto en otro lugar. Ahora pasemos a lo demás que, por estas cosas que ya han sido dichas, explicaremos en pocas palabras, si no me engaño".

CAPÍTULO XII.

Urge que los académicos en vano alegan las decepciones de los sentidos, o del sueño y del furor.

27. ¿Pues en qué ayuda o impide el sentido del cuerpo a quien inquiere sobre las costumbres? A no ser que nada impida a aquellos mismos que pusieron el sumo bien del hombre en el placer —ni el cuello de la paloma, ni una voz incierta, ni un peso grave para el hombre que es ligero para los camellos, ni otras seiscientas cosas— decir que saben que se deleitan con aquello con lo que se deleitan, o que se ofenden con aquello con lo que se ofenden (lo cual no veo que pueda ser refutado); ellos conmoverán a quien abraza el fin del bien con la mente. ¿Cuál de estas cosas eliges tú? Si preguntas qué me parece a mí; juzgo que el sumo bien del hombre está en la mente. Pero ahora inquirimos sobre la ciencia. Por tanto, interroga al sabio, que no puede ignorar la sabiduría: a mí, sin embargo, aquel tardo y necio, me es lícito saber mientras tanto que el fin del bien humano, en el que habite la vida bienaventurada (beata vita), o es ninguno, o está en el alma, o en el cuerpo, o en ambos. Convénceme, si puedes, de que no sé esto; lo cual aquellas famosísimas razones vuestras de ningún modo hacen. Porque si no puedes, pues no encontrarás a qué cosa falsa sea semejante, ¿dudaré yo en concluir que rectamente me parece que el sabio sabe cualquier cosa que es verdadera en la filosofía, habiendo yo conocido desde allí tantas cosas verdaderas?

28. Sed metuit fortasse ne summum bonum eligat dormiens. Nihil periculi est: cum evigilaverit, repudiabit si displicet, tenebit si placet. Quis enim eum recte vituperabit quod falsum vidit in somnis? Aut fortasse illud formidabit, ne dormiens amittat sapientiam, si pro veris falsa probaverit? Hoc jam ne dormiens quidem audet somnare, ut sapientem vigilantem vocet, neget si dormiat. Haec etiam de furore dici possunt: sed in alia festinat oratio. Haec tamen sine conclusione securissima non relinquo. Aut enim amittitur furore sapientia, et jam non erit sapiens, quem verum ignorare clamatis: aut scientia ejus manet in intellectu, etiamsi pars animi caetera id quod accepit a sensibus velut in somnis imagnetur.

CAPUT XIII.

Multa percipi in dialectica.

29. Restat dialectica, quam certe sapiens bene novit, nec falsum scire quisquam potest. Si vero eam nescit, non pertinet ad sapientiam ejus cognitio, sine qua esse sapiens potuit; et superfluo utrum vera sit, possit percipi, quaerimus. Hic fortasse aliquis mihi dicat: Soles prodere tu stulte, quid noveris: an de dialectica nihil scire potuisti? Ego vero plura quam de quavis parte philosophiae. Nam primo omnes illas propositiones, quibus supra usus sum, veras esse ista me docuit. Deinde per istam novi alia multa vera. Sed quam multa sint, numerate, si potestis. Si quatuor in mundo elementa sunt, non sunt quinque. Si sol unus est, non sunt duo. Non potest una anima et mori et esse immortalis. Non potest homo simul et beatus, et miser esse. Non hic et sol lucet, et nox est. Aut vigilamus nunc, aut dormimus. Aut corpus est, quod mihi videre videor, aut non est corpus. Haec et alia multa, quae commemorare longissimum est, per istam didici vera esse, quoquo modo sese habeant sensus nostri, in se ipsa vera. Docuit me, si cujus eorum quae per connexionem modo proposui pars antecedens assumpta fuerit, trahere necessario id quod annexum est. Ea vero quae per repugnantiam vel disjunctionem a me sunt enuntiata, hanc habere naturam, ut cum auferuntur caetera, sive unum, sive plura sint, restet aliquid quod eorum ablatione firmetur. Docuit etiam me, cum de re constat, propter quam verba dicuntur, de verbis non debere contendere: et quisquis id faciat, si imperitia faciat, docendum esse; si malitia, deserendum: si doceri non potest, monendum ut aliquid aliud potius agat, quam tempus in superfluis operamque consumat; si non obtemperat, negligendum.

28. Pero teme tal vez no sea que elija el sumo bien durmiendo. No hay ningún peligro: cuando haya despertado, lo repudiará si le displace, lo retendrá si le place. ¿Pues quién lo vituperará rectamente porque vio algo falso en sueños? ¿O tal vez temerá aquello, no sea que durmiendo pierda la sabiduría, si aprobara cosas falsas por verdaderas? Esto ya ni siquiera durmiendo se atreve a soñarlo, como para llamar sabio al que está vigilante, y negarlo si duerme. Estas cosas también pueden decirse sobre el furor: pero el discurso se apresura a otras cosas. Sin embargo, no dejo estas cosas sin una conclusión segurísima. Pues, o se pierde la sabiduría por el furor, y ya no será sabio aquel que gritáis que ignora lo verdadero: o su ciencia permanece en el intelecto, aunque la parte restante del alma imagine aquello que recibió de los sentidos como en sueños.

CAPÍTULO XIII.

Muchas cosas se perciben en la dialéctica.

29. Resta la dialéctica, la cual ciertamente el sabio conoce bien, ni nadie puede saber lo falso. Pero si no la conoce, no pertenece a su sabiduría su conocimiento, sin el cual pudo ser sabio; y superfluamente buscamos si es verdadera, o si puede ser percibida. Aquí tal vez alguien me diga: «Sueles revelar tú, necio, qué has conocido: ¿acaso no pudiste saber nada de la dialéctica?». Yo en verdad más que de cualquier otra parte de la filosofía. Pues primero me enseñó que son verdaderas todas aquellas proposiciones de las que usé arriba. Luego por ella conocí otras muchas cosas verdaderas. Pero cuán muchas sean, numeradlas si podéis. Si hay cuatro elementos en el mundo, no hay cinco. Si hay un solo sol, no hay dos. No puede una sola alma morir y ser inmortal. No puede el hombre ser al mismo tiempo bienaventurado y miserable. No luce aquí el sol y es noche a la vez. O vigilamos ahora, o dormimos. O es un cuerpo lo que me parece ver, o no es un cuerpo. Estas y otras muchas cosas, que es larguísimo conmemorar, aprendí por ella que son verdaderas, de cualquier modo que se tengan nuestros sentidos, verdaderas en sí mismas. Me enseñó que si de cualquiera de aquellas cosas que propuse hace poco por conexión fuera asumida la parte antecedente, se sigue necesariamente lo que está anexo. Aquellas cosas en verdad que fueron enunciadas por mí por repugnancia o disyunción, tienen esta naturaleza: que cuando se quitan las demás, ya sea una o más, resta algo que se confirma por la ablación de aquellas. Me enseñó también que, cuando consta sobre la cosa por la cual se dicen las palabras, no se debe contender sobre las palabras: y quienquiera que haga eso, si lo hace por impericia, debe ser enseñado; si por malicia, abandonado; si no puede ser enseñado, debe ser advertido para que se ocupe en alguna otra cosa antes que consumir el tiempo y el esfuerzo en cosas superfluas; si no obedece, debe ser despreciado.

De captiosis autem atque fallacibus ratiunculis breve praeceptum est: si male concedendo inferuntur, ad ea quae concessa sunt esse redeundum. Si verum falsumque in una conclusione configunt, accipiendum inde quod intelligitur, quod explicari non potest relinquendum. Si autem modus in aliquibus rebus latet penitus hominem, scientiam ejus non esse quaerendam. Haec quidem habeo a dialectica, et alia multa quae commemorare non est necesse. Neque enim debeo ingratus existere. Verum ille sapiens aut haec negligit, aut si profecto dialectica ipsa scientia veritatis est, sic illam novit ut istorum mendacissimam calumniam: Si verum est, falsum est; si falsum est, verum est: contemnendo, et non miserando fame enecet. Haec de perceptione satis esse propterea puto, quia de assentiendo cum dicere coepero, tota ibi rursum causa versabitur.

CAPUT XIV.

Sapientem oportet sapientiae saltem assentiri.

30. Jam ergo ad eam partem veniamus, in qua dubitare adhuc videtur Alypius. Et primo idipsum perspiciamus quale sit, quod te acutissime atque cautissime movet. Nam si tot tantisque rationibus roboratam (hoc enim dixisti) Academicorum sententiam, qua eis placuit nihil scire sapientem, hoc tuum labefactat inventum, quo cogimur confiteri multo esse probabilius, sapientem scire sapientiam; magis est assensio cohibenda. Hoc enim ipso ostenditur nihil quamlibet copiosissimis subtilissimisque argumentis posse suaderi, cui non ex parte contraria, si adsit ingenium, non minus acriter, vel fortasse acrius resistatur. Eo fit, ut cum sit victus Academicus, vicerit. O utinam vincatur! nunquam efficiet quavis arte Pelasga, ut simul a me victus victorque discedat. Certe nihil aliud inveniatur quod adversum ista dici possit, et ultro me victum esse profiteor. Non enim de gloria comparanda, sed de invenienda veritate tractamus. Mihi satis est, quoquo modo molem istam transcendere, quae intransibilibus ad philosophiam sese opponit, et nescio quibus receptaculis tenebrascens talem esse philosophiam totam minatur, nihilque in ea lucis inventum iri sperare permittit. Quid autem amplius desiderem, nihil habeo, si jam probabile est, nonnihil scire sapientem. Non enim alia causa veri simile videbatur eum assensionem sustinere debere, nisi quia erat veri simile nihil posse comprehendere. Quo sublato, percipit enim sapiens vel ipsam, ut jam conceditur, sapientiam, nulla jam causa remanebit cur non assentiatur sapiens vel ipsi sapientiae. Est enim sine dubitatione monstrosius sapientem non approbare sapientiam, quam sapientem nescire sapientiam.

Sobre los razonamientos capciosos y falaces hay un breve precepto: si se infieren concediendo mal, debe volverse a aquellas cosas que fueron concedidas. Si lo verdadero y lo falso entran en conflicto en una sola conclusión, debe aceptarse de allí lo que se entiende, y dejarse lo que no puede ser explicado. Si, por el contrario, la medida en algunas cosas se oculta profundamente al hombre, no debe buscarse su ciencia. Estas cosas tengo de la dialéctica, y otras muchas que no es necesario conmemorar. Ni en verdad debo ser ingrato. Pero aquel sabio, o desprecia estas cosas, o si de hecho la dialéctica misma es la ciencia de la verdad, de tal modo la conoce que, despreciando aquella mentirosísima calumnia de aquellos: «Si es verdad, es falso; si es falso, es verdad», la mate de hambre por no compadecerla. Estas cosas pienso que bastan sobre la percepción por esto mismo: porque cuando empiece a hablar sobre el asentimiento, toda la causa volverá a tratarse allí.

CAPÍTULO XIV.

Conviene que el sabio asienta al menos a la sabiduría.

30. Pasemos ya, por tanto, a aquella parte en la que Alipio parece dudar todavía. Y primero consideremos qué clase de cosa es esa que te mueve tan aguda y cautamente. Pues si la sentencia de los académicos, robustecida por tantas y tan grandes razones (pues esto dijiste), por la cual les plugo que el sabio nada sabe, es debilitada por este descubrimiento tuyo, por el cual nos vemos obligados a confesar que es mucho más probable que el sabio sepa la sabiduría; con más razón debe contenerse el asentimiento. Pues por esto mismo se muestra que nada puede ser persuadido con argumentos por muy copiosos y sutiles que sean, a lo cual no se resista desde la parte contraria, si hay ingenio, no menos vivamente, o tal vez más vivamente. Por eso sucede que, cuando el académico es vencido, ha vencido. ¡Oh, ojalá sea vencido! Nunca logrará con ningún arte pelágico marcharse de mí al mismo tiempo vencido y vencedor. Ciertamente no se encuentre ninguna otra cosa que pueda decirse contra esto, y de grado profeso que he sido vencido. Pues no tratamos de comparar la gloria, sino de encontrar la verdad. Para mí es suficiente, de cualquier modo, trascender esa mole que se opone a los que entran en la filosofía, y oscureciéndose con no sé qué receptáculos, amenaza con que toda la filosofía es tal, y no permite esperar que se haya de encontrar en ella nada de luz. Qué más pueda desear, no tengo nada, si ya es probable que el sabio sabe algo. Pues por ninguna otra causa parecía verosímil (*veri simile*) que él debiera suspender el asentimiento, sino porque era verosímil que nada podía ser comprendido. Quitada la cual, pues el sabio percibe incluso la sabiduría misma, como ya se concede, ninguna causa quedará ya para que el sabio no asienta incluso a la sabiduría misma. Pues es sin duda más monstruoso que el sabio no apruebe la sabiduría, que el sabio no sepa la sabiduría.

31. Nam quaeso, paululum quasi ante oculos tale spectaculum constituamus, si possumus, rixam quamdam sapientis et sapientiae. Quid aliud dicit sapientia, quam se esse sapientiam? At contra iste, Non credo, inquit. Quis ait sapientiae: Non credo esse sapientiam? quis, nisi is cum quo illa loqui potuit, et in quo habitare dignata est, scilicet sapiens? Ite nunc, et me quaerite, qui cum Academicis pugnem: habetis jam novum certamen, sapiens et sapientia secum pugnant. Sapiens non vult consentire sapientiae, ego vobiscum securus exspecto. Quis enim non credat invictam esse sapientiam? Tamen nos aliqua complexione muniamus. Aut enim in hoc certamine Academicus vincet sapientiam: et a me vincetur, quia non erit sapiens: aut ab ea superabitur; et sapientem sapientiae consentire docebimus. Aut igitur sapiens Academicus non est, aut nonnulli rei sapiens assentietur: nisi forte quem dicere pudit sapientem nescire sapientiam, sapientem non consentire sapientiae dicere non pudebit. At si jam veri simile est cadere in sapientem vel ipsius sapientiae perceptionem, et nulla causa est, cur non ei quod potest percipi assentiat; video quod volebam esse veri simile, sapientem scilicet assensurum esse sapientiae. Si quaeres ubi inveniat ipsam sapientiam; respondebo, In semetipso. Si dicis eum nescire quod habeat, redis ad illud absurdum, sapientem nescire sapientiam. Si sapientem ipsum negas posse inveniri; non jam cum Academicis, sed tecum, quisquis hoc sentis, sermone alio disseremus. Illi enim cum haec disputant, de sapiente profecto disputant. Clamat Cicero, seipsum magnum esse opinatorem, sed de sapiente se quaerere. Quod si adhuc vos, adolescentes, ignotum habetis, certe in Hortensio legistis: Si igitur nec certi est quidquam, nec opinari sapientis est; nihil unquam sapiens approbat. Unde manifestum est eos de sapiente illis suis disputationibus, contra quas nitimur, quaerere.

32. Ergo arbitror ego sapienti certam esse sapientiam, id est sapientem percepisse sapientiam; et ob hoc eum non opinari, cum assentitur sapientiae: assentitur enim ei rei, quam si non percepisset, sapiens non esset. Nec isti quemquam non debere assentiri, nisi rebus quae non possunt percipi, affirmant. Non autem sapientia nihil est. Cum igitur et scit sapientiam, et assentitur sapientiae; neque nihil scit, neque nulli rei sapiens assentitur. Quid amplius vultis? An de illo errore aliquid quaerimus, quem dicunt penitus evitari, si in nullam rem animum declinet assensus? Errat enim, inquit, quisquis non solum rem falsam, sed etiam dubiam, quamvis vera sit, approbat: nihil autem quod dubium non sit invenio. At invenit sapiens ipsam, ut dicebamus, sapientiam.

31. Pues ruego que, si podemos, constituyamos un poco ante los ojos tal espectáculo: una cierta riña del sabio y de la sabiduría. ¿Qué otra cosa dice la sabiduría sino que ella es la sabiduría? Pero, por el contrario, aquel dice: «No lo creo». ¿Quién dice a la sabiduría: «No creo que sea la sabiduría»? ¿Quién sino aquel con quien ella pudo hablar, y en quien se dignó habitar, a saber, el sabio? Id ahora y buscadme a mí para que luche con los académicos: tenéis ya un nuevo certamen, el sabio y la sabiduría luchan entre sí. El sabio no quiere consentir a la sabiduría; yo os espero seguro. ¿Pues quién no creería que la sabiduría es invicta? Sin embargo, fortalezcámonos con algún razonamiento. Pues, o el académico vencerá a la sabiduría en este certamen: y será vencido por mí, porque no será sabio; o será superado por ella, y enseñaremos que el sabio consiente a la sabiduría. O, por tanto, el sabio no es académico, o el sabio asentirá a alguna cosa: a no ser que tal vez no se avergüence de decir que el sabio no consiente a la sabiduría, quien se avergonzó de decir que el sabio no sabe la sabiduría. Pero si ya es verosímil que cae en el sabio incluso la percepción de la sabiduría misma, y no hay causa por la que no asiente a aquello que puede ser percibido; veo lo que quería que fuera verosímil, a saber, que el sabio ha de asentir a la sabiduría. Si preguntas dónde encuentra esa sabiduría; responderé: «En sí mismo». Si dices que no sabe lo que tiene, vuelves a aquel absurdo: que el sabio no sabe la sabiduría. Si niegas que el sabio mismo pueda ser encontrado; ya no con los académicos, sino contigo, quienquiera que sientas esto, discutiremos en otro discurso. Pues ellos, cuando disputan estas cosas, ciertamente disputan sobre el sabio. Clama Cicerón que él mismo es un gran opinador (opinatorem), pero que busca sobre el sabio. Lo cual si todavía vosotros, adolescentes, lo tenéis por desconocido, ciertamente lo habéis leído en el Hortensio: «Si, por tanto, ni hay nada de cierto, ni es propio del sabio opinar, nada aprobará jamás el sabio». De donde es manifiesto que ellos en aquellas sus disputaciones contra las que nos esforzamos, buscan sobre el sabio.

32. Por tanto, juzgo yo que para el sabio es cierta la sabiduría, esto es, que el sabio ha percibido la sabiduría; y por esto él no opina cuando asiente a la sabiduría: pues asiente a aquella cosa la cual, si no hubiera percibido, no sería sabio. Ni ellos afirman que nadie deba no asentir sino a las cosas que no pueden ser percibidas. Pero la sabiduría no es nada. Por tanto, dado que conoce la sabiduría y asiente a la sabiduría, ni nada sabe, ni el sabio asiente a ninguna cosa. ¿Qué más queréis? ¿O buscamos algo sobre aquel error que dicen que se evita profundamente si el asentimiento no inclina el ánimo a ninguna cosa? Pues yerra, dicen, quienquiera que aprueba no solo una cosa falsa, sino también una dudosa, aunque sea verdadera: yo sin embargo nada encuentro que no sea dudoso. Pero el sabio encuentra la sabiduría misma, como decíamos.

CAPUT XV.

An qui sequitur in agendo probabile citra assensum, vitet errorem.

33. Sed hinc jam vultis fortasse me discedere. Non sunt facile securissima relinquenda; cum versutissimis hominibus agimus: morem tamen vobis geram. Sed quid hic dicam? quid? quidnam? illud nimirum vetus dicendum est, ubi et ipsi habent quod dicant. Quid enim faciam, quem de castris meis foras truditis? num implorabo auxilia doctiorum, cum quibus si superare nequeo, minus pudebit fortasse superari? Jaciam igitur quibus viribus possum fumosum quidem jam et scabrum, sed nisi fallor, validissimum telum. Qui nihil approbat, nihil agit. O hominem rusticum! Et ubi est probabile? ubi est verisimile? Hoc volebatis. Auditisne ut sonent scuta graecanica? Exceptum est quod robustissimum quidem: sed qua manu jaculati sumus? Et nihil mihi potentius isti mei suggerunt; nec aliquid, ut video, vulneris fecimus. Convertam me ad ea quae villa et ager ministrat: onerant me potius majora quam praeparant.

34. Nam cum otiosus diu cogitassem in isto rure, quonam modo possit isthuc probabile ac veri simile actus nostros ab errore defendere; primo visum est mihi, ut solet videri cum ista vendebam, belle tectum et munitum. Deinde ubi totum cautius circumspexi, visus sum mihi vidisse unum aditum, qua in securos error irrueret. Non enim solum puto eum errare, qui falsam viam sequitur; sed etiam eum qui veram non sequitur. Faciamus enim duos viatores ad unum locum tendentes, quorum alter instituerit nulli credere, alter nimis credulus sit. Ventum est ad aliquod bivium: hic ille credulus pastori qui aderat, vel cuipiam rusticano: Salve, frugi homo; dic quaeso, qua bene in illum locum pergatur. Respondetur: Si hac ibis, nihil errabis. Et ille ad comitem: Verum dicit, hac eamus. Ridet vir cautissimus, et tam cito assensum facetissime illudit, atque interea illo discedente in bivio figitur: et jam incipit videri turpe cessare, cum ecce ex alio viae cornu lautus quidam et urbanus equo insidens eminet, et propinquare occipit: gratulatur iste. Tum advenienti, et salutato indicat propositum, quaerit viam; dicit etiam remansionis suae causam, quo benevolentiolem reddat, pastori eum praeferens. Ille autem casu planus erat de iis quos Samardacos jam vulgus vocat. Tenuit suum morem homo pessimus etiam gratis. Hac perge, ait: nam ego inde venio. Decepit, atque abiit. Sed quando iste deciperetur? Non enim monstrationem istam tanquam veram, inquit, approbo; sed quia est veri similis. Et hic otiosum esse nec honestum, nec utile est; hac eam.

CAPÍTULO XV.

Si quien sigue en el actuar lo probable sin asentimiento, evita el error.

33. Pero de aquí queréis ya tal vez que me retire. No se deben abandonar fácilmente las cosas segurísimas cuando tratamos con hombres astutísimos; sin embargo, os daré el gusto. Pero ¿qué diré aquí? ¿qué? ¿qué pues? Seguramente debe decirse aquello viejo, donde también ellos tienen qué decir. ¿Pues qué haré yo, a quien expulsáis de mi campamento? ¿Acaso imploraré los auxilios de los más doctos, con los cuales, si no puedo vencer, menos me avergonzará tal vez ser vencido? Lanzaré, pues, con las fuerzas que pueda, un dardo ciertamente ya humeante y áspero, pero, si no me engaño, valiosísimo. Quien nada aprueba, nada hace. ¡Oh hombre rústico! ¿Andónde está lo probable? ¿Andónde lo verosímil? Esto queríais. ¿Oís cómo suenan los escudos griegos? Se ha recibido lo que es ciertamente más robusto: ¿pero con qué mano lo hemos lanzado? Y estos míos nada más potente me sugieren; ni nada, según veo, de herida hemos hecho. Me volveré a aquellas cosas que la villa y el campo suministran: más me cargan las cosas mayores que lo que me preparan.

34. Pues habiendo pensado largamente ocioso en este campo de qué modo pueda ese vuestro probable y verosímil defender nuestros actos del error, primero me pareció, como suele parecer cuando yo vendía esas cosas, bellamente techado y amurallado. Después, cuando consideré todo más cautamente, me pareció haber visto un solo acceso por donde el error irrumpiría contra los seguros. Pues no solo pienso que yerra el que sigue un camino falso, sino también el que no sigue el verdadero. Imaginemos, pues, dos viajeros que tienden a un mismo lugar, de los cuales uno ha instituido no creer a nadie, y el otro es demasiado crédulo. Se llega a una encrucijada: aquí aquel crédulo [pregunta] a un pastor que allí estaba, o a algún campesino: «Salve, hombre de bien; dime, ruego, por dónde se va bien a aquel lugar». Se responde: «Si vas por aquí, en nadaerrarás». Y él a su compañero: «Dice la verdad, vayamos por aquí». Se ríe el hombre cautísimo y se burla facetiísimamente de un asentimiento tan rápido, y mientras tanto, alejándose aquel, se queda fijo en la encrucijada; y ya empieza a parecerle feo estar quieto, cuando he aquí que por otro brazo del camino aparece un hombre elegante y urbano sentado sobre un caballo y empieza a acercarse: aquel se felicita. Entonces, al que llega, y tras saludarle, le indica su propósito, le pregunta el camino; le dice también la causa de su detención, para hacerlo más benévolo, prefiriéndolo al pastor. Aquel, sin embargo, por casualidad era un estafador (planus) de esos a los que el vulgo llama ya Samardacos. El hombre malísimo mantuvo su costumbre incluso de balde. «Sigue por aquí —dice—, pues yo de allí vengo». Engañó y se fue. ¿Pero cuándo se engañaría aquel? «Pues no apruebo esta indicación como verdadera —dice—, sino porque es verosímil. Y aquí estar ocioso ni es honesto ni es útil; iré por aquí».

Interea ille qui assentiendo erravit, tam cito existimans vera esse verba pastoris, in loco illo quo tendebant, jam se reficiebat: iste autem non errans, siquidem probabile sequitur, circumit silvas nescio quas, nec jam cui locus ille notus sit, ad quem venire proposuerat, invenit. Vere vobis dicam, cum ista cogitarem, risum tenere non potui, fieri per Academicorum verba nescio quomodo, ut erret ille qui veram viam vel casu tenet; ille autem qui per avios montes probabiliter ductus est, nec petitam regionem invenit, non videatur errare. Ut enim temerariam consensionem jure condemnem, facilius ambo errant, quam iste non errat. Hinc jam adversum ista verba vigilantior, ipsa facta hominum et mores considerare coepi. Tum vero tam multa mihi et tam capitalia in istos venerunt in mentem, ut jam non riderem, sed partim stomacharer, partim dolerem homines doctissimos et acutissimos in tanta scelera sententiarum et flagitia devolutos.

CAPUT XVI.

Facere quod videtur probabile etiam citra assensum, nefarium est.

35. Certe enim, non fortasse omnis qui errat, peccat; omnis tamen qui peccat, aut errare conceditur, aut aliquid pejus. Quid si ergo aliquis adolescentium cum hos audierit dicentes: Turpe est errare, et ideo nulli rei consentire debemus; sed tamen cum agit quisque quod ei videtur probabile, nec peccat, nec errat: illud tantum meminerit, quidquid occurrit vel animo vel sensibus, non pro vero esse approbadum. Id igitur audiens adolescens, insidiabitur pudicitiae uxoris alienae, Te, te consulo, M. Tulli; de adolescentium moribus vitaque tractamus, cui educandae atque instituendae omnes illae litterae tuae vigilaverunt. Quid aliud dicturus es, quam non tibi esse probabile ut id faciat adolescens? At illi probabile est. Nam si ex alieno probabili vivimus, nec tu debuisti administrare rempublicam; quia Epicuro visum est non esse faciendum. Adulterabit igitur ille juvenis conjugem alienam: qui deprehensus si fuerit, ubi te inveniet a quo defendatur? Quanquam etiam si inveniatur, quid dicturus es? Negabis profecto. Quid si tam clarum est, ut frustra inficere? Persuadebis nimirum, tanquam in Cumano gymnasio atque adeo Neapolitano, nihil eum peccasse, imo etiam nec errasse quidem. Non enim faciendum esse adulterium pro vero sibi persuasit; probabile occurrit, secutus est, fecit: aut fortasse non fecit, sed fecisse sibi visus est. Iste autem maritus, homo fatuus, perturbat omnia litibus pro uxoris castitate proclamans, cum qua forte nunc dormit, et nescit.

Mientras tanto, aquel que erró asintiendo, pensando tan rápido que eran verdaderas las palabras del pastor, en aquel lugar al que tendían ya se reparaba; aquel, sin embargo, no errando, puesto que sigue lo probable, rodea no sé qué bosques, ni encuentra ya a nadie para quien sea conocido aquel lugar al que se había propuesto llegar. De veras os diré que, cuando pensaba estas cosas, no pude contener la risa, al hacerse por las palabras de los académicos, no sé de qué modo, que yerre aquel que tiene el camino verdadero incluso por azar; aquel, sin embargo, que por montes intransitables ha sido conducido probablemente, ni ha encontrado la región buscada, no parezca errar. Pues para condenar con justicia un asentimiento temerario, más fácilmente yerran ambos que aquel no yerre. De aquí ya, más vigilante contra esas palabras, empecé a considerar los hechos mismos de los hombres y las costumbres. Entonces, en verdad, tantas y tan capitales cosas vinieron a mi mente contra ellos, que ya no me reía, sino que en parte me indignaba, en parte me dolía que hombres doctísimos y agudísimos hubieran caído en tales crímenes de sentencias y bajezas.

CAPÍTULO XVI.

Hacer lo que parece probable incluso sin asentimiento, es nefasto.

35. Ciertamente, tal vez no todo el que yerra peca; sin embargo, todo el que peca se concede que o yerra, o algo peor. ¿Qué pasará, pues, si alguno de los adolescentes, cuando haya oído a estos diciendo: «Es feo errar y por eso a ninguna cosa debemos asentir; pero, sin embargo, cuando cada cual hace lo que le parece probable, ni peca ni yerra»; solo recordara que cualquier cosa que ocurra ya sea al ánimo o a los sentidos, no debe ser aprobada como verdadera? Oyendo eso el adolescente, acechará a la pudicia de la mujer ajena. A ti, a ti te consulto, M. Tulio; tratamos sobre las costumbres y la vida de los adolescentes, para cuya educación e institución vigilaron todas aquellas letras tuyas. ¿Qué otra cosa vas a decir sino que no te es probable que el adolescente haga eso? Pero a él le es probable. Pues si vivimos del probable ajeno, ni tú debiste administrar la república, porque a Epicuro le pareció que no debía hacerse. Adulterará, pues, aquel joven con la cónyuge ajena; el cual, si fuera sorprendido, ¿dónde te encontrará para que lo defiendas? Aunque incluso si te encontrara, ¿qué vas a decir? Negarás seguramente. ¿Qué si es tan claro que en vano lo niegas? Persuadirás seguramente, como en el gimnasio cumano y aun en el napolitano, que él en nada pecó, e incluso que ni siquiera erró. Pues no se persuadió como verdadero que el adulterio debiera hacerse; se le presentó como probable, lo siguió, lo hizo: o tal vez no lo hizo, sino que le pareció habiéndolo hecho. Aquel marido, sin embargo, hombre fatuo, lo perturba todo con litigios proclamando por la castidad de su mujer, con la cual tal vez ahora duerme y no lo sabe.

Hoc illi iudices si intellexerint, aut negligent Academicos, et tanquam crimen verissimum punient; aut eisdem obtemperantes, verisimiliter hominem probabiliterque damnabunt, ut jam quid agat iste patronus prorsus ignoret. Cui enim succenseat non habebit, cum omnes se nihil errasse dicant; quando non assentientes, id quod visum est, probabile fecerint. Ponet igitur personam patroni, et philosophi consolatoris suscipiet: ita facile adolescenti, qui jam tantum in Academia profecerit, persuadebit ut se tanquam in somnis putet esse damnatum. Sed vos me joculari arbitramini: liquet dejerare per omne divinum, nescire me prorsus quomodo iste peccaverit; si, quisquis id egerit quod probabile videtur, non peccat. Nisi forte in totum aliud esse dicunt errare, aliud peccare; seque illis praeceptis egisse ne erremus, peccare autem nihil magnum esse duxisse.

36. Taceo de homicidiis, parricidiis, sacrilegiis, omnibusque omnino, quae fieri aut cogitari possunt, flagitiis aut facinoribus, quae paucis verbis, et quod est gravius, apud sapientissimos iudices defenduntur: Nihil consensi, et ideo non erravi. Quomodo autem non facerem quod probabile visum est? Qui autem non putant ista probabiliter posse persuaderi, legant orationem Catilinae, qua patriae parricidium, quo uno continentur omnia scelera, persuasit. Jam illud quis non ridet? Ipsi dicunt, nihil se in agendo sequi nisi probabile, et quaerunt magnopere veritatem, cum eis sit probabile non posse inveniri. O mirum monstrum! Sed hoc omittamus, minus id ad nos, minus ad vitae nostrae discrimen, minus ad fortunarum periculum pertinet. Illud est capitale, illud formidolosum, illud optimo cuique metuendum, quod nefas omne, si haec ratio probabilis erit, cum probabile cuiquam visum fuerit esse faciendum, tantum nulli quasi vero assentiat, non solum sine sceleris, sed etiam sine erroris vituperatione committat. Quid ergo? Haec illi non viderunt? Imo solertissime prudentissimeque viderunt, nec mihi ullo pacto tantum arrogaverim, ut M. Tullium aliqua ex parte sequar industria, vigilantia, ingenio, doctrina: cui tamen asserenti, nihil scire posse hominem, si hoc solum diceretur, Scio ita videri mihi; unde id refelleret non haberet.

CAPUT XVII.

Academici quare dissimularint suam sententiam.

37. Quid igitur placuit tantis viris perpetuis et pertinacibus contentionibus agere, ne in quemquam cadere veri scientia videretur? Audite jam paulo attentius, non quid sciam, sed quid existimem: hoc enim ad ultimum reservabam, ut explicarem, si possem, quale mihi videatur esse totum Academicorum consilium.

Si los jueces entendieran esto, o despreciarán a los académicos y castigarán como un crimen verísimo; o bien obedeciendo a los mismos, verosímilmente y probablemente condenarán al hombre, de modo que ya ignore totalmente qué haga este patrono. Pues no tendrá contra quién airarse cuando todos digan que en nada han errado; puesto que no asintiendo, hicieron lo que pareció probable. Dejará, pues, la persona de patrono y asumirá la de filósofo consolador: así fácilmente persuadirá al adolescente, que ya tanto habrá aprovechado en la Academia, que se crea haber sido condenado como en sueños. Pero vosotros creéis que bromeo: me consta jurar por todo lo divino que ignoro totalmente cómo pecó aquel; si, quienquiera que hiciera lo que parece probable, no peca. A no ser que tal vez digan que es una cosa totalmente distinta errar y otra pecar; y que ellos han actuado por aquellos preceptos para que no erremos, pero pecar han juzgado que no era nada grande.

36. Callo sobre los homicidios, parricidios, sacrilegios y absolutamente todas las cosas que pueden hacerse o pensarse, torpezas o crímenes, que con pocas palabras y, lo que es más grave, ante jueces sapientísimos son defendidos: «En nada asentí, y por eso no erré. ¿Cómo, sin embargo, no haría lo que pareció probable?». Quienes por el contrario no piensan que esas cosas puedan ser probablemente persuadidas, lean la oración de Catilina, por la cual persuadió el parricidio de la patria, en el cual solo se contienen todos los crímenes. Ya ¿quién no se ríe de aquello? Ellos mismos dicen que nada siguen en el actuar sino lo probable, y buscan con gran empeño la verdad, siendo para ellos probable que no puede ser encontrada. ¡Monstruo admirable! Pero omitamos esto, menos nos pertenece, menos al juicio de nuestra vida, menos al peligro de nuestras fortunas. Aquello es capital, aquello es formidable, aquello debe ser temido por todo hombre de bien: que toda maldad, si esta razón fuera probable, cuando a cualquiera le pareciera que debe ser hecha, con solo no asentir a nada como si fuera verdadero, la cometa no solo sin el vituperio del crimen, sino incluso sin el del error. ¿Qué pues? ¿Acaso ellos no vieron esto? Antes bien, solertísima y prudentísimamente lo vieron, ni de ningún modo me arrogaría tanto como para seguir a M. Tulio en alguna parte por industria, vigilancia, ingenio, doctrina: al cual, sin embargo, afirmando que nada puede saber el hombre, si solo se dijera esto: «Sé que así me parece», no tendría de dónde refutarlo.

CAPÍTULO XVII.

Por qué los académicos disimularon su sentencia.

37. ¿Qué plugo, pues, a tan grandes hombres tratar con perpetuas y pertinaces contiendas para que a nadie pareciera caerle la ciencia de lo verdadero? Oíd ya un poco más atentamente, no lo que sé, sino lo que estimo: pues esto reservaba para lo último, para explicar, si pudiera, de qué clase me parece ser todo el consejo de los académicos.

Plato vir sapientissimus et eruditissimus temporum suorum, qui et ita locutus est, ut quaecumque diceret, magna fierent, et ea locutus est, ut quomodocumque diceret, parva non fierent; dicitur post mortem Socratis magistri sui, quem singulariter dilexerat, a Pythagoreis etiam multa didicisse. Pythagoras autem graeca philosophia non contentus, quae tunc aut pene nulla erat, aut certe occultissima, postquam commotus Pherecydae cujusdam Syri disputationibus, immortalem esse animum credidit, multos sapientes etiam longe lateque peregrinatus audierat. Igitur Plato adjiciens lepori subtilitatisque Socraticae quam in moralibus habuit, naturalium divinarumque rerum peritiam, quam ab eis quos memoravi diligenter acceperat; subjungensque quasi formatricem illarum partium, judicemque dialecticam, quae aut ipsa esset, aut sine qua sapientia omnino esse non posset; perfectam dicitur composuisse philosophiae disciplinam, de qua nunc disserere tempus non est. Sat est enim ad id quod volo, Platonem sensisse duos esse mundos: unum intelligibilem, in quo ipsa veritas habitaret; istum autem sensibilem, quem manifestum est nos visu tactuque sentire. Itaque illum verum, hunc veri similem et ad illius imaginem factum. Et ideo de illo in ea, quae se cognosceret, anima velut expoliri et quasi serenari veritatem; de hoc autem in stultorum animis non scientiam, sed opinionem posse generari. Quidquid tamen ageretur in hoc mundo per eas virtutes, quas civiles vocabat, aliarum verarum virtutum similes, quae, nisi paucis sapientibus, ignotae essent, non posse nisi veri simile nominari.

38. Haec et alia hujusmodi mihi videntur inter successores ejus, quantum poterant, esse servata, et pro mysteriis custodita. Non enim aut facile ista percipiuntur, nisi ab eis qui se ab omnibus vitiis mundantes, in aliam quamdam plus quam humanam consuetudinem vindicaverint; aut non graviter peccat quisquis ea sciens quoslibet homines docere voluerit. Itaque Zenonem principem Stoicorum, cum jam quibusdam auditis et creditis, in scholam relictam a Platone venisset, quam tunc Polemo retinebat, suspectum habitum suspicor, nec talem visum cui Platonica illa velut sacrosancta decreta facile prodi committique deberent, priusquam dedicisset ea, quae in illam scholam ab aliis accepta detulerat. Moritur Polemo, succedit ei Archesilas Zenonis quidem condiscipulus, sed sub Polemonis magisterio.

Platón, varón sapientísimo y eruditísimo de sus tiempos, que tanto habló de modo que cualquier cosa que dijera se hiciera grande, y habló aquellas cosas de modo que, de cualquier modo que las dijera, no se hicieran pequeñas; se dice que tras la muerte de Sócrates su maestro, a quien singularmente había amado, aprendió también muchas cosas de los pitagóricos. Pitágoras, sin embargo, no contento con la filosofía griega, que entonces o casi no existía, o ciertamente era ocultísima, después de que fue conmovido por las disputaciones de un cierto Ferécides de Siro, creyó que el ánimo era inmortal, habiendo oído a muchos sabios incluso peregrinando a lo largo y a lo ancho. Por tanto Platón, añadiendo a la gracia y sutileza socrática que tuvo en las cosas morales, la pericia de las cosas naturales y divinas que de aquellos que conmemoré diligentemente había recibido; y subyugando como formadora de aquellas partes y juez a la dialéctica, la cual o era ella misma la sabiduría, o sin la cual la sabiduría no podía ser en absoluto; se dice que compuso una perfecta disciplina de la filosofía, de la cual ahora no hay tiempo de disertar. Pues basta para aquello que quiero que Platón sintió que hay dos mundos: uno inteligible, en el cual habitaría la verdad misma; y este sensible, que es manifiesto que nosotros sentimos por la vista y el tacto. Y por tanto aquel verdadero, y este verosímil (*veri simile*) y hecho a imagen de aquel. Y por eso, de aquel en aquella alma que se conociera a sí misma, la verdad como que se pulía y como que se serenaba; de este, sin embargo, en las mentes de los necios no ciencia, sino opinión podía generarse. Sin embargo, cualquier cosa que se hiciera en este mundo por aquellas virtudes que llamaba civiles, semejantes a las otras verdaderas virtudes que, salvo para unos pocos sabios, eran desconocidas, no podían ser llamadas sino verosímiles (*veri simile*).

38. Estas y otras cosas de este género me parece que entre sus sucesores, en cuanto pudieron, fueron conservadas y guardadas como misterios. Pues o no se perciben fácilmente estas cosas sino por aquellos que, limpiándose de todos los vicios, se han vindicado a una cierta costumbre más que humana; o no peca gravemente quienquiera que sabiéndolas quisiera enseñarlas a cualesquiera hombres. Por tanto Zenón, príncipe de los estoicos, cuando ya oídas y creídas ciertas cosas había venido a la escuela dejada por Platón, que entonces Polemón retenía, sospecho que fue tenido por sospechoso, ni pareció tal a quien aquellos decretos platónicos como sacrosantos debieran ser fácilmente revelados y encomendados, antes de que hubiera desaprendido aquellas cosas que, recibidas de otros, había llevado a aquella escuela. Muere Polemón, le sucede Arcesilao, condiscípulo ciertamente de Zenón, pero bajo el magisterio de Polemón.

Quamobrem cum Zeno sua quadam de mundo, et maxime de anima, propter quam vera philosophia vigilat, sententia delectaretur, dicens eam esse mortalem, nec quidquam esse praeter hunc sensibilem mundum, nihilque in eo agi, nisi corpore; nam et Deum ipsum ignem putabat: prudentissime atque utilissime mihi videntur Archesilas, cum illud late serperet malum, occultasse penitus Academiae sententiam, et quasi aurum inveniendum quandoque posteris obruisse. Quare cum in falsas opiniones ruere turba sit pronior, et consuetudine corporum omnia esse corporea facillime, sed noxie credatur; instituit vir acutissimus atque humanissimus, dedocere potius quos patiebatur male doctos quam docere quos dociles non arbitrabatur. Inde illa omnia nata sunt quae novae Academiae tribuuntur, quia eorum necessitatem veteres non habebant.

39. Quod si Zeno expergefactus esset aliquando, et vidisset neque quidquam comprehendere posse, nisi quale ipse definiebat, neque tale aliquid in corporibus posse inveniri, quibus ille tribuebat omnia; olim prorsus hoc genus disputationum, quod magna necessitate flagraverat, fuisset extinctum. Sed Zeno imagine constantiae deceptus, ut ipsis Academicis videbatur, nec mihi etiam non videtur, pertinax fuit: fidesque illa corporum perniciose quoquo modo potuit pervexit in Chrysippum, qui ei (nam maxime poterat), magnas vires latius se diffundendi dabat; nisi ex illa parte Carneades acrior et vigilantior superioribus caeteris ita restitisset, ut mirer illam opinionem aliquid etiam postea valuisse. Namque Carneades primo illam velut calumniandi impudentiam, qua videbat Archesilam non mediocriter infamatum, deposuit; ne contra omnia velle dicere quasi ostentationis causa videretur: sed ipsos proprie sibi Stoicos, atque Chrysippum convellendos evertendosque proposuit.

CAPUT XVIII.

Quomodo probabile inductum ab Academicis.

40. Deinde cum undique premeretur, si nulli rei esset assensus, nihil acturum esse sapientem (o hominem mirum atque adeo non mirum! ab ipsis enim Platonis fontibus profluebat); attendit sapienter quales illi actiones probarent, easque nescio quarum verarum similes videns, id quod in hoc mundo ad agendum sequeretur, veri simile nominavit. Cui enim esset simile et perite norat, et prudenter tegebat, idque etiam probabile appellabat. Probat enim bene imaginem, quisquis ejus intuetur exemplum. Quomodo enim approbat sapiens, aut quomodo simile sequitur veri, cum ipsum verum quid sit ignoret?

Por lo cual, deleitándose Zenón con una cierta sentencia suya sobre el mundo, y máxime sobre el ánimo, por el cual la verdadera filosofía vigila, diciendo que era mortal, y que nada hay fuera de este mundo sensible, y nada se hace en él sino por el cuerpo; pues pensaba que incluso Dios mismo era fuego: Arcesilao me parece que prudentísima y utilísimamente, cuando aquel mal se arrastraba lejos, ocultó profundamente la sentencia de la Academia, y como oro que algún día ha de ser encontrado por los pósteros, lo enterró. Por lo cual, siendo la turba más presta a caer en falsas opiniones, y creyéndose facilísima pero nocivamente por la costumbre de los cuerpos que todo es corpóreo; instituyó aquel varón acutísimo y humanísimo desenseñar antes a los que padecía mal enseñados, que enseñar a los que no juzgaba dóciles. De allí nacieron todas aquellas cosas que se atribuyen a la Nueva Academia, porque los antiguos no tenían necesidad de ellas.

39. Porque si Zenón hubiera despertado alguna vez y hubiera visto que ni nada puede ser comprendido, sino de tal clase como él mismo definía, ni tal cosa puede ser encontrada en los cuerpos, a los que él atribuía todas las cosas; hace tiempo que este género de disputas, que con gran necesidad había ardido, se habría extinguido. Pero Zenón, engañado por la imagen de la constancia, según les parecía a los mismos académicos, y no deja de parecerme también a mí, fue pertinaz: y aquella perniciosa fe en los cuerpos como pudo sobrevivió en Crisipo, quien le daba (pues era el que más podía) grandes fuerzas para difundirse más ampliamente; a no ser que desde aquella parte Carneades, más agudo y vigilante que todos los demás, hubiera resistido de tal modo que me admira que aquella opinión valiera algo incluso después. Pues Carneades primero depuso aquella como impudencia de calumniar por la cual veía que Arcesilao estaba no poco infamado, para no parecer que quería decir contra todo como por causa de ostentación: sino que se propuso arrancar y derribar propiamente a los mismos estoicos y a Crisipo.

CAPÍTULO XVIII.

De qué modo fue inducido lo probable por los académicos.

Después, como fuera presionado por todas partes con que si a ninguna cosa hubiera asentimiento el sabio nada haría (¡oh hombre admirable y hasta no admirable, pues de las fuentes mismas de Platón profluía!), atendió sabiamente qué clase de acciones aprobaban aquellos, y viendo que estas eran semejantes a no sé qué cosas verdaderas, llamó verosímil (*veri simile*) a lo que se seguiría para actuar en este mundo. Pues sabía peritamente a qué era similar y lo cubría prudentemente, y a eso también lo llamaba probable. Pues bien aprueba la imagen quienquiera que contempla su ejemplar. ¿De qué modo aprueba el sabio, o de qué modo sigue lo verosímil, cuando ignora qué sea lo verdadero mismo?

Ergo illi norant, et approbabant falsa in quibus imitationem laudabilem rerum verarum animadvertebant. Sed quia hoc tanquam profanis nec fas, nec facile erat ostendere; reliquerunt posteris, et quibus illo tempore potuerunt, signum quoddam sententiae suae. Illos autem bene dialecticos de verbis movere quaestionem insultantes iridentesque prohibebant. Ob hoc dicitur Carneades etiam tertiae Academiae princeps atque auctor fuisse.

41. Deinde in nostrum Tullium conflictio ista duravit, jam plane saucia et ultimo spiritu latinas litteras inflatura. Nam nihil mihi videtur inflatius, quam tam multa copiosissime atque ornatissime dicere, non ita sentientem. Quibus tamen ventis feneus ille platonius Antiochus satis, ut mihi videtur, dissipatus atque dispersus est. Nam Epicureorum greges in animis deliciosorum populorum aprica stabula posuerunt. Quippe Antiochus Philonis auditor, hominis quantum arbitror circumspectissimi, qui jam veluti aperire cedentibus hostibus portas coeperat, et ad Platonis auctoritatem Academiam legesque revocare; quanquam et Metrodorus id antea facere tentaverat, qui primus dicitur esse confessus, non decreto placuisse Academicis nihil posse comprehendi, sed necessario contra Stoicos huiusmodi eos arma sumpsisse: igitur Antiochus, ut institueram dicere, auditis Philone academico, et Mnesarcho stoico, in Academiam veterem, quasi vacuum defensoribus, et quasi nullo hoste securam, velut adjutor et civis irrepserat, nescio quid inferens mali de Stoicorum cineribus, quod Platonis adita violaret. Sed huic arreptis iterum illis armis et Philon restitit donec moreretur, et omnes ejus reliquias Tullius noster oppressit, se vivo impatiens labefactari vel contaminari quidquid amavisset: adeo post illa tempora non longo intervallo omni pervicacia pertinaciaque demortua, os illud Platonis quod in philosophia purgatissimum est et lucidissimum, dimotis nubibus erroris emicuit, maxime in Plotino, qui platonius philosophus ita ejus similis judicatus est, ut simul eos vixisse, tantum autem interest temporis ut in hoc ille revixisse putandus sit.

CAPUT XIX.

Multiplex philosophiae genus.

Por tanto, ellos conocían y aprobaban las cosas falsas en las que advertían una imitación laudable de las cosas verdaderas. Pero porque esto para los profanos no era ni lícito ni fácil de mostrar, dejaron a los pósteros, y a quienes en aquel tiempo pudieron, una cierta señal de su sentencia. Sin embargo, prohibían a los que eran bien dialécticos mover cuestión sobre las palabras, insultando e irridiendo. Por esto se dice que Carneades fue incluso príncipe y autor de la tercera Academia.

Después, hasta nuestro Tulio duró aquel conflicto, ya claramente herido y a punto de insuflar el último aliento a las letras latinas. Pues nada me parece más inflado que decir tantas cosas tan copiosa y ornatamente, no sintiendo así. Sin embargo, por cuyos vientos aquel pajizo platónico Antíoco fue bastante, según me parece, disipado y disperso. Pues las greyes de los epicúreos pusieron establos soleados en las mentes de los pueblos deleitosos. Ciertamente Antíoco, auditor de Filón, hombre a lo que juzgo muy circunspecto, que ya había empezado como a abrir las puertas a los enemigos que cedían, y a revocar la Academia y las leyes a la autoridad de Platón; aunque también Metrodoro había intentado hacer eso antes, quien se dice ser el primero que confesó que no había placido a los académicos por decreto que nada puede ser comprendido, sino que necesariamente habían tomado armas de este género contra los estoicos: por tanto Antíoco, como había empezado a decir, oídos el académico Filón y el estoico Mnesarco, se había introducido como ayudante y ciudadano en la Academia vieja, como vacía de defensores y como segura por no haber enemigo, introduciendo no sé qué de mal de las cenizas de los estoicos que violara los santuarios de Platón. Pero a este, tomadas de nuevo aquellas armas, también Filón resistió hasta que murió, y nuestro Tulio oprimió todas sus reliquias, impaciente mientras vivió de que se debilitara o contaminara cualquier cosa que hubiera amado: así, después de aquellos tiempos, no por un largo intervalo, muerta ya toda perversidad y pertinacia, aquel rostro de Platón que es purísimo y lucidísimo en la filosofía, apartadas las nubes del error, brilló, máxime en Plotino, que como filósofo platónico fue juzgado tan semejante a él que parecería que hubieran vivido juntos, pero hay tanto de tiempo que debe pensarse que aquel revivió en este.

CAPÍTULO XIX.

Múltiple género de filosofía.

42. Itaque nunc philosophos non fere videmus, nisi aut Cynicos aut Peripateticos aut Platonicos: et Cynicos quidem, quia eos vitae quaedam delectat libertas atque licentia. Quod autem ad eruditionem doctrinamque attinet, et mores quibus consulitur animae, quia non defuerunt acutissimi et solertissimi viri, qui docerent disputationibus suis Aristotelem ac Platonem ita sibi concinere, ut imperitis minusque attentis dissentire videantur; multis quidem saeculis multisque contentionibus, sed tamen eliquata est, ut opinor, una verissimae philosophiae disciplina. Non enim est ista hujus mundi philosophia, quam sacra nostra meritissime detestantur, sed alterius intelligibilis; cui animas multiformibus erroris tenebris caecatas, et altissimis a corpore sordibus oblitās, nunquam ista ratio subtilissima revocaret, nisi summus Deus populari quadam clementia divini intellectus auctoritatem usque ad ipsum corpus humanum declinaret, atque submitteret; cuius non solum praeceptis, sed etiam factis excitatae animae redire in semetipsas, et respicere patriam, etiam sine disputationum concertatione potuissent.

CAPUT XX.

Conclusio operis.

43. Hoc mihi de Academicis interim probabiliter, ut potui, persuasi. Quod si falsum est, nihil ad me, cui satis est jam non arbitrari, non posse ab homine inveniri veritatem. Quisquis autem putat hoc sensisse Academicos, ipsum Ciceronem audiat. Ait enim illis morem fuisse occultandi sententiam suam, nec eam cuiquam nisi qui secum ad senectutem usque vixisset, aperire consuesse. Quae sit autem ista, Deus viderit; eam tamen arbitror Platonis fuisse. Sed ut breviter accipiat omne propositum meum; quoquo modo se habeat humana sapientia, eam me video nondum percepisse. Sed cum trigesimum et tertium aetatis annum agam, non me arbitror desperare debere eam me quandoque adepturum. Contemptis tamen caeteris omnibus quae bona mortales putant, huic investigandae inservire porposui. A quo me negotio quoniam rationes Academicorum non leviter deterrebant, satis, ut arbitror, contra eas ista disputatione munitus sum. Nulli autem dubium est gemino pondere nos impelli ad discendum, auctoritatis atque rationis. Mihi autem certum est nusquam prorsus a Christi auctoritate discedere: non enim reperio valentiorē. Quod autem subtilissima ratione persequendum est; ita enim jam sum affectus, ut quid sit verum, non credendo solum, sed etiam intelligendo apprehendere impatienter desiderem; apud Platonicos me interim quod sacris nostris non repugnet reperturum esse confido.

42. Por tanto, ahora no vemos comúnmente filósofos sino cínicos, o peripatéticos, o platónicos. Y cínicos ciertamente, porque les deleita una cierta libertad y licencia de vida. En cuanto a lo que sin embargo pertenece a la erudición y a la doctrina, y a las costumbres por las que se mira por el alma, porque no faltaron hombres acutísimos y solertísimos que enseñaran en sus disputas que Aristóteles y Platón de tal modo concuerdan entre sí que a los imperitos y menos atentos parecen disentir; por muchos siglos ciertamente y muchas contiendas, pero sin embargo se ha decantado, según opino, una sola disciplina de la filosofía más verdadera. Pues esa no es la filosofía de este mundo, que nuestras cosas sagradas con todo merecimiento detestan, sino de otro mundo inteligible; al cual esta razón sutilísima nunca revocaría a las almas cegadas por las multiformes tinieblas del error y manchadas por las profundísimas suciedades del cuerpo, si el sumo Dios por una cierta clemencia popular no declinara y sometiera la autoridad del intelecto divino hasta el cuerpo humano mismo; por cuyos no solo preceptos, sino también hechos, las almas excitadas pudieran volver a sí mismas y mirar de nuevo a la patria, incluso sin la concertación de las disputas.

CAPUT XX.

Conclusión de la obra.

43. Esto me he persuadido entretanto probablemente sobre los académicos, según pude. Lo cual, si es falso, nada me importa, a quien le basta ya no juzgar que la verdad no puede ser encontrada por el hombre. Quienquiera que sin embargo piense que los académicos sintieron esto, escuche al mismo Cicerón. Pues dice que era costumbre de ellos ocultar su sentencia, y que no solían abrirla a nadie sino al que hubiera vivido con ellos hasta la vejez. Cuál sea sin embargo esta, Dios lo verá; la juzgo sin embargo haber sido la de Platón. Pero para que recibáis brevemente todo mi propósito; de cualquier modo que se tenga la sabiduría humana, veo que yo aún no la he percibido. Pero como estoy en el trigésimo tercer año de mi edad, no juzgo que deba desesperar de que alguna vez la alcanzaré. Despreciadas sin embargo todas las demás cosas que los mortales juzgan bienes, me he propuesto servir a investigar esta. De cuyo negocio, puesto que las razones de los académicos no levemente me disuadían, estoy suficientemente, según juzgo, munido contra ellas por esta disputa. Para nadie sin embargo es duda que somos impulsados a aprender por un doble peso, de la autoridad y de la razón. Para mí sin embargo es cierto no apartarme en absoluto de la autoridad de Cristo: pues no encuentro otra más válida. En cuanto a lo que sin embargo ha de ser perseguido por la razón sutilísima; pues de tal modo estoy ya afectado, que qué sea lo verdadero, no solo creyendo, sino también entendiendo, deseo impacientemente aprehender; confío que entretanto encontraré entre los platónicos lo que no repugne a nuestras cosas sagradas.

44. Hic postquam sermonis finem me fecisse aspexerunt, quamquam jam erat nox, et aliquid etiam lucerna illata scriptum erat; tamen illi adolescentes intentissime expectabant, utrum Alypius vel alio die se responsurum esse promitteret. Tum ille: Nihil mihi aliquando, inquit, tam ex sententia provenisse affirmare paratus sum, quam quod hodierna disputatione discedo superatus. Nec istam meam tantum puto debere esse laetitiam. Communicabo ergo eam vobiscum, concertatores mei, vel iudices nostri. Quandoquidem isto se pacto a suis posteris vinci, ipsi etiam fortasse Academici optarunt. Quid enim nobis hoc sermonis lepore jucundius, quid sententiarum gravitate perpensius, quid benevolentia promptius, quid doctrina peritius videri aut exhiberi posset? Prorsus nequaquam digne admirari possum, quod tam facete aspera, tam fortiter desperata, tam moderate convicta, tam dilucide obscura tractata sunt. Quare jam, socii mei, expectationem vestram, qua me ad respondendum provocabatis, certiore spe mecum ad discendum convertite. Habemus ducem qui nos in ipsa veritatis arcana, Deo jam monstrante, perducatur.

45. Hic ego, cum illi puerili quodam studio, quod Alypius responsurus non videbatur, quasi fraudatos vultu se ostenderent: Invidetis, inquam arridens, laudibus meis? Sed quoniam de Alypii constantia jam securus nihil eum timeo; ut vos quoque mihi gratias agatis, instruo vos adversus illum qui tantam intentionem vestrae expectationis offendit. Legite Academicos; et cum ibi victorem (quid enim facilius?) istarum nugarum (Lib. I *Retract.*, cap. 1, n. 4), Ciceronem inveneritis, cogatur iste a vobis hunc nostrum sermonem contra illa invicta defendere. Hanc tibi, Alypi, duram mercedem pro mea falsa laude restituo. Hic cum arrisissent, finem tantae conflictionis, utrum firmissimum nescio, modestius tamen et citius quam speraveram fecimus.

44. Aquí, después que vieron que yo había puesto fin al discurso, aunque ya era de noche, y algo incluso se había escrito traída una lámpara; sin embargo, aquellos adolescentes esperaban intensísimamente si Alipio prometería que respondería en otro día. Entonces él: Estoy dispuesto a afirmar, dijo, que nada me ha sucedido alguna vez tan según mi deseo, como el que me retire vencido de la disputa de hoy. Ni juzgo que esta deba ser mi alegría solamente. La comunicaré por tanto con vosotros, mis competidores o jueces nuestros. Puesto que este pacto de ser vencidos por sus pósteros, tal vez incluso los mismos académicos lo desearon. Pues ¿qué podría parecernos o exhibirse más placentero que esta gracia del discurso, qué más pesado por la gravedad de las sentencias, qué más pronto por la benevolencia, qué más perito por la doctrina? En absoluto puedo admirar dignamente que las cosas ásperas hayan sido tratadas tan elegantemente, las desesperadas tan fuertemente, las convictas tan moderadamente, las oscuras tan dilucidamente. Por lo cual ya, socios míos, convertid vuestra expectativa, con la que me provocabais a responder, con esperanza más cierta al aprendizaje conmigo. Tenemos un guía que nos conduzca a los mismos arcanos de la verdad, mostrándolos ya Dios.

45. Aquí yo, cuando ellos mostraban en su rostro un cierto afán pueril, como si estuvieran defraudados porque Alipio no parecía que iba a responder: ¿Envidiáis, dije sonriendo, mis alabanzas? Pero puesto que ya seguro de la constancia de Alipio nada temo de él; para que también vosotros me deis gracias, os instruyo contra aquel que ofendió tanta intención de vuestra expectativa. Leed los Académicos; y cuando hayáis encontrado allí a Cicerón como vencedor (pues ¿qué más fácil?) de aquellas naderías, sea este obligado por vosotros a defender este nuestro discurso contra aquellas cosas invictas. Te devuelvo, Alipio, esta dura recompensa por mi falsa alabanza. Aquí, habiéndose reído, pusimos fin a tan gran conflicto, no sé si firmísimo, pero sin embargo más modesta y rápidamente de lo que yo había esperado.